

MIS PAPELES ERRANTES

Benito Yrady

EL PAÍS PROFUNDO DE BARLOVENTO



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



EL PAÍS PROFUNDO
DE BARLOVENTO



EL PAÍS PROFUNDO DE BARLOVENTO

Benito Yrady



El país profundo de Barlovento

© Benito Yrady

FOTOGRAFÍAS

Rafael Salvatore

Arturo Paiva

Benito Yrady

Angela Collins

GRABACIÓN Y TRANSCRIPCIÓN DE ENTREVISTAS

Concepción Rodríguez

Petra Armas

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Juan José Espinoza

DIAGRAMACIÓN Y PORTADA

Ennio Tucci

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio.

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2025000957

ISBN 978-980-01-2584-7

Agradecimiento

El autor agradece a la Alcaldía del Municipio Acevedo el apoyo brindado en tareas de campo para completar la investigación que da origen a esta obra.



Un mundo llamado Acevedo

Este Municipio donde sus habitantes me honran como Alcalde, resulta el de mayor extensión territorial de todo el estado Bolivariano de Miranda. Sobrepasa una cuarta parte de nuestra geografía, donde alcanza 2086 kilómetros cuadrados. Medio Barlovento. Y ese título del libro creado por el escritor Benito Yrady, viene como anillo al dedo. *El país profundo de Barlovento* (Municipio Acevedo). Su propuesta inicial hace casi tres años, fue la de investigar a fondo la vida en Caucagua para ofrecer un homenaje a los Bandos y Parrandas de aquí. Pero Caucagua no puede nombrarse si no se cita a la parroquia hermana de Capaya, y si se habla de Capaya, hay que nombrar El Café, al nombrar El Café no se puede olvidar la Tapipa, ni a la Troncal 9, donde se ubican El Clavo y Panaquire, ni tampoco Araguita, y menos Marizapa. Así que todas las parroquias, incluidas la Arévalo González y la Ribas aparecen con su gente. Unas con más personas, otras con menos, pero aparecen. No dudé un solo momento en ofrecerle a Benito Yrady y a su equipo nuestro completo apoyo. Benito es hermano nuestro. Lo sentimos como hijo de todo el territorio. Compartimos con él numerosas luchas por el bienestar de la cultura, pero más allá de sus quehaceres gerenciales a favor de los pueblos, lo admiramos también como periodista y escritor. Las entrevistas que nos ofrece ahora a través de Monte Ávila Editores C.A., en acuerdo con esta Alcaldía, permitirá descubrir otro mundo en Barlovento, por eso agradecemos al Centro Nacional del Libro y al Ministerio del Poder Popular para la Cultura su disposición de incluir esta obra en la Feria Internacional del Libro de Venezuela 2025.

Hay muchas páginas que leer y demasiada historia viva. es así. Este recodo geográfico donde he permanecido la mayor parte de mis años y donde llegué a

nacer está lleno de hermosos testimonios, y la forma como Benito Yrady logra dibujar muchos de ellos con su visión de raíz tradicional, parece mágica. Humor, tristeza, alegrías, humildad, orgullo propio y conciencia son algunos de los aspectos incluidos en lo que nuestra gente logró transmitirle al escritor que nos hace sentir la música, la belleza del paisaje, el temor al que nos han acostumbrado y la felicidad de sentirse barloventeño, más las ganas de vivir. Escritor y amigo, Benito Yrady nos agasaja a todos al citarnos como nos cita en esos manojos de letras que él mismo los ha llamado “Mis papeles errantes”. Gracias querido profesor. Y gracias a los hombres y mujeres que ofrecieron su voz para registrar los inolvidables capítulos sobre Acevedo.

JOSÉ MIGUEL OLIVEROS

Prefacio

Ellos, los naturales de estas tierras, hablaban la lengua caribana. Se les reconocía como Tomuza, Tumusa o Tomusa, y generaban comercio con poblados vecinos de origen Cumanagoto, Guaribe, Tucuyo, Teserma, Guaiqueríes y Palenques, sin tardar en unirse para operaciones de guerra contra las tropas invasoras provenientes España. Es época de la conquista y colonización europea. Después de tantas mudanzas, se asentarían en la inmensidad de los valles de Capaya y Caucagua, y tuvieron a Nuestra Señora de la Iniesta como primerísima patrona. Los nombres existen, y quedan anotados varios que trascienden, como el del Cacique de Caucagua, Gerónimo Pirca, o el Cacique Juan Cachicharco, de nación Tomusa, según afirmaciones de estudiosos del tema al comenzar el siglo XVIII. Aparecen en la historia muchos otros nombres de gente y más gente indígena, dedicada también a la siembra y a la cosecha del cacao. Eran pueblos de aborígenes, y los religiosos misioneros dominicos, que resultaron sus protectores, llevaban por separado un libro para la parte indígena y otro para la parte de negros y mulatos, según afirmaciones del Obispo Mariano Martí. Producto del exterminio progresivo de pueblos indígenas o “montaraces” habían llegado los esclavizados africanos, y en medio del castigo surge la fuga. Los cumbes y cimarrones aparecen en distintos lados, entre selvas y montañas de Barlovento. Muchos africanos fugitivos convivían con Tomusas, huyendo de la barbarie y el castigo. Añadimos aquí una muestra de lo que significó el desplazamiento de patrullas organizadas para cazar esclavos fugitivos y destruir cumbes.

Al consultar en el Archivo General de la Nación sobre escribanías de procedimientos contra esclavos fugitivos en los montes de Capaya, con inserción

de la lista de los apresados y remitidos «*al Presidente Gobernador y Capitán. Caucaagua, septiembre de 1794*», identificamos a favor de este libro, “El país profundo de Barlovento”, lo que el paleógrafo Fabricio Vivas Ramírez nos ofrece en la interpretación de varios folios donde se anotan las declaraciones y destinos de esos esclavizados:

«Primera pieza.

6. Inmediatamente el Señor Teniente de Gobernador teniendo presente a un negro de los conducidos por la Patrulla destinada a tal fin, le recibió juramento que hizo por Dios Nuestro Señor y una señal de Cruz, bajo del cual prometió decir verdad de lo que supiere y le fuere preguntado, y siéndolo cómo se llama, qué edad tiene, y de quién es esclavo dijo: que se llama Juan Alexandro, esclavo de Don Josef Antonio Bolívar, vecino de esta ciudad y de edad de treinta años; que hace cinco años que se huyó del servicio de su amo porque teniéndolo preso con un par de grillos y una cadena, dándole la comida [fol. 480] de veinticuatro a veinticuatro horas, y en estos solamente un pedazo de carne sin pan, y sin darle agua si el declarante no la pedía, durmiendo desnudo de la cinta para arriba, pues solo tenía unos calzoncillos puestos, acostado en el suelo sobre los ladrillos; últimamente para mayor tormento y aflicción suyo, le echaba su amo de parte del día al corral, a habitar (según se explicaba) con las mulas, con una cadena que llaman de perro, que unas veces le pegaban de los pies y otras de las dos manos, y de esta manera pasaba todo el día, que además del dolor de verse detenido a vivir con las bestias le afligía el hambre, y llegó por ello a comerse las tusitas del malojo que se echaban a las bestias; que habiéndole tenido de esta suerte por el término de seis meses, habiéndosele hinchado notablemente los pies y aún todo el cuerpo, de manera que no sufría cadena, castigándole además de mañana y tarde, todavía usaba de otras inhumanidades, como hacerle poner en la mitad del patio de pie, parado, puesto en la cabeza una piedra grande de las que había allí para la fábrica de la casa, y le decía su amo: te has de estar

de esta suerte hasta que yo te mande; que además de esto, sobre la tarde [fol. 480vto.] al tiempo de montar su amo a caballo, primero le daba al declarante algunos chuzazos o latigazos, y le tenía dicho el dicho amo que lo iba a poner en tan miserable estado que ninguno apeteciera comprarlo, y aunque el declarante le decía que por Dios no le matara y que lo vendiera a otro, se mantuvo fuerte en su temeridad; que puesto en libertad solicitó tres amos el exponente y comunicó a su amo pero éste se resistió a venderlo, y temeroso de que tuviera el designio de quitarle la vida, tomó el partido de profugarse; que en estos cinco años se ha mantenido en los cañaverales de Panaquire, trabajando canastos para coger cacao, y que en estos últimos días en que lo prendieron, se juntó con una mulata que estaba por libre y era de Puerto Cabello, con hijo suyo de más de treinta años, de color enteramente blanco, con otro negro llamado Pedro Pablo, esclavo de un Conde de esta ciudad, no sabe cuál, que tiene un dedo mocho, y otro negro que dicen que es de Don Juan Vicente Bolívar, y se llama por mal nombre [fol. 481] Su Pa, y que estos al tiempo de la prisión del declarante se huyeron sin que sepa para donde, acompañados de otro esclavo de Don Juan Ygnacio Lecumberri, nombrado Martín que también estaba prófugo; que no ha sabido, ni sabe de otros esclavos huidos; y que no tenían más armas que alguna lancita y otros cuchillos y pedacitos de machete, y que dormían en los ranchitos que hacían; que en la mujer mulata que lleva declarada no observó que hubiese mal estado con alguno. Preguntado porque su amo le dio el castigo que ha relatado dijo: que lo que ocurrió fue habérsele propuesto por su amo el ser Mayordomo de la hacienda y habérsele obligado a ello, sin embargo de hacerle presente no se consideraba hombre para esta comisión; que después de esto mando su amo a la hacienda una esclava suya, de calidad mulata, nombrada Brígida, con quien estaba en mal estado [fol. 481 vto.] por alguna infidelidad que le hizo; que pasado algún tiempo volvió a Caracas la Brígida, y resentida del gobierno del declarante en la hacienda, informó a su amo que robaba cacao, de que empezó la persecución suya, y de ahí han resultado los castigo que ha dicho, y la Brígida consiguió la libertad de su amo. Que lo que ha declarado es la verdad so cargo

de su juramento en que se afirma y ratifica, no firmó por decir no saber. Hízolo su Señoría de que doy fe. [Firma] Alcalde. Ante mí, [Firma] Gabriel Joseph de Aramburu, Escribano Público».

Toda esta mezcla de sumisión y rebeldía, luchas y más luchas, que forman parte de nuestro pasado verdadero, estuvo entre los motivos que me condujeron a ordenar la actual serie de entrevistas. Exploraría desde la oralidad de la gente de Barlovento qué sensaciones existen sobre ese trato inhumano, y en especial en el Municipio Acevedo en pleno siglo XXI, y celebro ahora el grado de conciencia de sus habitantes sobre una etapa de la historia que tanto nos lastimó. ¿Qué se ha transmitido de generación en generación? ¿Qué prácticas culturales prevalecen hoy día? Se marcan los comienzos de este proceso periodístico y testimonial hace más de una década, cuando tuve la dicha de entrevistar a quienes ya han fallecido: María “Claudina” Monges, en el sector El Delirio de Pantoja, además de Carmen Eulalia “Lalita” Vaamonde Monges y de Miguel Ángel Blanco Monges. También escuché en Capaya las confesiones de Cupertino Palacios, mientras buscaba referencias del gran José Palacios, Edecán del Libertador Simón Bolívar y, por supuesto, las palabras precisas de Juan de Dios Palacios, quien aún vive con ciento dos años de edad. A todos los sumaría a “Mis papeles errantes”, pero realmente el compromiso de escribir este libro se establece a partir de la fecha en que el Alcalde José Miguel Oliveros, junto a la Cámara Municipal de Acevedo, me designa como Orador de Orden en Capaya. Un 24 de julio del año 2022, tuve la dicha de leer mi “Discurso de Capaya para recordar a José Palacios” en su propio sitio de nacimiento. Está incorporado este texto al final del capítulo quinto: “Retorno a Capaya”. Así surgió todo. Sin embargo, me voy mucho más atrás, a casi medio siglo, para decir que mi primer guía de Barlovento se llamó Fernando Madriz Galindo, quien nació en Curiepe. Ahora, en 2025, festejamos el centenario de su llegada al mundo.

Decidimos dividir esta entrega en cinco capítulos. Además del último, ya mencionado, “Retorno a Capaya”, está el cuarto, bajo el título “Otros conocimientos culturales y oficios”, el cual se desborda en la prolongada territorialidad del Municipio,

de extremo a extremo, considerando cada una de sus ocho parroquias, distribuidas en 2086 kilómetros cuadrados. Es reconocido como el Municipio de mayor amplitud en la subregión de Barlovento. Esas parroquias son Aragüita, Arévalo González (El Clavo), Capaya, Caucagua, El Café, Marizapa, Panaquire y Ribas (Tapipa). El más considerable número de pobladores, estimado en 27.948 habitantes, se concentra en Caucagua. Hablamos del Municipio Acevedo, que lleva ese nombre en homenaje a quien fue jefe del Cantón llamado Caucagua en repetidas ocasiones durante el siglo XIX, militar, General en Jefe, a favor de las luchas patrióticas que puso en marcha el Libertador Simón Bolívar, y activo participante de la guerra Federal. En el Archivo Histórico Arquidiocesano de Caracas se conserva su acta de bautismo, que indica que se puso «oleo y crisma y dio bendiciones a un niño que nació el día 5 de septiembre, y a quien se puso por nombre Miguel Lorenzo, hijo legítimo del Doctor Don José Feliciano Acevedo, abogado del Ilustre Colegio de esta Ciudad, y de Doña Antonia Josefa Leal». El tercero, dedicado por entero a documentar la experiencia de los “Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua”, que, como todos saben, tienen el reconocimiento de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, por el comprobado ejercicio de buenas prácticas que llevan a cabo en su lugar de origen y mucho más allá. El segundo capítulo del libro “El país profundo de Barlovento”, lleva por título “Prácticas medicinales y religiosidad entre costumbres heredadas en Barlovento”. Aborda temas, muchas veces desconocidos, sobre las creencias de estos pueblos que no se borran nunca. El capítulo primero, “El Alcalde de los desafíos: José Miguel Oliveros”, sirve de pórtico hacia la comprensión de todo el municipio en sus distintos órdenes, y por supuesto, para biografar la historia de un joven líder surgido de estas tierras.

Demás está decir que gracias al apoyo de esa Alcaldía de Acevedo, se pudo completar el trabajo de campo en todas sus parroquias para culminar esta entrega, motivado por el éxito de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua. Ese reconocimiento de la Organización de Naciones Unidas fue la razón esencial para poner en marcha la propuesta. He aquí el resultado en *El país profundo de Barlovento*.

Sumo cuarenta y siete entrevistas en total. Hombres y mujeres, entre quienes están los que se reconocen como hijos o nietos de mujer india y hombre negro, o de mujer negra y hombre indio, o de manera diferente, mezcla de blancos y negros, o de negras y blancos, así como también quienes se definen herederos directos de familias europeas. El trabajo periodístico varía entre los reportajes basados en preguntas y respuestas, junto a mis propias reflexiones, y en gran medida, solo aparece en el discurso, el fluir de la voz del informante para sostener la fuerza testimonial de los recuerdos. Debo agradecer a todas las personas que me dejaron llegar al acontecer de sus vidas para construir, desde el espacio de los saberes, este ejercicio de palabras que tengo como forma de aprendizaje al escribir. A Silvino “Chipín” Francia, Simón Veroes Belfont y Alexis Enrique Gómez Milano en Aragüita. A José Manuel Oliveros Gómez, Pedro José Cambera López, Gladys Aída Camacho, Santiago Desiderio Sojo, Gregorio Escalona, Erasmo Gonzalo Camacho García, Juan de Dios Palacios, Cupertino Palacios y Gertrudis Palacios, en Capaya. A Héctor Palacios Castro, Juan Vicente Sojo Machado, Pedro Emilio Álvarez Burguillos, Jorge Canache Llamozas, Petra Nieves, Giomar “Bemba” Candelario Pérez, Gregorio Antonio Tovar, Ernesto Monges, Linarda Monges, Enrique Mijares, Cruz Alberto Clemente Ruiz, María Cristina Leone Fischietti, Alicia Lucía Mata, Héctor José Sánchez Blanco, Abrahan Arestigueta, Chrispine Okello (Odour), Juan Ramón Ojeda, Carlos Martinsky, Eduard Clemente Márquez, José Ángel Ramírez, Petra Adelaida Abache, Carlos Manuel Piñango Navas (Carlos Vaamonde), María “Claudina” Monges, Carmen Eulalia “Lalita” Vaamonde y Miguel Ángel Blanco Monges, en Caucagua. A Emma Saint Pasteur Ascanio en El Café. A Juan Esteban Barboza, en El Clavo. A Miguel Quinto, en El Mango de Ocoyta. A Leonardo Landáez, en Panaquire. A Ana Isabel Esquivel Gerardi y Carlos Marrón en Marizapa. A José Manuel Infante Gutiérrez, en Mendoza. A Calixta Palacios, en Tapipa. A Pedro Rafael Bermúdez y José Antonio Da Conceição Ferreira, en Caracas.

Gracias al permitirme sumarlos a mis papeles errantes, donde organizo sueños y celebro la vida.

I. EL ALCALDE DE LOS GRANDES DESAFÍOS: JOSÉ MIGUEL OLIVEROS



José Miguel Oliveros, Alcalde del Municipio Acevedo.
Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2023.
Foto: Rafael Salvatore.

Esta entrevista, que da inicio al libro *El país profundo de Barlovento*, es la de mayor amplitud entre todas las que acompañan la primera edición, dedicada por entero al Municipio Acevedo. Trato de exponer las intenciones de la vida en José Miguel Oliveros, el quinto alcalde escogido, bajo elecciones directas, para el período 2021-2025, en el Municipio más extenso del estado Bolivariano de Miranda (2086 km.), ubicado en la subregión de Barlovento,

Las intenciones de la vida llevaron a Oliveros a ganar esas elecciones con el 52,80% de los votos. La contundencia del triunfo permitió también que la Cámara Municipal esté integrada por siete concejales afectos a la tendencia política de Oliveros, y dos concejales pertenecientes a sectores de oposición. Oliveros es militante del Partido Socialista Unido de Venezuela desde el momento de su fundación, en el año 2008, y antes integró aquella etapa del llamado Movimiento Quinta República, unido a otras organizaciones identificadas con el Gran Polo Patriótico Simón Bolívar.

Las intenciones de la vida en José Miguel Oliveros pasan por momentos azarosos, momentos tristes, momentos sencillos y momentos sublimes, como la hermosa historia que nos pudo contar durante nuestra conversación y que se remonta a unos cuantos años atrás, cuando descubre, sorpresivamente, desde el barrio La Vega en Caracas —al que tanto se le temía— que allí había nacido la mujer que le acompaña hoy como esposa: la bella Yeraldin Arellano, su más cercana colaboradora. Principal combatiente, que ocupa el cargo de presidenta del Instituto de la Mujer en la entidad municipal.

Entre las intenciones de la vida en José Miguel Oliveros también hay una virtud con la que siempre soñó, y que lo llenaría de valor. No es otra que dedicarse plenamente a la seguridad ciudadana y a combatir la delincuencia, tarea que a lo largo del tiempo fue transformándose en la principal razón de su existencia, unida, además, a la solidaridad con el pueblo donde nació. Nunca lo hemos visto al margen de la gente. Su relación con los habitantes del Municipio Acevedo es constante, es cercana, y observamos que la sabe disfrutar a diario. Siempre se vio obligado a socorrerlos, especialmente en los momentos más difíciles en la región barloventeña, cuando la inseguridad llevó a la decadencia a todo el tejido social de esta parte del país. Fue una tarea noble que sellaría el mayor de sus compromisos entre las intenciones de la vida. Hablo largo tiempo con él de esos recuerdos, que ya no se quisieran evocar por la crudeza visible de períodos muy tristes para todas las familias heridas en lo profundo de sus sentimientos, y a las que jamás les dio la espalda. Aquí lo expongo. Le interrogo sobre el quehacer diario, las grandes virtudes del territorio, la cultura en toda su diversidad y, particularmente, sobre lo mágico desprendido de las formas de religiosidad popular en su pueblo. Iniciamos esta entrevista desde allí.

—Amigo alcalde, me ha llamado significativamente la atención la fuerza espiritual del Municipio Acevedo, y sobre la materia logré intercambiar impresiones con cuatro o cinco personas —a quienes citaré en las páginas que siguen— y quienes practican la religiosidad popular y están muy conectados a ese mundo poco conocido por muchos. Asimismo, dialogaba sobre este tema con el misionero africano, el sacerdote Okello, quien me aseguró que, efectivamente, en el circuito de la iglesia católica hay un gran respeto por las costumbres de los pueblos barloventes. Esto no solamente ocurre en Caucagua, pues también lo he observado en Capaya y en otros lugares donde encontré curanderos y rezanderos de zonas diferentes. Entonces, le pregunto: ¿cómo es su mirada en lo más profundo de esta tierra que conoce bien? ¿cómo percibe, en tal espacio, a los habitantes del municipio Acevedo?

—Benito, sin duda alguna en el municipio Acevedo, como es común en todo Barlovento, se practican distintas creencias religiosas, entre ellas las espirituales, las afrodescendientes. Son religiones ancestrales que, con el pasar de los años, se han afianzado más entre los pueblos donde hay tierras de cultivos y otras cosas, propias de la ruralidad. Aquí contamos, precisamente en el cementerio de Caucagua, con dos grandes baluartes de la religión espiritista: la Negra Francisca y el Negro Pío Curandero. Ambos sepultados en ese camposanto, y con fuertes seguidores del espiritismo. Son muy visitadas esas dos tumbas. Ya no hay espacio donde la gente pueda sentarse a su alrededor y, además, recientemente fueron vandalizadas. Tenemos conocimiento de que supuestos practicantes de otra religión quitaron una especie de estatuilla, o algo así, que estaba en el sitio y la partieron. La tiraron al fondo de un barranco. La destrozaron, y eso causó alerta entre los creyentes, quienes han venido hasta mí a pronunciarse y solicitar una remodelación del espacio. Me gustó la idea y estamos transformándolo. Creemos en todas las religiones y las respetamos y compartimos como muchos otros habitantes de acá. Entonces nos preguntamos ¿Por qué no hacer algo sobre eso, en un momento tan crucial para nuestro país?

Decidí aceptar la propuesta de intervenir el lugar del camposanto. A su vez, le manifesté a los solicitantes que incorporáramos también la tumba del Negro Pío Curandero dentro de la remodelación. No solo a la Negra Francisca, sino a los dos, que han sido referentes de este municipio como representantes de la religión espiritista, pero además de eso, para mostrar nuestra herencia afrodescendiente vinculada al cacao.

Yo tengo información de que la Negra Francisca no era espiritista, no era santera, no era nada de eso, pero si era una señora partera que ayudaba a dar a luz a las mujeres. Fue tanta la ayuda que se convirtió en una esperanza, en las personas a las que socorría en el nacimiento. Le tomaron tanto amor que, después de su fallecimiento, le pedían para que favoreciera los buenos partos, y con el pasar de los años, con tantos favores que hizo la Negra Francisca, empezaron a pedirle otro tipo de cosas como, por ejemplo, amarres y desamarres para asuntos de relaciones

amorosas. Además, la visten muy bonito. Es una preciosura **cómo** hacen los trajes que simbolizan su presencia; incluso, sus devotos los cambian periódicamente. Hay una creencia muy agradable y ancestral de la Negra Francisca. La gente cree mucho en ella.

—Ahora bien, amigo alcalde, pasando a otro tema, fíjese en lo siguiente. Nosotros estuvimos en Aragüita y hay algo que nos llamó poderosamente la atención. Hicimos dos o tres entrevistas allí: a Alexis Gómez, que pronto será ordenado Diácono; al músico Simón Veroes Belfont y al poeta Silvino Francia, conocido como “Chipín”, quien usa dos varas muy largas como bastones para desplazarse entre las calles del pueblo. Al finalizar, Alexis Gómez nos invitó a comer junto al equipo y conversamos un rato. Realmente, ya había oído hablar mucho de Aragüita, pero las crudas escenas que nos narraron sobre el tema de la inseguridad resultaban impresionantes. También refirieron agradecimientos a usted, pues decían «Desde que llegó Oliveros eso se acabó. Se acabaron las bandas». Inclusive, Alexis nos narraba la manera de cómo él pudo participar de los oficios religiosos cuando asesinaban a una persona o moría alguien producto de los enfrentamientos. Los jefes de las bandas le permitían que fuera a rezar solo en los funerales, y el asistía aun sabiendo que todo era muy violento. Entonces, una de las particularidades de este municipio fue la problemática de la violencia y los homicidios, los cuales, según entiendo, ocurren con mayor frecuencia entre los hogares, más que en otros espacios. Todo esto nos asombró, pero ya que usted es un hombre que, además, viene del mundo de la seguridad, le dejo esta pregunta: ¿Cómo se ha logrado apaciguar tanta violencia entre una parroquia y otra?

—Sin duda alguna ha existido mucha violencia. Yo vengo de dirigir organismos de seguridad en cuatro municipios del estado Miranda: la Policía de Zamora, la Policía de Pedro Gual, la Policía de Brión y la Policía de Acevedo y, en el ámbito de estos municipios, ahora me catalogan y llaman “el alcalde de la seguridad”. Ha sido una labor bastante difícil, principalmente en Aragüita.

El municipio Acevedo era el más violento de todo Barlovento, el segundo más violento de todo el estado y aparecía entre los cincuenta más violentos del

país. Había alrededor de veinticinco bandas organizadas y en algún momento del pasado, aquí estuvo una de las más poderosas de Venezuela. Esa banda dirigía todo Barlovento desde aquí, desde Caucagua. Estaba al mando de tres hermanos, quienes se encargaron de estructurar una amplia organización con hombres y mujeres. Prácticamente se apoderaron de todo lo que era el ámbito social y económico de este municipio. Entonces, un domingo, durante el programa “Aló Presidente”, el comandante Hugo Chávez lanza una fuerte crítica: «¿Hasta cuándo permitirán que esa banda siga actuando en Caucagua?».

Ese mismo día ocurrió la toma local, con un amplio operativo de seguridad liderado por la Guardia Nacional Bolivariana y el Ejército. En acción coordinada, los distintos cuerpos de seguridad nacional se movilizaron para controlar el área con un extenso despliegue policial. Al día siguiente, lunes, iniciaron las labores operativas. Eso tuvo lugar entre el 2004 y el 2008. No tengo la fecha exacta, pero sí fue un estimado de ese tiempo. Entonces, a partir de aquel lunes hubo una gran movida policial en Acevedo, un plan de seguridad fuerte y empezaron a darle captura a los integrantes de esa banda.

—¿Operaban en Caucagua o en otros sitios?

—Se encontraban en la Troncal 9, en algunas zonas de Barlovento y en varios municipios como Andrés Bello, Páez e incluso Pedro Gual, aunque su presencia se concentraba principalmente aquí, en Marizapa. Como te mencioné antes, desde aquel lunes las fuerzas del orden intensificaron sus acciones hasta lograr la captura de algunos de sus principales cabecillas, quienes fueron detenidos y trasladados a las instancias de seguridad correspondientes. Al final, se logró reducir significativamente la influencia de esa banda, marcando un momento histórico para el municipio Acevedo. Así comienza el proceso de recuperación, dejando atrás las garras de la violencia. Aquellos que permanecieron en las calles se aislaron, se dispersaron, y hubo algunos que intentaron reorganizarse, generando conflictos internos para determinar liderazgos. Sin embargo, esto no prosperó, ya que nosotros desde los organismos de seguridad nos fortalecimos en un trabajo conjunto. Cada vez que surgían pequeños grupos, llevábamos a cabo estrategias

Presentación del libro
Capaya, escrito por Gladys
Aída Camacho.
Capaya, Edo. Bolivariano de
Miranda, 2023.
Autor: Rafael Salvatore



para neutralizarlos y garantizar el orden. Tiempo después se implementó una operación que incluía la presencia del ejército en las calles, representando un apoyo fundamental en la recuperación del municipio.

Ahora bien, cuando me designan como Director de la Policía de Acevedo, el índice de inseguridad más alto del municipio se concentraba en las parroquias de Aragüita y Capaya. Eran los puntos de mayor riesgo, a pesar de que también se registraban situaciones de peligro en otras partes como Marizapa, Ciudad Socialista, Troncal 9, Panaquire, Pele el Ojo y Marcelo. En todos estos lugares identificados como inseguros operaban organizaciones delictivas establecidas, pero las más fuertes se encontraban en Aragüita y Capaya. De cada cien delitos cometidos, cincuenta eran en Aragüita, treinta en Capaya y veinte en el resto del municipio, lo que representaba una cifra importante en términos de inseguridad.

Cuando aquella mega banda fue acabada, y se convirtió en un mito, o en una historia o tema del pasado, algunos jóvenes empezaron a formar pequeños grupos de nuevas generaciones delictivas. Así surge el grupo de Aragüita, caracterizado por su alta agresividad y estilo de actuación, y que reflejaba influencias de otras latitudes al adoptar prácticas observadas en países vecinos. Estas nuevas células, tanto en Aragüita como en Capaya, destacaron por la violencia, conformando un esquema delictivo que representó un desafío grande en materia de seguridad.

Entonces, Benito, si me preguntas cómo logramos acabar con esa delincuencia, especialmente en Aragüita, te respondería que fue mediante estrategias metódicas. Ahora puedo contarte algunas de ellas, y explicar por qué estos grupos eran rechazados por la sociedad. Ya no se trataba únicamente de los asaltos a camioneros y productores, sino que también llegaron a la violencia extrema. Recuerdo uno de los casos más impactantes en este municipio, ocurrido en la comunidad de San Francisco, cerca del Peñón de Aragüita. En el episodio, la jefa de la comunidad y su esposo fueron víctimas mortales por el simple hecho de ser líderes comunitarios. Les exigían gestionar aportes del Estado, como alimentos o programas sociales, para ellos administrarlos, y al negarse, fueron ultimados.

Estos acontecimientos nos llevaron a reforzar la seguridad e implementar acciones de control mucho más efectivas.

Organizamos grupos de choque que operaban de día y de noche. Recorriamos el monte en turnos de dos y cinco horas por grupo, buscando a los delincuentes. Estos solían establecerse en campamentos improvisados conocidos como “cambuches”, contruidos con palos, ramas, plantas e incluso con pedazos de zinc que usaban como techos para ocultarse. Poco a poco fuimos localizando y desmantelando esos refugios. Realizamos intervenciones legales y los responsables fueron puestos a disposición de los organismos competentes del circuito judicial. Además, se logró un trabajo interesante, que creo que es el fondo de toda la recuperación de la seguridad en este municipio, y está referido a los cuadrantes de paz. Esta estrategia nos permitió estar cerca del pueblo y saber de primera mano qué estaba pasando, dónde estaban los delincuentes, quiénes eran. Logramos identificar a muchos involucrados, que en su mayoría eran menores de veinticinco años. Muy jóvenes. Algunos de ellos, con tan solo trece o catorce **años**, ya se habían iniciado en ese mundo.

Con este trabajo logramos que los delincuentes fueran llevados ante la justicia. Paralelamente, a través de los cuadrantes de paz, desarrollamos labores comunitarias, integrándonos de manera progresiva en distintos asentamientos. Cuando los delincuentes se dieron cuenta, ya estábamos ahí dentro, con aliados comunitarios, informantes y estaciones policiales cercanas a Aragüita. Por primera vez en la historia, conseguimos establecer una estación policial en la zona. Anteriormente se había intentado instalar una, pero fue necesario evacuar a los policías, que cada noche eran asediados con disparos, siguiendo un patrón similar a otras regiones del continente. Logramos establecer una estación policial en Aragüita con veinte funcionarios, quienes responden de inmediato al llamado de los cuadrantes de paz: «Están aquí, en la esquina» «Pasaron por aquí» «Van llegando a tal lugar». Este sistema de información nos ha permitido, a lo largo de los años, actuar de forma eficiente y eficaz en la lucha contra la delincuencia.

Benito, me correspondió enfrentar aquellos tiempos tan difíciles, de violencia desbordada, como Director de la Policía de Acevedo. Fue el período más crítico en materia de seguridad en este municipio, pero logramos realizar un trabajo ampliamente reconocido por el pueblo. Gracias a Dios, hoy puedo afirmar con orgullo que nunca se detuvo ni encarceló a una persona inocente, y muchos menos se causó su deceso. ¡Jamás! Los delincuentes fueron plenamente identificados gracias a la labor conjunta entre los organismos de seguridad y los cuadrantes de paz.

Con más orgullo aún, puedo decir que, de ser el segundo municipio más violento del Estado Bolivariano de Miranda, y estar entre los cincuenta con mayores índices de violencia en el país, logramos avanzar hasta ocupar el puesto número quince. Solo nos faltan seis escalones para estar dentro de los territorios más seguros.

Hay algo que deseo destacar, y es que, cuando asumí el cargo en la policía de Acevedo, solo contábamos con cincuenta funcionarios. Hoy, como alcalde, hemos logrado aumentar esa cifra a doscientos sesenta, quintuplicando el personal disponible. En total, el pie de fuerza ha crecido en un quinientos por ciento. Por supuesto, es importante reconocer el respaldo de diversos organismos. No fue solo la Policía Municipal; se trató de un esfuerzo conjunto. Otras instancias con operaciones estratégicas brindaron un apoyo invaluable, y puedo reiterar que en Aragua este trabajo tuvo resultados altamente efectivos.

—¿Han llegado a hacer un análisis de cuál es el origen de toda esta situación de violencia? ¿Por qué ocurre en este estado? ¿Acaso es producto de una educación familiar no apropiada? Se lo pregunto, porque yo, que he viajado mucho por esta zona, llego a pensar que treinta o cuarenta años atrás no tenía esas características de violencia, independientemente del histórico tema de la lucha armada.

—Sí, claro, hay varios factores. Me entrevisto con esos muchachos, porque, como te mencioné antes, eran muy jóvenes. Con el tiempo, incluso llegué a ser una figura de referencia para ellos dentro de la policía. Los motivamos a trabajar, a estudiar y a integrarse en la sociedad con el apoyo de especialistas y orientadores religiosos. A través de talleres, aprendieron distintos oficios: soldadura,

construcción, artesanía y otras habilidades. Muchos lograron salir de grupos delictivos para emprender una nueva etapa.

Como director policial, conversé con varios para analizar lo que ahora me preguntas: ¿dónde surge el problema? La razón principal que manifiestan es el deseo de parecerse a ciertos líderes del ámbito delictivo. Querían vestirse bien, llevar prendas de oro, tener las mejores novias y las motocicletas más llamativas. Era el camino más rápido para alcanzar lo que deseaban, ya que provenían de familias dedicadas a la agricultura y pensaban que eso no les brindaba suficientes oportunidades. Eran jóvenes muy impresionables, atraídos por una visión superficial y materialista de la vida. Es una situación difícil, pero es una realidad que enfrentamos para poder transformar a las comunidades.

Ahora, en el año 2024, estamos haciendo historia ya que, por primera vez, en diez años, durante un mes completo, no se registró ni un homicidio ni un secuestro. En el mes de febrero, desde el 1 hasta el 29 –año bisiesto– no hubo incidentes de este tipo, y en enero se reportó solo uno. Estamos hablando de avances históricos en materia de seguridad dentro del municipio Acevedo. Yo, que conozco esta región, que llevo años estudiándolo como hombre de la seguridad, puedo hacer una comparación y afirmar que, a lo largo de los últimos cinco años, Acevedo ha experimentado un proceso de recuperación. La parroquia Aragiüita, anteriormente catalogada como una de las más violentas del país, ahora concentra solo el 10% de los delitos cometidos en el municipio. La parroquia Capaya, que era el segundo cuadrante más peligroso, no ha reportado delitos en meses, ¡Cero delitos! En el 2023 hubo dieciocho homicidios en todo el año, cuando en el pasado, esa misma cifra se alcanzaba en una semana. De esos casos, once fueron de origen intrafamiliar, por lo que realizamos un análisis detallado y estamos desarrollando un plan especial para abordar la problemática.

Desde la Alcaldía, creamos la Dirección para la Atención Familiar, que, en conjunto con los cuadrantes de paz, –que todavía existen– detecta hogares con conflictos internos, como por ejemplo: consumo excesivo de alcohol, violencia doméstica, maltrato infantil, niños fuera del sistema escolar, situaciones



Entrega de reconocimientos
a los Bandos y Parrandas
de los Santos Inocentes de
Caucagua. Caucagua, Estado
Bolivariano de Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.

derivadas del uso de drogas, entre otros. Cuando identificamos estos casos, que son alertados por los cuadrantes de paz, nosotros intervenimos con atención especializada, talleres y seguimiento, logrando avances significativos en la prevención de este tipo de delitos. Gracias a esta iniciativa de crear dicha Dirección, logramos un rotundo éxito al detectar problemas a tiempo y salvar muchas vidas.

Hay que destacar que la comunidad está organizada dentro de los cuadrantes de paz, porque allí convergen varias personas. Existe un representante por cada área del poder popular, como, por ejemplo: salud; educación; seguridad, que puede ejercerla un miliciano, entre otros. Cualquiera de estos integrantes da la información. Eso me ayudó a compenetrarme con las comunidades. Me ayudó a mejorar mi compromiso con la gente. Yo creo que Acevedo necesitaba que un policía fuera alcalde, ¿por qué? Porque era precisamente lo más deseado por nuestro municipio: la seguridad.

—¿Cómo fue su proceso de enseñanza y formación en el campo de la seguridad? Háblenos de eso, del cómo usted se fue especializando en este oficio.

—En el Municipio Brión existía un lugar llamado El Cuchivano, cerca de la playa, con un gran estacionamiento y especies de salones. En algún momento funcionó allí un centro social o algo parecido. Ese lugar estaba totalmente abandonado y nosotros, como institución de seguridad, lo ocupamos. Junto a la Policía de Brión, con Montgomery Marcano al frente, quien era el director, tomamos esos espacios. El alcalde para ese tiempo se llamaba Raúl Ceballos, y su hermano, José Ceballos, comisario jubilado, era el Director de la Academia de Policía, que llevaba por nombre “Almirante Luis Brión”. Ingresé a esa academia en el curso del año 2008, y me gradué. Recuerdo claramente que, al finalizar los estudios, eligieron los quince más destacados y uno de ellos era yo. De hecho, quedé en el primer lugar de la academia. ¡Me ascendieron el mismo día de la graduación y con honores! Allí, los últimos seis meses de estudios fui Brigadier Mayor. A esos primeros quince destacados nos llevaron para el Municipio Zamora. El alcalde era Oswaldo Sifontes, quien nombra a Edgar Martínez como director de la Policía. Es a él a quien le debo todo lo que he aprendido en materia policial. Fue como un padre para mí dentro de la policía. Edgar Martínez nos asume, a los quince funcionarios, y empieza nuestra preparación. Comencé por cursos especializados en: actas policiales, técnicas policiales, sobrevivencia. Hice cursos de inteligencia y contrainteligencia en el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN) y protección de personalidades en la Brigada de Acciones Especiales (BAES). En los primeros seis meses, después de mi graduación hice más de veinte cursos, incluyendo uno de rescate subacuático, que es una materia sumamente importante para toda la zona de Barlovento porque aquí hay costas. Esa formación me la dio un bombero de nombre José Gregorio Arístides. Él nos facilitaba los “peterson”, que es un tipo de salvavidas flotante que se ajusta al cuerpo, para evitar ahogarse porque el curso era en mar abierto. Este señor se quedaba en medio de nosotros a darnos las clases sin peterson, sin salvavidas, ¡Y no se hundía, flotaba tranquilamente!

—Veo que ha aprendido mucho, especialmente en su integración con la comunidad. Ahora, amigo alcalde, uno llega a reflexionar sobre la importancia que usted le otorga al deporte y la cultura en sus programas de gestión. En la escuela, por lo general, no se fomenta esa dinámica social con la misma intensidad que afuera, donde niños y jóvenes se reúnen en las canchas para entrenar, de la misma manera que otros participan en actividades culturales. Considero que estos elementos también contribuyen a alejarlos de la delincuencia. ¿Qué opina al respecto?

—Mira, Benito, yo tengo una anécdota de cuando era un jovencito con quince años de edad, al hacer mi primera función policial en materia de seguridad y que, por supuesto, no era policía ni mucho menos. ¡Ni pensaba yo que iba a estudiar en la policía! Eso fue en la comunidad donde yo vivía, en El Paredón de Capaya. Había quienes consumían drogas en la plaza y estábamos en un momento histórico de inseguridad muy fuerte. El resto de los muchachos no podíamos estar en la plaza, porque los más grandecitos consumían drogas. ¿Tú sabes que hice un día? Pensando en cómo cambiar la sociedad, agarré un latón que estaba en el piso, lo limpié y con un amigo llamado Édison, que hoy en día está fallecido y que también fue policía, mi compadre, agarramos el latón, lo limpiamos, lo pintamos y escribimos en blanco «Prohibido consumir drogas en la plaza». Lo colocamos en un samán que estaba ahí. Lo clavamos. Eso fue en horas del día. En la noche, cuando los que consumían drogas vieron el cartelón, lo tumbaron y lo tiraron para la calle. Decían: «¿Qué se creen estos? ¿Qué se cree este carajito?». Luego nos querían malograr para que no se les señalara esas normas, pero como siempre fui rebelde y con preparación física, porque practicaba taekwondo, con dos de ellos que consumían drogas, mayores que nosotros, tuvimos una pelea por haber tumbado el cartelón del samán. Nos lo tuvieron que quitar de la golpiza que les dimos. ¡Por eliminarnos el cartelón de ahí! Y hasta ese día consumieron drogas en la plaza. Es cuando empieza mi función de querer transformar a los jóvenes envueltos en la delincuencia. Nosotros hacíamos torneos de baloncesto, de

pelotica de goma, de softball, de béisbol, de futbolito, para activar a los jóvenes y que no se transformaran en delincuentes. Eso se fue minimizando.

—Amigo alcalde, hace unos meses conocí a su papá, y también a su mamá, y me llamó la atención el color de piel. Su papá es de piel oscura, pero su mamá es una mujer, como le llamamos aquí, popularmente, “catira”, y usted tiene los rasgos más parecidos a ella. Asimismo, creo haber conocido a alguna de sus hermanas. Ahora bien, hablemos de la familia, porque en un momento yo recuerdo que le manifesté algo sobre ese tema y usted me dijo que su mamá vivió en Colombia. ¿Cómo es ese origen familiar?

—Sí, mi mamá es colombiana, nacida en Cúcuta, pero su familia se trasladó a Venezuela cuando ella aún era una niña. Se llama Nancy Gómez. Tendría unos ocho años de edad. Mi abuelo Francisco, que era el papá de mi mamá, fue un gocho blanquito, y mi abuela Ramona, su esposa, era colombiana. Ellos se vinieron a Venezuela con mi abuelo, quien fue un carpintero por excelencia. Él era ebanista y hacía hermosas piezas. Incluso, yo lo asistía en el taller y de eso me acuerdo clarito. Con siete u ocho años lo ayudaba con el martillo, los clavos, la pega. Mi abuelo tenía una carpintería en Antímano y trabajé con él durante dos años, porque siempre he tenido la característica de trabajador. Nunca me ha gustado ser flojo. Siempre he trabajado. ¡Siempre, desde niño! Desde que tengo uso de razón trabajé con mi abuelo y con mi papá, quien tenía negocios en varios mercados. He trabajado y estudiado. Nunca dejé de estudiar, y mi madre me exigía mucho. Su oficio era secretaria, y a sus hijos siempre les pedía que estudiaran. Gracias a eso todos pasamos por la universidad y todos somos profesionales. Mi mamá vivió en Caracas y conoce a mi papá, un negro barloventeño, nativo de Capaya. Mucha gente se sorprende cuando me ven al lado de él. Observan mi color de piel y exclaman «¡Pero ese no es tu papá!». A mi papá le dicen “Cheo” y se llama José Oliveros.

Nosotros somos cuatro hermanos y vivimos en la parroquia La Vega en Caracas, en el Barrio El Carmen, detrás de la iglesia. Sobre mi vida tengo muchas cosas que contar. No sé si deseas conocer aspectos de mi vida o prefieres que te hable solo del municipio.

—Alcalde, es que justamente también queremos reflejar parte de su vida.

—Entonces fíjate, Benito, de dónde nacen algunas cosas en materia de seguridad para mí. Vengo del barrio La Vega en Caracas, y conocía a los delincuentes, porque eran mis amigos de la infancia, pero nunca fui delincuente. ¡Jamás! Los veía en las esquinas, los saludaba y seguía para mi casa. ¡Nunca me involucré con ellos! Me mudo a Capaya a los quince años y te voy a contar el por qué me mudé.

Yo hacía un curso de computación en la Academia Americana, a la vez que estudiaba bachillerato en un liceo de sacerdotes católicos, ubicado en La Vega, de nombre “Monseñor Arturo Celestino Álvarez”. Sucede que una vez llegué a las siete de la noche del curso de la Academia. Ya en casa, me recosté en el mueble a ver un programa en la televisión que pasaban todos los miércoles en la noche, y me quedé dormido. Y ahora fíjate como se va a reflejar un tema relacionado, tal vez, a la espiritualidad y a los refranes en Venezuela. Debes haber escuchado esa creencia popular que dice: «A la gente cuando está durmiendo, no la despierten. Déjenlo que siga durmiendo», y tal frase no falló conmigo ese día. Resulta que mi cuñado llevó en su carro a mi hermana hasta la casa. La deja en la esquina, y cuando él está dando la vuelta para irse, lo interceptan unos malandros de la zona que querían someterlo, robarlo, ¡No sé! Yo los conocía a todos, porque nos criamos juntos en el barrio. Mi hermana, desesperada, me despierta gritando «¡Hermano, hermano, quieren robar a Neo, quieren robar a Neo!». Neo era mi cuñado. Abro los ojos, totalmente desorientado. Le pregunto: «¿Cómo que lo quieren robar?», y responde: «Sí, los chamos de aquí mismo». Recuerdo que había uno al que le decían “Cabezón”, que era el líder de la banda. Ella continuaba repitiendo «Ahí están los malandros, ahí están los malandros».

Benito, me levanto apresurado, salgo corriendo y hablo con ellos: «Ese es mi cuñado, vale. Dejen a ese chamo quieto». Contestan: «Ah, ¿es tu cuñado? Dale pues. Tranquilo». Cuando mi cuñado se va, y yo camino hacia la casa, se desata un tiroteo. Me toma por sorpresa, porque no sé de dónde provienen tantos disparos. Empiezo a correr hacia el callejón donde vivo y, al pasar una reja, recibo un tiro en

la cabeza. Aquí atrás, Benito, puedes tocar para sentir la perforación. ¡Ese fue el disparo que me alcanzó! No fue directo, ya que atravesaría la reja antes de impactar en mi cabeza. Caí boca abajo frente a la puerta de mi casa, que estaba cerrada, así que no pude entrar. Sentí un golpe, como si alguien me empujara, y caí, sin saber en ese momento que había sido un tiro. Con la misma fuerza con la que caí, me levanté y seguí corriendo por el callejón San Pedro, que conecta el Barrio El Carmen con La Veguita. Continué avanzando, porque me encontraba en medio de un intenso tiroteo. Después supe que se trató de un enfrentamiento entre bandas enemigas. Ese día hubo cuatro personas heridas, ajenas al conflicto: dos muchachas que caminaban por la zona, un joven que estaba llegando a su casa y yo, ¡cuatro inocentes, mientras que ningún miembro de los grupos en disputa resultó afectado!

—Ahora, le pregunto, ¿la bala penetró o no?

—¡Sí! Corriendo llegué hasta la avenida, y allí encuentro a mi cuñado que estaba saliendo en su carro. Nos conseguimos y me pregunta: «¿Qué pasó?» entonces le digo «¡Llévame al médico, llévame al médico!». Es cuando me percaté que estoy herido, porque siento algo caliente que me va corriendo por la nuca. Me toco y veo que es sangre. Continué palpando y siento un hueco en la cabeza. Inmediatamente imaginé que era un tiro. Los nervios me dominan y comienzo a gritar «¡Tengo un tiro!». El resultado fue una bala metida en el cráneo. Ese mismo día me operan para sacármela. Después de la intervención quirúrgica duré aproximadamente veinte horas en estado de coma.

Todo lo que te acabo de relatar es lo que recuerdo, porque aún estaba consciente. Corrí, y de eso me acuerdo clarito. Llegué a la clínica y me operan. Cuando despierto, asombrado, después de estar tanto tiempo inconsciente, me pregunto: «¿Dónde estoy?», y comencé a recordar. Me dan de alta a los dos días y voy para La Vega, para mi casa. Duré una semana, ya que tenía el organismo muy débil. Gracias a Dios la bala no me tocó el cerebro, no llegó a romper la masa encefálica. ¡Y tengo la bala de recuerdo! ¡Era una nueve milímetros! Nosotros tenemos un hueso que evita el contacto con el cerebro. Bueno, ese hueso lo rompió, mas no pasó al cerebro.

Después de estar bajo los cuidados de mi madre, le pido: «Quiero irme a Capaya para terminar el reposo allá y olvidarme de lo que pasó aquí». Mi madre acepta y me vine a Capaya hasta el día de hoy. Creo que ese fue el punto de partida, lo que me movió a ser una persona decidida a luchar contra la delincuencia. Constantemente pensaba: «No puede ser que existan personas que dañen con sus actos a la sociedad».

Al llegar a Capaya, me sorprende al descubrir que la situación de inseguridad era tan grave como en La Vega. Las calles estaban marcadas por la presencia de grupos delictivos y el consumo de sustancias ilícitas. En La Vega, a pesar de su fama para ese entonces como uno de los barrios más peligrosos del país, era raro ver a alguien consumiendo drogas en espacios públicos. En Capaya, en cambio, lo hacían abiertamente en la plaza y en las calles, frente a todos. Esa es parte de mi historia en el barrio El Carmen en La Vega.

—Alcalde, ahora hablaremos un poco sobre el municipio. Independientemente de lo que se conoce como los situados constitucionales dentro de la planificación central, de donde provienen los fondos para ciertas gestiones, ¿cuáles son, desde el sector privado, las oportunidades más interesantes en el municipio? Porque comprendo que se trata de un territorio con importantes vías fluviales y una destacada actividad agrícola, por lo que debe contar, imagino, con distintas industrias, tanto pesadas como livianas. ¿Cómo es el mapa del sector privado en el municipio, desde el campo de la relación con la alcaldía? Por ejemplo, en cuanto a la producción de pesca y cacao, porque considero que el cacao tiene un alto valor simbólico para la zona. ¿No es así?

—Sí, a nivel de agricultura el cacao es el que tiene el mayor porcentaje de producción en este municipio, pero algo también ha cambiado con el pasar de los años. Las parcelas, las fincas, también fueron vandalizadas. Las grandes productoras de cacao de esta zona, en un tiempo, fueron tomadas por la delincuencia. Sacaron a los propios dueños y se apoderaron de sus siembras. Después de un trabajo de levantamiento y rescate, ochenta de ellas ya las hemos retornado a sus dueños

originarios, con sus documentos, con sus cartas agrarias, con la historia que tienen de esas parcelas, pero hay un problema en materia de cacao.

El cacao en este municipio es herencia. Aquí los nuevos productores no han sudado la siembra de esas plantas. Eso ha venido de generación en generación, y ya esa planta no produce lo mismo que en el pasado, cuando había grandes cosechas. Todavía hay buenas, pero ya no es lo mismo que antes, cuando una planta daba hasta diez kilos de cacao. Hoy en día da un kilo, porque ya cumplió su etapa de vida. El año pasado inicié un proceso de renovación de esas plantas y entregamos veinte mil, que para una de esas haciendas no es nada, porque sembraban hasta cien mil plantas. Ahora, tengo estimado, para este año 2024, reemplazar unas cien. Nosotros las hemos regalado, es decir, se las damos al productor y le hacemos seguimiento para que produzcan. ¿Cuál es el convenio que tengo con estos cacaoteros? Las plantas que entregamos son producidas por el Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas (INIA), organismo que se dedica a su estudio. Ellos nos dan unas plantas certificadas, paridoras. No son plantas para sacarles cosecha. Son plantas para producir. Son madres. Benito, ¿entiendes lo que quiero decir?

De estas plantas se utilizan las diez primeras mazorcas para resembrar. Las primeras veinte mil que entregué son exclusivamente para reproducción. ¿Cuál es el convenio que hice con la gente? Que, de cien plantas obtenidas de esas madres paridoras, deben entregar diez a la alcaldía para renovar el municipio. Se trata de un proceso a tres años y lo inicié el año pasado. La cosecha será visible en el último año de este periodo como alcalde o al inicio del siguiente, porque tengo intenciones de postularme nuevamente. Las plantas tardan tres años en dar su primera producción, pero esa cosecha inicial no es aprovechable, sino hasta la segunda.

El proceso es similar al de la crianza del cerdo: si se permite la reproducción en el primer celo, la calidad puede verse afectada e incluso deteriorar la raza. Lo mismo ocurre con las plantas paridoras: la primera cosecha, es decir, una, dos o tres mazorcas, no son útiles para nuestro propósito. Aunque pueden procesarse para cacao y chocolate, no cumplen con lo que nosotros queremos, con nuestras

expectativas. Entonces, para el segundo ciclo, hemos proyectado la obtención de al menos un millón de plantas. Cada una genera veinte retoños y, si entregué veinte mil, en la primera cosecha vamos a obtener cuatrocientas mil. Cada planta carga dos veces por ciclo, y estos quiere decir que, en dos años, la producción alcanzará ochocientas mil unidades a partir de las veinte mil iniciales. ¡Imagínate la transformación que haremos en el municipio! El año pasado se entregaron veinte mil y este año cien mil. Benito, nos convertiríamos en el municipio más productivo del país en cultivo de cacao. Esto se podrá alcanzar en largo tiempo, pero estoy completamente convencido de que lo vamos a lograr.

—Es un gran desafío, ¿no?

—Sí, pero es algo organizado, bien estudiado. Nosotros tenemos los documentos que certifican la calidad de esas plantas por parte del INIA, y estamos en constante seguimiento y apoyo con la gente: «¿Como va la cosecha? ¿Necesitas urea? ¿Necesitas abono? ¿Qué necesitas?». Esto es para cumplir con el tiempo que inicialmente consideramos, y después continuar renovando.

Por otro lado, con respecto a la pesca en el Municipio Acevedo, puedo decir que, si bien es cierto que hay mucha gente que come de la pesca, el pescado de río no se da en abundancia ¡Sólo sardinas! Se puedes encontrar un pozo que tenga muchas sardinas, pero ¡se acabó ese lote y ya! No es como en el mar, donde se multiplican los peces. Aquí es poca la pesca. Muchas personas capturan algunos y se los comen, pero hasta ahí. No es suficiente. Ahora, si puedo hablar de la frescura de las aguas de los ríos de aquí, que son 100% puras. Puedes consumirlas directamente. Les hemos hecho pruebas y son potables al 100%. Los pozos de agua, profundos, en el municipio, principalmente de la zona montañosa, son aguas perfectas. ¡No necesitan preparación o aditivos! ¡Nada! Son apropiadas para el consumo humano.

Hay algo que deseo destacar este año, y es el plato típico del municipio. Aquí, en el río, se da, y lo concibo como la mejor proteína, la más deliciosa: el camarón de río. Hemos realizado consultas con personas que han viajado por el mundo entero y dan dado fe de que este camarón de río es uno de los más sabrosos. Una

vez traje a dos catadores a hacer unas pruebas y dijeron que jamás habían conocido algo como eso. ¡Nunca! O sea, que tiene un sabor único. En todos los ríos de este municipio se da el camarón. Muy parecido a la langosta, pero con macanas más grandes que incluso tienen carne por dentro. Se pueden comer fácilmente, se abren y resultan de un gusto especial.

—¿Tienen una temporada?

—Durante todo el año hay camarón de río, pero en la temporada de lluvias abundan mucho más, porque emergen de las cuevas. El río se los trae de la montaña, se desprenden de las partes que habitan. Hay personas que le dedican tiempo y viven de esto. Lo comercializan a elevados precios, y muchísima gente los compra. Yo soy fanático de esa comida. Me gusta guisado, en sopa, asado, ¡como sea! Ahora, queremos hacer la propuesta en el municipio para declararlo como comida típica de Acevedo, aunque también hay otras propuestas que debemos escuchar. Algunos dicen que la “lapa” porque es una comida exquisita, otros dicen que “cafunga”, que es un dulce tradicional. Sin embargo, en cuanto a un plato de excelencia, destaca el camarón de río.

—¡Qué interesante! ¡Qué bueno alcalde! Ahora, creo que también debemos hablar un poco sobre la cultura.

—Mira Benito, cuando llegué a este municipio, a vivir, que tenía quince años, veía las expresiones culturales y una de las que más me impresionaba era la del Niño Jesús de Capaya, cuando cruzaba el río cada 24 de diciembre. Yo era fanático de eso. Me iba al río Marasmita a esperarlo. Disfrutaba al ver a los devotos, con los brazos alzados, sosteniendo en su nicho la imagen del Niño cruzando el río, porque aún con el río crecido, con el agua a la altura del cuello, ellos pasaban. ¡Era algo sorprendente! Muchas veces nadie podía bañarse porque había una corriente muy fuerte, ya que, en esa época, por lo general llueve, pero al Niño Jesús lo pasaban, la gente cruzaba y nunca sucedió nada malo. En lo personal, creo que la fe, la veneración, la entrega, en torno al Niño Jesús de Capaya, protege a los portadores de esta tradición. Es un legado sobre el cual hay que investigar un poco

más. Y a lo largo del tiempo también he conocido de muchas otras celebraciones culturales dentro del municipio.

Una de las políticas de mi gestión es el acompañamiento a quienes hacen y fomentan la cultura en todo Acevedo. Contamos con más de setenta expresiones culturales y llevamos un aporte a cada una, integrándolas en un plan especial. Creamos el Instituto Municipal de Cultura y Patrimonio, que antes no existía.

Asimismo, como alcalde de Acevedo, me reencuentro con una de las expresiones más importantes del municipio: Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua, a la que le otorgamos absoluto apoyo, porque antes los tenían señalados como focos de bochinchas, como algo de relajó, pero no es así, contrariamente han resultado una vitrina para el mundo entero. Hoy día, gracias al acompañamiento que tú hiciste, Benito, junto al equipo de la Fundación Centro de la Diversidad Cultural, están reconocidos por la Unesco como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, dentro del Programa de Buenas Prácticas de Salvaguardia. Esto ha servido para reafirmar que, a través de la cultura y la transmisión de saberes, se fortalece nuestra identidad dentro del municipio y en toda la región barloventeña. Además, podemos lograr que las nuevas generaciones enriquezcan su conocimiento, alejando la delincuencia, promoviendo la unidad y el entendimiento dentro de cada una de las comunidades.

De verdad que, con el pasar de estos dos años, tengo que felicitar a quienes están en el Instituto Municipal de Cultura y Patrimonio, porque han hecho un trabajo extraordinario bajo la dirección de José Ángel Ramírez. Creo y admiro a la cultura, a los portadores, a las tradiciones y, de manera especial, a la transmisión oral de saberes. Se dice que el Libertador Simón Bolívar nació en Capaya, y esto es un vivo ejemplo del valor de la oralidad dentro del municipio, entre muchas otras.

Nuestro futuro en materia de seguridad está estrechamente vinculado a la cultura. ¡Estoy convencido de que a través de ella lograremos mantener este municipio seguro! Mis tres principales banderas son cultura, deporte y educación, y tengo firmes convicciones de que todo lo que afecte negativamente a nuestras comunidades puede combatirse mediante estas herramientas.

Quisiera que la cultura de nuestro pueblo se lleve en toda su amplitud a las aulas de clases, pero profundizando en sus raíces. Eso es algo que nos falta. La cultura realmente se difunde es a través de las propias comunidades. Fíjate Benito, aquí consigues niños que bailan la burra, que son burriquetas desde los cinco años. Igual sucede con los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes. Encuentras a los niños vestidos de Boleros, mostrando esa expresión cultural desde los cinco años. Me quedo sorprendido cuando se le pregunta a un jovencito «¿Qué es eso? ¿De qué se trata?», y lo cuenta tranquilamente. ¡Ya sabe, pues!

Yo creo que la formación de niños y niñas, a través de los núcleos de iniciación y transmisión de saberes, es lo mejor de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua. Cada 28 de diciembre pasa algo inédito por la cantidad de personas que nos visitan para celebrar con ellos. La gente viene a conocerlos, a compartir con el pueblo de aquí y eso está muy bien, sin embargo, continúo pensando que deben ser las aulas de clases el espacio ideal para difundir la memoria. A nosotros antes nos engañaban diciéndonos que los personajes de la cultura popular eran malos, y los muchachos les tenían miedo. Los niños le tenían terror a los Santos Inocentes, a los Boleros: «¡A correr que vienen los Boleros!», pero hoy día no es así. Actualmente los niños se abrazan con los Boleros, se toman fotos, los acompañan y quieren ser como ellos, porque eso que están haciendo a nivel cultural en las comunidades, la labor de crear los Consejos Comunitarios, es muy interesante y valioso. Estoy firmemente convencido de que es lo que nos va a ayudar a mantener la seguridad de nuestro pueblo, y por eso continuaré impulsando la cultura.

II. PRÁCTICAS MEDICINALES Y RELIGIOSIDAD ENTRE COSTUMBRES HEREDADAS EN BARLOVENTO

Carlos Manuel Piñango
Navas, (Carlos Vaamonde),
Presidente de la Parranda
de los Santos Inocentes,
Sector Pantoja. Pantoja, Edo.
Bolivariano de Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.



Carlos Manuel Piñango Navas: Pantoja es un pueblo insurgente

La Calle Real de Pantoja se prolonga infinita e inalterable, con patios antiguos y pequeñas casas enrejadas bajo su extenso cielo. Asfalto, polvaredas, barro, zanjas y el Río Grande desbordando memorias. Reaparecen las celebraciones vecinales desde la luz raída de la tarde. Se extienden a San Judas Tadeo y a Las Delicias de la famosa carretera nacional. Se dan cita El Delirio de Pantoja y El Legón. Anochece entre cantos. Pantoja es bullicio de músicos, es baile, rostros de hombres tiznados y mujeres que festejan con sus voces roncadas a los Santos Inocentes. «La calle está durísima» grita un coro en Pantoja, mezclando legados hispánicos y africanos entre abrazos y el sabor del humo barrido por el viento. Es una forma de adueñarse del poder. Es rebelión.

Cada 28 de diciembre se oye la gran algarabía en la Calle Real, que luce una bandera mitad verde y mitad roja, guiando un desfile bajo los efectos de la música. Carlos Manuel Piñango Navas, conocido como “Carlos Vaamonde”, hijo de Víctor Vaamonde, heredó de su padre la presidencia de la Parranda de los Santos Inocentes. Nos explica: «Pantoja es un pueblo insurgente. El color verde representa la fertilidad de la tierra del cacao, y el rojo, la sangre derramada de los esclavizados para obtener la libertad». Se ve que ama lo que debate, y no duda en decirnos que, en la comunidad de Pantoja, quedó ese espíritu de lucha en cada habitante del lugar, porque Pantoja no es solo Parranda ni sonido de merengues, de canto apambichao ni de toques de tambores. Pantoja es Carnaval, Cruz de Mayo y otras fiestas: San Rafael Arcángel, el Santo de la Salud, la celebración de San Juan El Bautista y el acostumbrado baile de La Burra de Caucagua. Además, agrega que Pantoja es la cuna visible del deporte, y me pide que lo escriba y que hable aquí de su ejemplo tan particular.

Carlos Manuel Piñango jugaba béisbol en la posición de short stop cuando sufrió graves lesiones en un pie, y no logró inscribirse en los Juegos Panamericanos. Se hizo Técnico Superior en Educación Física en el Instituto Pedagógico de Caracas y, tiempo después, en la Universidad Simón Rodríguez se gradúa como Licenciado en Educación Integral. Siempre entre la segunda y la tercera base, como campocorto, estaba pendiente de cualquier doble play y por eso admira tanto al grandeliga venezolano Luis Aparicio, quien llegó a ser un líder de las bases robadas y se encuentra en el Salón de la Fama del Béisbol en New York.

A los sesenta años cumplidos, el béisbol para él no es un punto distante. Aún juega y siente la misma adicción. Un gran secreto y un extraño misterio. Ahora, esa agilidad de deportista reflejada en su cuidada figura varonil, está más al servicio del Bando y Parranda de los Santos Inocentes de Pantoja. Allí sigue, de sombrero y riguroso flux, al lado de la Jefa o Gobernadora de Parranda, Victoria Vaamonde; con la Abanderada, María Martínez; con la Comandante de Policía, Maritza Monges; con la Secretaria de Policía, Petra María Toro; y con la Verduga, Rosángela Muria, mujeres de temple que van de cuadra en cuadra como figuras principales de rutas callejeras. Cada día la fiesta crece y crece entre la gente de Pantoja, y se llena de Boleros y recuerdos en el valorado proceso de transmisión intergeneracional. Destacan los Boleros, representados aquí por Marcelino Méndez, Williams Méndez, Otilio Mendoza, el afamado “Baba”, y muchos otros más. El día 27 se ofrece la lectura del Bando entre jocosos versos libres, y el 28 de diciembre la Parranda como tal: Bando y Parranda. Desde hace veinte años, Carlos Manuel Piñango tiene la responsabilidad de velar para que todo salga bien y que los participantes luzcan vestimentas acordes con la tradición antiquísima de la Parranda, como sigue siendo la indumentaria del Fiscal de Pesa o del Fiscal de Bebida o los uniformes relucientes de mujeres policías.

Cuenta que, antiguamente, los pobladores del cercano vecindario Los Cerritos, arrastraban más gente en la celebración de la Parranda, una cuestión muy fuerte porque, tanto su tía como su abuela, eran sólidas de carácter y no dejaban que nadie se impusiera por encima de su autoridad. Desde Los Cerritos venían

otras mujeres a provocar luchas, agitando una bandera de color blanco y rojo dividida en dos mitades. El liderazgo que llamaba la atención lo asumía una dama corpulenta que podía superar los dos metros de estatura. Betilencia era su nombre. Ella, gritando en continuo manoteo entre los pobladores de Pantoja, se abría paso en la calle Real. Irritada y con discursos toscos, terminaba en peleas. Entonces, a los catorce años de edad, él vio los reclamos de la gente de Los Cerritos que seguían con su Parranda tocando cuatro, marímbola y tobos en sustitución del tambor. No había instrumentos de viento ni metales. Nos cuenta que se repitió y se repitió la frase «Corea contra Japón» para referirse a los enfrentamientos que existieron a mediados del siglo XX entre Los Cerritos y Pantoja: bandera contra bandera, bando contra bando.

Mientras ese día las iglesias cristianas recuerdan a los niños muertos en Belén por órdenes del rey Herodes, para impedir la llegada de Jesús de Nazaret, cada 28 de diciembre se celebra en Pantoja el triunfo del bien sobre el mal, con gran sentido del humor y desnudando la palabra en su tono, sin cansancio de sueños ni silencios, burlándose siempre, entre juegos, del poder público y de la autoridad de antiguos amos y hacendados. Los mismos hacendados que sometieron al castigo y a la esclavitud a los descendientes de africanos radicados aquí. Las mujeres que saben pensar y sentir las sustancias de sus almas lideran todos los espacios de la fiesta hasta la puesta del sol y, bajo los efectos contagiosos de los músicos, precipitan la exaltación de la Parranda.

La casa de la Calle Real de Pantoja donde vive Carlos Manuel Piñango, es la número setenta y uno. Bahareque, caña brava, tejas cuarteadas y otras partes de zinc sobre el techo antiguo. Una sala, cocina, tres habitaciones y un baño cerca al pequeño patio. Hacia el fondo pasa el río en su margen habitual. La ha habitado desde niño con sus padres y otros familiares. Esta casa es tan antigua como la Parranda, dice él.

Viven allí también un Dios todopoderoso y muchas imágenes de santos y de héroes, en sagrada celebración, día tras día y rezo tras rezo. Pocos conocen el significado del altar hacia donde nos conduce quien llegó al espiritismo en 1972,

Prácticas dentro del reino
espiritual de Carlos Manuel
Piñango. Pantoja, Edo.
Bolivariano de Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.



después de sufrir un percance imborrable en su adolescencia. Estuvo en Sorte, en el estado Yaracuy, y se hizo materia, y desarrolló una memoria que enlaza el advenimiento de muchos seres sobrenaturales entre vigiliat, luces y el humo del tabaco. Aprendió de su madre, Jacinta Navas, en la misma casa de Pantoja, entre esencias de plantas, prácticas de despojo y múltiples creencias. Cuando le llega un espíritu, que es materia, lo recibe y se le eriza la piel. No siente nada. Queda como en un sueño y pierde la memoria, pero solo es posible gracias a la otra persona que está a su lado, reconocida como “el banco”. Es quien determina con quién hablar y puede preguntarle ¿qué quiere hacer? ¿qué viene a hacer? Así, el espíritu logra expresarse en «idioma indígena, inglés o patuá». Depende del lugar de donde venga, termina explicándonos Carlos Manuel Piñango, para luego decirnos que el espíritu más fuerte que ha recibido en toda su vida de espiritista ha sido el de Simón Bolívar, el Padre de la Patria, que lo dejó inconsciente largo tiempo.

La conversación se intensifica cuando descubrimos a otros practicantes del mismo reino espiritual, con María Lionza siempre en lo más alto y constatando todo el poder de la religiosidad que guía a muchos residentes de estas tierras barloventañas.



Héctor Sánchez Blanco,
espiritista. Caucagua, Edo.
Bolívariano de Miranda,
2023.

Autor: Rafael Salvatore.

Héctor Sánchez Blanco: siento que el espiritismo es herencia indígena

Yo llego a este mundo para dar buenas referencias sobre el espiritismo. Empecé como a los veinticinco años con una médium, quien me guió en este camino. Fue mi mamá, Acacia Blanco. Ella me introdujo en el universo espiritual: a transportarme, a llamar a los hermanos espíritus, como el indio Guaicaipuro, y muchos más. Después me desarrollo con un maestro que estaba en Pantoja, llamado Roque. Él también me inició en esta prueba de la vida, a formarme a mí mismo, a convivir con todo nuestro sentimiento y a pronunciar las palabras sagradas.

Mi mamá me instruyó en el uso del tabaco y otras cosas. Era muy devota de María Lionza, y María Lionza la cubría mucho, como un escudo. Ella hablaba con esta Reina de Sorte y ya sabía lo que venía. Mi madre era un “tronco” de espiritista.

Aquí llegaba gente de muchas partes a consultarse. Después que murió he hablado espiritualmente con ella y le pongo su velita. En esta misma casa de Caucaagua, donde vivo, fue donde nació. Es la calle El Placer, número noventa. Yo siento que el espiritismo es herencia indígena. Lo veo y lo tomo como una cosa muy grande, con amor. Uno se inicia en esta religión y tiene que hacer el bien. Tiene que ser honrado en todas las actuaciones de la vida, en todo lo que hace por la salud de la gente.

Hay un médium que habla a través de Dios todopoderoso. Ese Dios da permiso para tener la habilidad de transportarnos, porque sin él no hay nada en este mundo. Entonces ese médium, que está allí, pide la fuerza del espíritu que entra en mi cajón, en mi cuerpo. Entra y yo lo recibo. Un espíritu me aseguró: «Tú tienes esa fuerza sagrada y puedes curar». Luego, volvió a repetir, «puedes hacer las cosas bien, porque eres de buen corazón». Entonces me dije: «Bueno, ya que ustedes insisten vamos a ver», y fue cuando comencé en esto.

Yo puedo recibir un espíritu aquí sin que ustedes se den cuenta. ¿A quién estoy invocando? A la Reina María Lionza para que ella dé permiso a sus discípulos. ¿Cuáles son sus discípulos? El Indio Guaicaipuro y el Negro Felipe. Le puedo pedir a ella que me de ese permiso, y puedo decirle al Indio Guaicaipuro lo que considere más conveniente. Él baja de inmediato con su fuerza y la protección de su Gran Corte.

Tengo setenta y tres años, y a esta edad también poseo la fortaleza y protección de todos ellos. Me mantienen espiritualmente hasta que Dios quiera, y por eso he curado a mucha gente, tanto en el plano divino como en el terrenal. Yo saliendo de mi cuerpo y entrando a otro espacio a curar. Es un desdoble lo que hago. Tengo muchas facultades que Dios no me ha quitado. De todos ellos me gustan más los espíritus indígenas. Indios fuertes que estuvieron en guerras, caminando, saltando, pero al misterioso Negro Pío Curandero, del que tanto se habla por su tumba en el cementerio de Caucaagua, no lo he trasladado a mi cuerpo. Solamente un familiar mío lo ha hecho.

En casa de mi mamá éramos veinte materias y cada uno tenía su campo. Uno trabajaba una noche, el otro la siguiente, y así nos turnábamos. Íbamos a Quebrada

Fofa y allí amanecíamos haciendo los trabajos espirituales. La misión que nos indujo el Dios todopoderoso y María Lionza era quedarnos en estos ríos, donde no había suciedad. Tengo materia espiritual de cosas buenas, porque no hay cosas malas en mí, y el médium hace que se traslade un espíritu a mi cuerpo, como es el caso de un indio norteamericano. Se llama Pluma Blanca.

Cuando se recibe un espíritu, uno se siente relajado, se siente bien, no se siente rabioso; al contrario, se siente tranquilo porque va a consultar a personas que buscan una cura, y por eso se les indica a los pacientes cómo se trabaja en forma espiritual. La patrona es María Lionza, pero tengo a la Corte India, a la Corte Africana, a la Corte Libertadora, a la Corte Chamarrera, a la Corte Vikinga. Tengo seis Cortes y, entre ellas, está la Corte Calé con Ismael por delante. Ellos son treinta y dos. Lo tengo a él allí porque me llamó la atención, pero muy poco lo utilizo, ya que muchos de quienes lo invocan no lo hacen para dar luz, sino para hacer maldad. Estoy preparado con Ismael y puedo cargar una pistola. Puedo hacer esto o aquello, pero él verdaderamente no es así como algunos piensan. Cuando ha bajado a mi materia, le dice a la persona: «Yo no lo mandé a usted a hacer esto: que matara, que robara, que consumiera drogas». Siempre aconseja, pero, hoy día, las nuevas generaciones no toman consejos. ¿Ustedes saben lo bonito y lo bello que es estar en esto? Si la gente supiera lo hermoso que es practicar el espiritismo, todo el mundo estaría feliz.

Jorge Canache Llamozas,
músico, artesano y
curandero. Sector La Línea.
Caucagua, Edo. Bolivariano
de Miranda, 2023.
Autor: Rafael Salvatore.



Jorge Canache Llamozas: en la calle La Línea ensalmo tres veces y también hago contras

Cuando hay culebrillas agarro la planta, saco el zumo puro, y lo ligo con leche de coco. Leche que no tenga agua. Es bueno para la culebrilla, aparte de los rezos que le hago al enfermo. En la calle La Línea ensalmo tres veces y también hago contras, además de los depurativos con: Espanta Mavita, el Bay-rum, la Tua Tua, la Sabinilla y el Cacaíto, que es bueno para los riñones. El Bay-rum lo uso para meterlo en contras y hago rezos. Trabajo con el Padre Nuestro, con el Credo y el Dios te Salve María. También uso la tapara para hacer depurativos con piña, pepino y limón. Todo lo aprendí con mi mamá. Soy Llamozas por parte de ella, quien nació en El Guapo, como yo, y llego aquí, a Caucagua, a los cinco años. Ahora voy a cumplir ochenta, el día 2 de noviembre. María Llamozas se llamaba mi madre, y mi padre Feliciano Canache. Tuve ocho hermanos y trabajábamos la agricultura, mejor dicho, la sigo trabajando todavía. Siembro yuca, ocumo, maíz, caraotas.

Aprendí a trabajar la caoba y con ella hice todas mis piezas de religiosidad, excepto la Mano Poderosa, que es de cedro. En la hacienda San Rafael cortaban maderas, especialmente las que tenían allí hasta veinte años y no se podían acumular más. Era cuando trabajaba en aquella hacienda, pero aquí, en mi casa de la calle La Línea, tengo todas las imágenes que yo mismo he fabricado. Tengo a San Miguel Arcángel; el de la cruz, que es San Onofre; a San Juan, que tiene el dedo para arriba; al Nazareno; a la Virgen del Rosario; a la Virgen de la Encarnación; y al indio Guayamaría. Todas son mis tallas. También tengo a Juan Francisco Villegas, conocido como “Juan Tabaco”; a Francisca Duarte, llamada “El Ánima de Taguapire”; a Juan López Romero, y a la Virgen de la Piedrita, quienes están en la parte de atrás. Ella aparece en pura piedra. Además, tallé a otros tres junticos, con las manos largas, y cuando los terminé, me dije: «A estos les puedo dar un nombre como que son de otro planeta». Esa es parte de mi imaginación.

Fui pescador. Pescaba en Higuerote y pescaba en el llano, por la parte del estado Portuguesa. Lo hacía más en el río que en el mar. En el río pescaba bagres, guabinas y corronchos. En el mar, solo lisas. En la Laguna de la Reina y en Tacarigua se forman los criaderos de lisas y lebranches. La atarraya lisera tiene los huecos más pequeños que la lebranchera. Fui albañil también, y construí tres casas, pero ya no puedo hacer más porque estoy embromado de la columna. No solo he sido pescador, carpintero y albañil, ¡además toco cuatro! Como músico toqué largo tiempo, durante nueve años, aquí en Caucagua, con un grupo de Steel Band. Un trinitario que llegó a Caucagua, llamado Basma Jordán, me enseñó. Yo fabricaba los tambores de metal, y los tocaba. Los hacía con candela y una pequeña mandarria; después llegaba Basma y empezaba a afinarlos. Hasta grabamos un disco sencillo de 45 RPM. Basma Jordán vivía en Merecure. Yo tocaba un bajo tenor de cinco pipotes. También había el bajo medio y el bajo alto. Llegué a interpretar el bajo tenor, y Simeón Monges, junto a Ramón Vásquez y Basma Jordán, los pianos del Steel Band. Eso alegraba a toda Caucagua, además de la propia Parranda de los Santos Inocentes, que ahora usa trombones y trompetas. Antes no; antes solo usaban tamboras y cuatros.

Pedro José Cambera López: aquí en Capaya usamos la culebra ciega

Yo también sé ensalmar, por lo menos a los muchachitos cuando tienen un ataque de lombriz y cuando tienen composturas hacia las manos y hacia los pies. Aprendí casi todo por medio de un padrino mío, y otra parte la aprendí de forma natural. Ese padrino se llamaba Rosalino Sandoval, y era ensalmador, y cosía composturas. Esas se cosen. Se agarra la medida de la persona y, con una aguja, un hilo y un pedacito de tela, se va cosiendo y rezando una oración para las composturas que no se pueden sobar. Así fui aprendiendo yo. Aprendí a preparar un jarabe muy bueno para las mujeres que necesitan limpiarse después de parir. Eso contiene varias plantas que se consiguen en los campos, pero también otras que se compran como, por ejemplo, la alhucema, que es una matica similar al comino, la canela y el clavito, porque la sábila no se compra, la sábila la cultiva uno. Esa preparación también lleva papelón y aguardiente. Cuando las mujeres no quedan embarazadas, preparo un jarabe que tiene historia. Es un jarabe que han llevado muy lejos, a otros lugares. Se beben media botella y ya están listas para embarazarse. Ese jarabe se somete a cocción por mucho tiempo, porque todo el alcohol tiene que quemarse y concentrarse bien. Se cocina el papelón y todas las plantas en un caldero. Después se baja del fuego, se le agrega el aguardiente y, de nuevo, se pone en la candela.

Para sobar las composturas, aquí en Capaya usamos la culebra ciega. Esa es una culebrita que tiene como dos cabezas y en una está la ponzoña. Se agarra, se mete en una botella, después le echa aguardiente y ella muere allí. El aguardiente se pone amarillito y con eso se soba a las personas para arreglar las composturas.

Esa culebrita tiene mucha fama. Sale en los basureros y entre las haciendas de cacao. Hay que tener gran cuidado al capturarlas vivas, porque dicen que si llega a morder a una persona, no se salva.

En Capaya también hay ibuprofeno y acetaminofén de mata. Eso lo preparo con Bayrum para los dolores musculares, la fiebre y el dolor de cabeza. El ibuprofeno es como una hoja de orégano orejón, pero yo también echo un rezo y le entrego una oración a los enfermos. Son oraciones secretas que se mantienen en el tiempo para curar a las personas. Todos los que necesitan mi ayuda la logran, especialmente curo a los niños con lombrices. Preparo el pasote con el ajo. Siete cogollos de pasote y siete granos de ajo, pero el ajo no se pela, sino que se machuca y después se mete en una botella con aguardiente, se pone al sereno y al sol por siete días. A partir de allí se toma. Aquí todo el tiempo han existido curanderos para espantar lombrices.

Por estos lados hay curanderos de bastante fama que sanan las mordidas de macaguas, unas culebras muy venenosas. Ensalman a las personas y le dan un contra que lleva varias clases de plantas, además de ponerlos a dieta, porque a quien muerda una macagua debe indicársele las cosas que no puede comer. De los curanderos que conozco en Capaya puedo citar a Anastasio Mata, quien vive en la calle Juan Toribio. También hubo una señora que residía en El Paredón, pero hace bastante tiempo



Pedro José Cambera López,
curandero. Capaya, Edo.
Bolívariano de Miranda,
2025.
Autor: Arturo Paiva.

que murió. Su nombre Brígida Torres. En el Tamarindo está uno llamado Pablo Martínez, que cura mordeduras de culebras. El Tamarindo es el lugar donde, según cuenta la historia, llegó Simón Bolívar y guindó su hamaca. Unos dicen que fue en la mata de tamarindo, y otros que fue en un árbol de samán. Eso es lo que dice la gente.

Trabajo la agricultura. Siembro patilla, maíz, ñame, yuca, ocumo y matas de aguacate. Aprendí la agricultura con mi papá, quien se llamaba Pedro Roberto Cambera. Él murió hace dos años, y también fue comerciante como yo. Tuve seis hermanos: cuatro varones y dos hembras, y para nacer yo aquí, en Capaya, buscaron a una partera llamada Petra Toro. Ella también murió. La casa donde nací, el día 19 de mayo de 1957, estaba por los lados de Miramar, pero ya no existe.

Hay mucha gente que conocí, que ya ha muerto, y uno a veces las invoca. Eso sucede cuando se cree en las ánimas, porque también trabajo con las ánimas. A veces se invoca a una amistad y otras veces a un familiar, y puedes verlos como yo los he visto: una persona vestida de blanco. Son las ánimas que están allí y pasan muy rápido, pero no trabajo con las cosas malas, porque quien trabaja con las cosas buenas, como yo, no tiene derecho a estar mal.



Chrispine Okello, Misionero de la Consolata. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2023.

Autor: Rafael Salvatore.

Chrispine Okello (Odour): el sacerdote africano que nació a la media noche

La elevación de frases sobre costumbres ancestrales, y esa mezcla entre el sueño y la vida que hace posible el espiritismo en Barlovento, nos coloca de una vez a la entrada de la casa parroquial que ocupa Chrispine Okello, el sacerdote africano de Caucagua perteneciente a la congregación religiosa clerical la Consolata, fundada en el año 1901 por el beato José Allamano, un misionero de la diócesis de Turín, capital de Piamonte, en Italia.

Preguntamos al padre Okello sobre las prácticas de religiosidad popular tan arraigada en la región, y responde que debajo del sentimiento de los pueblos barloventeos hay mucho de lo que es el espiritismo, y también vínculos con las culturas de África, pero nos recuerda que no debe malinterpretarse como una celebración pagana más. Asegura Chrispine Okello que al principio no lo entendía, y monseñor Tulio Ramírez, el Obispo de la diócesis correspondiente a Barlovento, le hizo abrir los ojos. Entonces pudo comprender que, lo que se llegaba a mirar desde afuera como folklórico, tenía detrás mucha religiosidad. Así logró encontrar cosas

nuevas y descubrir tanta belleza del reflejo afrodescendiente en distintos cultos populares. Para él, la palabra de Dios no puede competir con la identidad de los pueblos, es decir, que el anuncio del evangelio se hace desde la cultura, y sin salir de la cultura afrodescendiente, como es el caso, porque muchas veces hay tendencias a europeizar el evangelio y a confundirlo con culturas criollas. Por eso insiste en que se debe entender que el evangelio de Jesús va con todas las culturas, sin quitarle a ninguna sus altos rasgos de identidad.

—Un africano suena el tambor y está de pie —nos dice el padre Okello—, entonces ¿por qué no ponemos el tambor dentro de la iglesia durante nuestras celebraciones? El tambor habla, el tambor comunica, el tambor llora, y todo este acontecimiento puede ofrecer en la liturgia una rica variedad de significados.

Chrispine Okello nació en la capital de Kenia, Nairobi. Su nombre proviene de San Crispín, —mártir y patrono de los zapateros—, pero su verdadero nombre africano es Odour, que quiere decir “noche”. Fue ese el que le pusieron en la comarca donde nació, a medianoche. Luego, cuando lo llevan a la iglesia para bautizarlo, lo reconocen como Chrispine, que es el nombre cristiano del predicador y religioso limosnero que murió decapitado. Recuerda cómo, hacia la zona fronteriza entre Uganda y Tanzania, a orillas del lago Victoria —que abarca tres países—, cumplió sus estudios de primaria y pudo conocer allí a un misionero holandés que influye mucho en su vocación, y que al mismo tiempo era sacerdote, médico, profesor y albañil. Un hombre blanco europeo todoterreno, que aprendió el idioma propio de esa parte de África y lo hablaba perfectamente para ayudar a la población. «Quiero ser como él», era el deseo de Odour desde niño.

Estaba muy claro desde el principio que se convertiría en sacerdote y misionero para poder trabajar en cualquier lugar del mundo. Se integra a la Consolata a través de un tío que lo formó y por la influencia del religioso holandés, quien tanta admiración le causaría. Cuando termina el bachillerato empieza a estudiar filosofía en Nairobi, y después hizo un año de noviciado en otra ciudad llamada Sagana, al pie sur del monte Kenia. De Sagana viaja a España para graduarse en Teología Moral en la “Universidad Pontificia Comillas de la Compañía de Jesús”

en Madrid, en búsqueda de la justicia y la paz. En 1998 se ordena sacerdote en España y permanece allí hasta el año 2005, fecha en la que intenta salir con destino a Venezuela, pero no logra obtener el visado. Debe esperar casi un año en Italia por la visa, que nunca llegó. Vuelve a África y trabaja seis años más entre Uganda y Kenia, de donde parte finalmente hacia Venezuela en plena crisis de 2016.

Llega al barrio Carapita de Caracas y se desenvuelve en medio de los conflictos de violencia y la escasez alimentaria característica de la época. Trata de entender el proceso. Luego de Carapita, es destinado por tres años al estado Delta Amacuro, entre la ciudad de Tucupita y los caños de Nabasanuka y Araguaimujo. En 2021, finalmente lo envían a Caucagua como misionero de la Consolata, para propagar la palabra de Dios entre quienes aún no conocen verdaderamente a Jesús y, sobre todo, entre los más pobres, como lo establece la pastoral afro, teniendo en cuenta que la mayoría de los misioneros de esta congregación provienen de África. Además de Caucagua, junto a su equipo, le corresponde atender a las poblaciones de Panaquire, Tapipa y El Clavo, y también de forma indirecta a Aragüita, El Café y Capaya, pertenecientes al Municipio Acevedo del estado Bolivariano de Miranda. No todo ha sido fácil para el padre Okello, quien es cura y misionero a la vez, y comienza a narrarnos su historia.

—El misionero no tiene nada de lo que pueda decir: «Esto es mío». Lo que tiene es para la comunidad. Es un voto de pobreza, a diferencia de los sacerdotes diocesanos, que atienden parroquias de gran extensión —nos cuenta el padre Okello, quien ha servido en parroquias pequeñas y pobres, algunas de las cuales ni siquiera pueden aportar la comida semanal para el cura—, y continúa narrando: ¿Quién de la iglesia va a la periferia? El misionero religioso marca la diferencia. El diocesano trabaja solo en las diócesis, en las grandes ciudades, y tiene a su jefe que es el Obispo. El misionero lo que hace es aprender del pueblo, conocer cómo es, y desde allí, poco a poco, a predicar la palabra sin imponer nada a nadie. Atrás quedó la mala visión que impuso Europa desde el ciclo de la conquista. Ahora la iglesia se pregunta «¿Qué hemos hecho?». En aquel tiempo, la idea del misionero era que todo el mundo debía ser católico. «Sea lo que sea, hay que bautizar sin importar nada». Simplemente tenían que tomar el evangelio. La visión de la misión ha cambiado.

Ahora lo que se está haciendo es insertarse en el pueblo para propagar o divulgar, sin miedo, la palabra de Dios.

Este sacerdote y misionero nos recuerda que, cuando estaba en España, al hablar de su continente africano, lo primero que le decían era que África resultaba un lugar de hambre, pobreza y guerras. Era la manera de identificar a África, y cuando el padre Okello les mostraba fotografías de las bellezas de Nairobi, le respondían: «¡No!, eso no puede ser África, porque África es toda selva, todo seco, toda pobreza y toda guerra», y a continuación le preguntaban: «¿Cómo puede haber una ciudad en África con gente bien vestida y bien alimentada?».

Para el religioso, nacido en la capital de Kenia, está demasiado clara la responsabilidad que tienen los medios de comunicación en el problema al mostrar una imagen distorsionada de África.

—Yo creo que África tiene mucho que ofrecer y que ha ofrecido mucho. Nosotros, como misioneros, intentamos siempre enfrentar la realidad y decimos: «Bueno, sí hay pobreza, sí hay hambre, pero también existe la parte buena de África», para que vean que es como cualquier otro continente. «Hay pobreza, hay necesidad, hay pueblos en guerra, como en otras partes del mundo», y la gente pueda tener una visión más clara. Intentamos en misas dominicales presentar a los pueblos con sus verdaderas culturas. Lo hemos hecho sobre los cinco continentes. Los domingos presentamos la situación del mundo, y la gente se sorprende de saber cosas de África, o saber cosas de Asia, que no conocían. Es bueno para que perciban la realidad. Ahora queremos cambiar un poquito. Además de trabajar lo nuestro, lo afrodescendiente, se presente cómo son los pueblos indígenas aquí en Venezuela, y en toda Latinoamérica, así como las condiciones del pueblo criollo. Todo eso debe exponerse en la misa para que la gente comprenda lo que está pasando y no la imagen que los medios de comunicación quieren que tengamos.

Por supuesto, no podemos terminar nuestra conversación sobre la pastoral afro ni sobre la manera en que se fue aceptando a los sacerdotes del lejano continente en Barlovento, sin citar el tema de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua, que la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia

y la Cultura, ha incluido en el registro de Buenas Prácticas de Salvaguardia en la reciente sesión del patrimonio cultural inmaterial realizada en Botswana, país de África meridional.

—Cuando yo llego a Barlovento, en mi primer año, al acercarse el 28 de diciembre, me comentaron de forma alarmante: «Aléjate de Caucagua estos días. No te quedes aquí, porque es un caos total». Fue lo que me dijeron, que no era una fiesta religiosa, pero como era nuevo, me dije: «Quiero tener mi propia experiencia» y me quedé. Celebré la misa ese día en honor a los Santos Inocentes. Fue una misa tan bonita, tan organizada, tan participativa, y me pregunté: «¿Dónde está la parte caótica aquí, como dicen?». Uno no puede censurarlos por las formas de festejar, y se puede ver que dentro de todos ellos está Dios; tienen a Jesús, tienen a la iglesia, y en el momento de la celebración eucarística, todo el mundo siente respeto y está concentrado. Eso a mí me parece muy interesante, algo bueno. Desde aquel momento hasta hoy, los he respaldado muchísimo. Realizo las misas de San Juan que también me decían que era algo caótico. Apoyo la de los Santos Inocentes. Cuando uno ve a los Boleros así, vestidos como demonios y todo eso, puedes juzgarlos negativamente, pero no se está en lo cierto. Es como decir algo contrario sobre los Diablos Danzantes de Yare, que rezan y respetan la eucaristía. Entonces, debemos comprender el verdadero sentido de estas celebraciones, porque cuando se llega al entendimiento, es que se sabe que hay que mantenerlo. Deben existir escritos sobre la fiesta de los Santos Inocentes para que se incluyan en la catequesis. Hay que explicar a los niños para que entiendan lo que estamos festejando, porque en la catequesis de aquí no tocamos esto, y entonces se queda como algo fuera de la iglesia, pero no es así, es parte de ella.

Para mí, Caucagua es un pueblo con características particulares dentro del municipio Acevedo y de Barlovento. Es un lugar más abierto, que ha recibido con hospitalidad al mundo. Aquí hay nativos y descendientes de italianos, portugueses, españoles, además de personas provenientes de otras partes de Europa. También hay venezolanos de muchos sitios del país, quienes han contribuido a que Caucagua tenga una mentalidad distinta que favorece el trabajo creativo. Caucagua fluye de manera diferente.

Enrique Mijares, sepulturero
del Cementerio de Caucagua.
Caucagua, Edo. Bolivariano
de Miranda, 2023.
Autor: Rafael Salvatore.



De la iglesia de Okello al cementerio de Enrique Mijares

En el mundo imaginario que pudiera ser Caucagua, entre hálitos de penumbras, uno siente el balanceo de incensarios en la iglesia a la que tanto acude el pueblo. Hermoso templo. Allí es frecuente encontrarse con la despedida definitiva de algún cristiano antes de pasar al cementerio, donde hay árboles enormes y flores y llantos y ofrendas, y que es tan distintísimo a otros camposantos de la región. Las tumbas, unas sobre otras, llevan la titularidad de “apartacos”. Ese es el nombre que el enterrador Enrique Mijares nos refiere, cuando observamos hasta cuatro niveles de construcciones improvisadas donde se albergan cadáveres de generaciones diferentes, sepultados de tal manera, chocando contra el aire. Pertenecen siempre a un mismo grupo familiar.

—Para enterrarlos así, deben ser de una misma familia. Allí está “El Guisarro”, Luis Piñate (1996-2023). Ese era un muchacho, y está enterrado allí con una

altura de tres bloques, porque ahora las urnas vienen bajitas. Antes eran de hierro y salían con copete. Ahora no. A él se le entierra sobre otra tumba y se le pone bastante cemento para que no la jurunguen los profanadores, pues, por lo general venden las cabezas y los huesos de los muertos. Eso se lo llevan para hacer maldades. También usan tierra del mismo cementerio, pero uno no puede estar nombrando a nadie. Es peligroso. Con la tierra de muertos se puede lograr que la gente se vaya de las casas, y que huyan para no volver más.

Enrique Mijares vive en la zona de Legón, calle La Esperanza, número treinta y cinco, y nos cuenta que es uno de los doce hermanos que antes vivían en Pantoja. De ese grupo, dos se dedican al oficio de enterradores: él y Oswaldo Mijares. Heredaron el arte mortuario de su padre, Marcelino Mijares, quien fue celador del cementerio de Cauagua.

—Un celador —nos explica Enrique— es quien se encarga de seleccionar el lugar de la sepultura y de vigilarlo todo; pero un enterrador es quien abre la fosa y entierra el cadáver. Ahí está la diferencia.

Yo nací en el año 1967, en un lugar llamado Agua Fría. Mi mamá se llamaba Sofía, no me acuerdo del apellido, pero el de mi papá sí. Era Marcelino Mijares y murió en el año 2002. Con él empecé a trabajar en este cementerio a los quince años, como enterrador. Lo recuerdo mucho, porque además tenía sus secretos. Cuando yo enterraba a un muerto, mi papá agarraba un puñito de tierra y se lo echaba encima de la urna, antes de sepultarlo, para que después ese muerto no me fuera a salir. El primer muerto lo enterré en el año 1988. Recuerdo que le hice una fosa de un metro con setenta centímetros y le coloqué tres hileras de bloques, que es la altura de una bóveda, pero para mí todos los muertos son iguales. Solo sé diferenciarlos entre niños y adultos. Ya perdí la cuenta de cuántos he enterrado.

—¿Y los muertos salen? —le pregunto a Enrique Mijares.

—Creo que no, porque si salieran no los robaran. Les roban el material de las tumbas. Los muertos no salen. Los que salen son los vivos, que además aparecen en la noche cuando está cerrado el cementerio. De noche no estoy, solo de día, y aquí gano lo que hago: cuarenta y cinco dólares por abrir una fosa. Eso es lo que

yo cobro por la mano de obra para enterrar a un muerto. Todas las semanas, por lo menos, hay un difunto que recibe sepultura, y muchas veces más de uno. Cada día hay más trabajo y lo hago por adelantado. Ahora estoy abriendo una fosa que estará lista para el próximo que la necesite —nos dice mientras continúa su labor.

Enrique cuenta que en este cementerio de Caucagua hay tumbas de gran fama, y que a algunos de los difuntos allí enterrados les celebran su día con salsa o vallenato, según el gusto musical de cada quien. A otros les ponen tortas y les cantan y les tocan tambores, pero entre los más extraños está el caso del Negro Pío Curandero. Tiene su capilla techada, y dentro de la capilla dos túmulos muy antiguos, una gran cruz vestida con un paltó gris, y en el bolsillo inferior derecho del viejo traje se ve escondida una botella de aguardiente. Al frente, la placa de mármol con letras doradas donde se lee: «Negro Pío Curandero». Muchos confunden ese nombre, Negro Pío, con el citado por Augusto Mijares en su conocida obra “El Libertador”, cuando Simón Bolívar estuvo a punto de ser asesinado en Jamaica:

«Un negro llamado Pío, asistente y protegido suyo, apuñaló de muerte al patriota José Félix Amestoy que había ido a recibir órdenes de Bolívar, y, mientras lo esperaba, se quedó dormido en la hamaca que solía ocupar el Libertador. Por un disgusto con su patrona, éste no fue a dormir esa noche a la posada, y solo por esta coincidencia salvó la vida. Según el realista Level de Goda, Fiscal de la Real Audiencia de Caracas, el asesino había sido contratado por Morillo con un catalán, a quien pagó 5.000 pesos».

Debió ocurrir un 10 de diciembre del año 1815 en la ciudad de Kingston «en la esquina de las calles Princess y Tower». Según el Diccionario de Historia de Venezuela, Pío fue ahorcado el 23 de diciembre de 1815 en la plaza pública de Kingston. Un intento **más de asesinato al Libertador. Curiosamente**, en tiendas de asuntos religiosos en Caucagua, circulan imágenes y oraciones con una extraña forma de interpretar el suceso, no en Jamaica, sino en Haití, y no como asesino,

el Negro Pío, sino como salvador de Simón Bolívar, pero no deben relacionarse estos hechos con el Negro Pío Curandero, de quien nos dicen que, efectivamente, era originario del sector la Colonia de Caucagua, y era curandero y rezandero. También sabía ensalmar y coser composturas.

Oración al Negro Pío

¡Oh! Negro Pío, así como con tu
habilidad milagrosa salvaste al
Libertador en Haití la tenebrosa
noche en que lo iban a asesinar,
así mismo te suplicamos que nos
libres de los enemigos ocultos y
que les disipes las malas ideas
que tengan contra mí en el espacio infinito.
Hoy te ruego me concedas este favor...
Amén

Otro caso similar es el de la llamada Negra Francisca. Su nombre resuena por todos lados como el de un ser de gran dominio, considerando sin pasiones alma y cuerpo, esperanzas y conciencia de existir serenamente. Leemos en una vieja placa de mármol, junto a la capilla que le están reconstruyendo por órdenes del alcalde: «Homenaje a Francisca Bermúdez». Es la única señal de una mujer afrodescendiente que está sepultada allí y que recibe constantes reconocimientos frente a su tumba, en medio de tradiciones desconocidas por la mayoría de los pobladores de Caucagua. A diferencia del Negro Pío Curandero, sobre la Negra Francisca si existen datos de origen. Nació en el Caserío Santa Lucía el 25 de marzo de 1875. Vivió en el



Capilla del “Negro Pío Curandero” en el Cementerio de Caucagua. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2023. Autor: Rafael Salvatore.

Caserío Mendoza de Cauçagua, donde trabajaría en haciendas de cacao, dedicada a hacer partos y curaciones, hasta el día de su muerte en la propia población de Cauçagua, el 8 de septiembre de 1951. A ella le dedican esta oración:

Oración a la Negra Francisca

En ti está mi pensamiento y
absorta contemplándote mi
alma, ilumina mi entendimiento.
A mis pasiones dales dulce
calma, de cuanto te ofendí, ya
me arrepiento y presento ante ti.
¡Misericordia, Oh Negra Francisca!
¡Misericordia!
Amén
Padrenuestro y Avemaría
Quema mi desahumerio y usa
mi esencia como despojo.

Finalmente, Enrique Mijares nos narra que en este cementerio de angustias y alegrías están enterrados su padre, Marcelino Mijares, y uno de sus hermanos. Dice que esas tumbas quedan a la entrada de la capilla, debajo de una mata de mango, y que también, cerca de la entrada, están la del Negro Pío Curandero y la de la Negra Francisca, «Junto a un palo pintado que tiene muchísimas flores rojas», debe ser el extravagante árbol de flamboyán, sobriamente multicolor, con su verde ramaje bajo el azul del cielo y la luz directa del sol.



Pedro Rafael Bermúdez,
nieto de la Negra Francisca.
Fundación Centro de la
Diversidad Cultural, Caracas,
2024.

Autor: Rafael Salvatore.

Pedro Rafael Bermúdez: el nieto de la Negra Francisca

Cercana a la población de Santa María de Ipire, en el estado Guárico, surge la leyenda de la famosa Francisca Duarte, mejor conocida como el “Ánima de Taguapire”, quien fue sepultada bajo la sombra de un árbol señalado con ese nombre en el alto Apure, pero que también se le conoce por “orore”, una voz de origen cumanagero usada en la región central del país, así como recibe en Caracas la denominación de “piguá”, y en los estados occidentales, “paují” y “yacure”. En resumen, junto al viejo arbusto de flores blancas y rara especie reposan los restos de María Francisca Duarte, más conocida como la Negra Francisca “Pancha” Duarte o Ánima de Taguapire, y a quien se venera en su tumba desde el siglo XIX como esencia inmaterial que cumple promesas a quien se las solicite. Tiene fama en todo el país, y eso lo sabe muy bien Pedro Rafael Bermúdez, quien nos pide en esta entrevista no confundir el nombre de su abuela Francisca

Bermúdez, la Negra Francisca, con el de Francisca Duarte, también apodada la Negra Francisca en todo el llano, aun cuando, en la historia de vida de ambas mujeres, la generosidad humana y los conocimientos ancestrales las llevaron a socorrer a muchos de sus semejantes en distintas circunstancias.

A diferencia del Ánima de Taguapire, la Negra Francisca Bermúdez está sepultada en Caucagua, y también bajo un gigantesco árbol, pero en este caso de acacias, de flores grandes y vistosas de cinco pétalos y color escarlata. A esta especie vegetal, además se le conoce como flamboyán, “malinche” o “árbol de fuego”, y se presume que es oriunda de Madagascar, otro de los antiguos enclaves del comercio de esclavos, situado frente a la costa sureste de África, desde donde llega a la tierra caliente venezolana. Pedro Rafael Bermúdez nace en el año 1945, y cuando su abuela muere, el 8 de septiembre de 1951, él contaba con seis años, pero nos describe de manera límpida la escena del día del velorio, cerca del sector La Colonia, y algo más sobre el culto a su principio de vida.

—Fue un velorio normal, al que asistieron muchas personas en la calle Palmarito número seis. Allí, justamente, está ubicado el terreno de la Negra Francisca. ¡Murió la Negra Francisca!, decían. Cuando fallece mi abuela, como el caserío Mendoza estaba muy cerca, y en ese lugar le debían muchos favores, la gente se fue trasladando y trasladando, y al proceder a sepultarla, a las cuatro de la tarde, había cantidades de personas alrededor de su cuerpo. Eso lo recuerdo perfectamente. Apenas tenía seis años, pero a lo largo del tiempo siempre hablaba con mi mamá de la abuela Francisca.

Mi mamá hacía coronas de flores con papel crepé para llevarlas como ofrendas a la abuela en el cementerio. Uno llegaba allí, y lo que más llamaba la atención era la cantidad de gente que se acerca a la tumba de ella. Pasa el tiempo y recuerdo que un buen día le pregunto a uno de los sepultureros: «¿Por qué siempre hay tanta gente junto a la tumba de mi abuela?». Me responde: «Mira, no sé cómo explicártelo, pero esa tumba siempre permanece con mucha gente a su alrededor». Yo le hacía comentarios sobre esto a mi mamá, pero para decirlo en el argot popular, “no me paraba”. Un buen día regreso, y le vuelvo a preguntar al mismo sepulturero, pero esta vez su respuesta fue: «Mira Bermúdez, yo creo que ustedes

perdieron ese cadáver». Asombrado le digo «¿¡Cómo que perdieron ese cadáver, si esa es mi abuela!?» , entonces repite «Sí, creo que perdieron ese cadáver, por lo que vengo observando». También me llamaba la atención que veía muchos obsequios sobre su tumba, esos que le dicen “recuerditos”. Descubrí que a ella le pedían milagros y se los concedía a las personas creyentes. Dejaban muñequitos, pulseras, zarcillos y muchas cosas. Se los llevaban en señal de gratificación.

En otra oportunidad que regreso al cementerio, veo muchas personas alrededor de la tumba. Estoy hablando de unas quince, aproximadamente. Me acerco y les digo: «Buenas tardes, yo soy el nieto de la Negra Francisca. Mi nombre es Pedro Rafael Bermúdez. ¿Me pueden decir ustedes qué hacen aquí?». Una señora responde: «Ay hijo, gran gusto en conocerlo, porque usted tuvo una abuela que fue un amor sincero. Lo que uno le pide, ella lo concede». Me despierta curiosidad aquella confidencia, y aún más cuando la señora agrega: «Quédese un momentico, que en diez minutos el espíritu de la Negra Francisca va a bajar, quédese para que hable con su abuela». ¡Aquello me causó miedo y me fui! No esperé que bajara el espíritu, y al llegar a casa se lo comento a mi mamá.

—Amigo Pedro, nos puede hablar de los recuerdos de niño cuando su abuela estaba viva ¿en qué lugar nació? ¿cómo transcurre su vida? ¿cuál fue su oficio?

—Ella nació en Santa Lucía, el 25 de marzo de 1875, fecha que coincide con el culto a la Virgen de la Encarnación que es nuestra patrona. O sea, cumple ciento cincuenta años de haber llegado al mundo, en 2025, y como ya le dije, muere el 8 de septiembre de 1951. Vea usted que el 8 de septiembre es el día de la Virgen del Valle. Son dos fechas importantes para las vírgenes. Es pura coincidencia.

De Santa Lucía donde nace, muy joven se va al caserío Mendoza. Como era campesina, se ambienta en Mendoza y hace lo mismo que el resto de la gente, que era recoger plátanos y cacao en una hacienda. Agarraba un anzuelo, se iba al río y sacaba dos o tres pescaditos para comer. Allí, en Mendoza, levanta una familia compuesta por su hija Antonia Bermúdez, quien tuvo diez hijos; su otra hija Catalina Bermúdez, que tuvo uno; y Amelia Bermúdez, que es mi mamá, y quien tuvo cuatro hijos. Aparte de ellas tres, tuvo un varón llamado Nereo, que ya murió. Recuerdo haberlo conocido



Imagen de la Negra Francisca
en el Cementerio de
Caucagua. Caucagua, Edo.
Bolivariano de Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.

en el velorio de mi abuela, en 1951, pero con él no tuve contacto, a diferencia de la relación con mis tías Antonia y Catalina, y con mi mamá Amelia, que fueron mis más cercanos vínculos familiares, además de la abuela Francisca.

Como le decía, mi abuela hace su familia en Mendoza, pero hay que recordar que la gente campesina, la gente de Barlovento, es muy fiestera, y a ella le gustaba el tambor, el tambor mina, la fulía que se canta el 3

de mayo, que es el día de la Santísima Cruz. Ella siempre estaba en el ambiente cultural, pero los años no pasan en vano, y al comenzar a padecer enfermedades decide mudarse a Caucagua, a la calle Palmarito, y allí nos vinimos todos. En Mendoza fue muy popular, porque se convirtió en partera, y entonces las mujeres embarazadas, a punto de parir, que no tenían como trasladarse a Caucagua, la llamaban. Eso le fue proporcionando mucho auge dentro de las poblaciones de los diferentes caseríos. Otras veces, llevaban a la casa a los niños con mal de ojo y mi abuela agarraba dos o tres montes y los ensalmaba. El niño se iba recuperado.

Por cierto, cuando uno nacía con una partera, normalmente se acostumbraba a decirle “mamá”. De tal manera que, cuando yo nací, a mi mamá la parteó una señora a quien llamaban “Maracucha”, y por eso yo tenía dos mamás: la mamá que me parió y la Maracucha que me parteó. Entonces, póngase a pensar cuántos hijos tenía mi abuela Francisca, quien parteó a cualquier cantidad de mujeres. Le decían mamá, pero no solo en Mendoza, sino también en varios caseríos como El Peñón, Las Mercedes, La Boca, y en muchos otros lugares donde se corrió el rumor de que era partera de fama. Si salía una mujer embarazada, en cualquier sitio, hacían contacto con mi abuela, quien se trasladaba a las localidades para ayudar en el parto. Eso trajo como resultado que se hiciera tan popular en la zona, hasta que enfermó y se va a Caucagua, a esa calle Palmarito, que queda bajando por

La Colonia, a la casa de mi tía Catalina. Se queda allí hasta aquel 8 de septiembre de 1951, cuando fallece de una obstrucción intestinal, y es sepultada en el mismo sitio donde está hoy.

—Ahora vamos a hablar de usted, del nieto de la Negra Francisca que ya llega a los ochenta años de edad, de los cuales gran parte los ha pasado en Caracas. Hablemos de su vida.

—Yo también nací en Mendoza, como mis tías y mi mamá Rosa Amalia Bermúdez. Nosotros éramos cuatro hermanos: tres varones y una hembra. Manuel Bermúdez y Marcolina Bermúdez, ya fallecieron. Quedamos vivos Carlos Bermúdez y yo. Carlos vive en Tacarigua de Mamporal. Me casé y tuve cuatro hijos en el matrimonio, cuatro varones. El mayor se llama Pedro Bermúdez, después viene Richard, y le siguen Robert y Ronald. Fuera del matrimonio, antes de casarme, tuve un varón y una hembra. A ese varón, llamado Orángel Bermúdez, lo mataron en el terminal de Caucagua cuando le dispararon en la cabeza con una pistola. Eso fue hace catorce años. La hembra si vive, ella es Luisa Amelia Bermúdez.

De Caucagua, donde me residenció, en la misma casa de la Negra Francisca, me vine a Caracas y llevo más de cincuenta años en esta ciudad. Como dije, nací en Mendoza, donde adoramos al Corazón de Jesús, y allí empecé a estudiar, pero al pasar a tercer grado ya no había más colegio donde seguir estudiando. No era fácil. En Mendoza teníamos que levantarnos muy temprano para atravesar el río, y muchas veces uno tenía que quitarse los pantalones para lograr cruzarlo. Ese es el río Caucagua, Río Grande le dicen algunos, y la escuela en el caserío estaba al otro lado de la orilla. Tenía por nombre “José María Carreño”, y creo que todavía se llama así. Después de terminar la primaria, en Caucagua sigo los estudios de bachillerato y finalmente los culmino en el “Liceo Andrés Bello” de Caracas. Me incorporo al INCE y me gradúo de contador. Además, estudio en la Universidad Santa María y en la Universidad Central de Venezuela, donde sigo la carrera de Administración. Posteriormente, trabajo en muchas instituciones públicas y privadas, hasta que me acojo a la jubilación, pero ya había conseguido un apartamento propio en El Valle, en el sector Longaray. Allí nacieron todos

los hijos del matrimonio con mi señora esposa de apellido Chan. Mi padre se llamó Pedro Mejías. Nace en Río Chico y muere en el año 1969. Él también está enterrado en Caucagua. Luchó contra el General Marcos Pérez Jiménez, y cuando se corrían rumores de que lo iban a meter preso, los amigos le avisaban y se escondía. Nunca lo pudieron capturar.

—Volvamos al caso de la Negra Francisca. ¿Cuál es la situación actual de sus seguidores y devotos?

—La verdad es que no sé cómo dan con mi número de teléfono. Me llamaron a Caracas y comenzó todo ese movimiento con la familia Bermúdez, que prosiguió en una reunión en Caucagua, y a la que asistieron más de cien personas de todas partes. Incluso con presencia del Alcalde, porque se decía que iban a trasladar los restos de mi abuela a la entrada del cementerio, y no era así, lo que deseaba el Alcalde era remodelar la capilla donde veneran a la Negra Francisca, siempre y cuando la familia Bermúdez lo aceptara. Y es lo que se está haciendo. Antes de ir a la reunión llamé a mis primos, porque por parte de mi abuela, en este momento, somos cuatro los nietos que quedamos con vida. Hice contacto con ellos y con otros familiares, y todos coincidimos en que no se debían trasladar los restos de mi abuela a la entrada del cementerio, pero si estábamos de acuerdo en que se remodelara la capilla. Fui a la reunión y llevé fotos de mi abuela y de mi mamá, Amelia Bermúdez, así como de mis tías Catalina y Antonia, quienes fueron las únicas hijas de la Negra Francisca. La gente quedó encantadísima. Había personas de Caucagua, de Guarenas, de Guatire, de Los Teques, de Caracas, y de muchas otras partes. Ellos se presentaron allí porque son practicantes de diversas orientaciones religiosas.

En esa reunión se levantó una muchacha que tenía una enfermedad llamada enfisema pulmonar, que le estaba dañando las vías respiratorias, y dejó testimonio sobre algo que había sucedido después que se traslada a la tumba de mi abuela para pedirle ayuda con mucha fe. Como sabemos, la fe mueve montañas. Ella explicó que estaba completamente desahuciada por los médicos, no podía respirar bien y se sentía muy mal de salud. Contó que era muy joven y no deseaba morir, y es

allí cuando empieza a pedirle ayuda a mi abuela, y el caso es que, de la noche a la mañana, se fue sintiendo mejor y comenzó a respirar sin ningún tipo de dificultad. Cuando asiste a su cita en el hospital, manifiesta que se siente bien y el médico queda sorprendido. Le cuenta sobre la Negra Francisca, quien murió hace mucho tiempo, y que llegó hasta su tumba a pedirle ayuda para mejorar, ¡y mejoró! Justamente, la Negra Francisca le concedió lo que estaba pidiendo. Yo no sabía eso, y le voy a ser sincero. A pesar de que vengo escuchando todo lo que concede mi abuela, y que no soy apegado a esas cosas, ahora estoy pensando diferente. Padezco de una enfermedad llamada glaucoma, en el único ojo que me queda, ya que hace tiempo perdí el otro, el izquierdo, por un infarto ocular, y nunca hice hincapié en pedirle algo a mi abuela. Ahora, después de regresar de esa reunión con los espiritistas en Caucagua, lo estoy considerando. He decidido apegarme a la fe, pidiéndole también a mi abuela para que me ayude a recuperar la visión.

Luego de conversar por un par de horas con Pedro Rafael Bermúdez, el nieto de la Negra Francisca, y escuchar esas palabras que salen de un alma envuelta en certezas, al despedirnos quedo analizando lo arraigado que aún se mantiene, en muchos lugares del país y, particularmente, en Barlovento, la relación con el espíritu de seres que resultaron excepcionales en sus vidas, y a quienes, después de fallecer, se les implora ayuda para que sean intermediarios ante Dios y logren la realización de milagros. Me detengo a pensar que hoy, 14 de octubre de 2024, fecha en que realizo esta entrevista, ha sido un buen día. Es lunes, y casualmente coincide con la tradición de rezar a las ánimas benditas, una práctica introducida en estas tierras por la propia iglesia católica, llegándose a crear, incluso, cofradías de ánimas con un profundo espíritu devocional, además de la necesidad de ofrecer acciones piadosas para la obtención de logros en las súplicas. Me pregunto si el caso de la Negra Francisca, enterrada bajo el árbol de flamboyán, aquí en Barlovento, o el de la otra Negra Francisca, sepultada bajo el árbol de Taguapire en Guárico, tienen que ver con todo esto o si existe algo más profundo bajo el concepto que se asume del espiritismo.

Petra Adelaida Abache,
partera. Sector La Línea,
Caucagua, Edo. Bolivariano
de Miranda, 2024.
Autor: Rafael Salvatore.



Petra Adelaida Abache: cuando una mujer está pariendo tiene un pie en la calle y otro pie en el cementerio

De tantas cosas que viví, a la hora de contar, se me olvidan algunas, pero no se borra de mi mente el día que me hicieron el primer parto. Yo estaba en el campo, el río crecido, con esa quebrada llena de agua como nunca y entonces me pregunto: «¿Cómo vamos a salir de aquí?». Estaba en una hacienda, al otro lado del río Tuy, con la abuela de mi hija, porque ya sabía lo que iba a ocurrir. En un momento le digo «Me siento como movida». Ella me toca y afirma: «Eso es parto. Vamos a montarte en una hamaca y a salir de aquí en una canoa». Realmente pensé en lo peor y le respondo «¡Ay! ¿y si me ahogo?», pero ella insiste, «Venga, porque la hamaca está lista, y la canoa también». Me monto y al tocarme la barriga le digo a todos: «Se me quedó la carterita con los realitos, las cosas, las llaves». Me

levanto para buscarlas y al ponerme de pie, siento un gran malestar. Era que estaba dando a luz, y allí solo me acompañaba mi suegra con varios hombres gritando impresionados: «¡Esa muchacha lo que está es pariendo!». Y en realidad estaba dando a luz. Mi suegra agarró alcohol, la tijerita y otras cosas, y yo viendo cuando me limpió. Amarra y dice «Está listo. Váyase cada quién para su casa, que ya la muchacha dio a luz». Allí mismo, me puso a soplar un frasco y de inmediato boté la placenta y listo. Así fue mi primera experiencia con un parto, y de aquello aprendí para el resto de mi vida.

El testimonio de Petra Adelaida Abache, más conocida como “Petrica”, quien nació el 16 de diciembre de 1957, lo obtenemos en el sector La Línea de Caucagua, casa número nueve. Ella es una de tantas mujeres que saben partear entre gente de pueblo. Es morena, menuda de cuerpo, de visible aspecto afrodescendiente y rostro humilde. Como muchas otras, vivió damnificada y su anterior hogar, en Los Silos, lo levanta en lejanos tiempos sobre un terreno inestable y movedizo, cuando colindaba con el famoso barrio Ciudad Tablitas. Por su estado de pobreza pensaron llevarla a vivir en una escuela con sus niños, pero ella se opuso y logra acceder a una nueva vivienda en el sector La Línea, donde ahora reside rodeada de familia y amistades. Nos dice que trabajó en la cocina del Bar Restaurante Brito, donde hacía todo tipo de comidas, mientras en el hogar dejaba a sus hijos con Dios. Era su medio de sustento. Concibió siete hijos, de los cuales solo uno nació en el hospital. Los demás, en las manos de las madres del pueblo que son parteras como ella, y quienes merecen trato respetuoso al conocer prácticas de la medicina ancestral para salvar vidas. Saben bien que muchas madres tienen dificultades para ubicarse a tiempo en un centro de salud, ya sea por barreras de límites geográficos o de otra índole, y allí están ellas, solidarias, con sus conocimientos para traer nuevas criaturas a este mundo. Son heroínas. Se les conoce también como comadronas, que vienen a ser las que generalmente actúan en el entorno del parto, dentro del propio hogar de la mujer embarazada, o en algún sitio cualquiera donde resulte indispensable su presencia.

Curiosamente, el mismo año 2023, cuando los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua eran reconocidos por la Unesco como un ejemplo de Buenas Prácticas de Salvaguardia, la misma instancia multilateral ingresó a su Lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, la *“Partería: conocimientos, habilidades y prácticas”*, al formar parte, en varias regiones del mundo, de una tarea necesaria para garantizar el bienestar de diversas comunidades humanas. América Latina no es la excepción, y aquí, en Venezuela, existe una larga historia que contar sobre el tema que se ha transmitido de generación en generación, de un siglo a otro, y del cual Caucagua también es sitio de referencia. Como muestra, aquí surge el testimonio de Petra Adelaida Abache, sus conocimientos de la enseñanza oral y sus métodos de observación.

—Hubo un día en que me acosté a dormir y la vecina me toca la puerta: «Petrica, que te apures, que esta muchacha está dando a luz». Le digo que mejor la lleven al hospital, y entonces me responde que no, que la muchacha quería que fuera yo quien le hiciera el parto. Cuando llegó allá, que la toco, le digo que sí, que eso es parto. En ese momento alguien le dice: «Acomódese amiga, que la doctora la va a partear». Todos ríen. Yo la acomodo y le aclaro que va a dar a luz, y le pregunto el por qué no fue al hospital. Responde que no, porque le daba miedo, y además quería que fuera yo quien lo hiciera. La parteo, le mido al muchachito, le amarro el cordón y le indico que voy a buscar a una enfermera, porque yo no soy enfermera. Ella me contesta: «Mire, déjese de tonterías, ya usted hizo el parto y ya amarró, así que corte el ombligo». Corté el ombligo, pero insisto en que debe ir al hospital, porque yo no soy doctora, no soy nada, y no vaya a ser que se quedara algo dentro de su cuerpo. Le pido a un señor que acomode sus cosas para no ensuciarle el carro y la mando para el hospital. Para mi sorpresa, la verdadera doctora exige que me llamen y yo pienso: «¡Ay Dios mío, me metí en un problema!». Ella me dice que no me asuste, que me mandó a llamar para felicitar me, que tengo una mano buena y que hice las cosas bien.

Después ocurrió con mi hija Carla. Me dice: «Mamá, la broma viene», y le pido que se recueste. Ella se agarra del muro de la cocina, porque ya estaba pariendo.

Cuando le puse la mano abajo, el niño salía. Lo agarré y se lo doy al hermano que estaba con nosotras. Le digo «Agarre y quédese sentado, que ya yo vengo». Salgo corriendo hacia la casa de la vecina, que es enfermera, y le grito que mi hija dio a luz. Que me ayudara porque se podía desangrar, pero en realidad eran mis nervios. Ella, al verla, me dice que ya yo había dejado al muchachito listo, y que la mamá estaba bien. Es entonces cuando embojoto al niño y le pido a mi hija que sople la botella. Sopló y botó todo eso. Así hice partos a muchas otras mujeres, pero ya estoy vieja y no puedo inventar.

Algo tan conocido desde la antigüedad en muchos pueblos del mundo, como lo es el mal de ojo no está ausente a la hora del nacimiento de un niño o niña. También se le dice “maldeojao” y presenta características similares en todo el mundo, al relacionarse con la mirada de una persona y su capacidad de hacer daño, hechizar con su fuerza interior y producir enfermedades. Se dice que la envidia origina el mal de ojo. Para alejarlo hay conjuros, rezos y preparación de talismanes. Al abordar el tema del parto con Petrica Abache, y relacionarlo a este asunto, nos responde.

—Antes morían muchos niños en momentos de parto o después que perdían el ombligo, ahora no, por eso uno se encomienda al Señor y le reza para que la persona salga con bien, además de la agüita que se prepara, como, por ejemplo, con hierbabuena, que ayuda mucho, antes y después del parto, para que salga rápido el muchacho y tenga salud junto a su madre. Como le dije, es un peligro, porque se está entre la vida y la muerte. Cuando una mujer está pariendo tiene un pie en la calle y un pie en el cementerio. Antes se les hacía resguardo a los niños para que no les cayera el mal de ojo. O sea, con el ombliguito se le preparaba una cuestión, se hacían cruces para ponérsela a los niños, piedras de azabache, y hasta una maraquita. Se les colocaba para que no fueran víctimas de ese mal. Se entierra la placenta al dar a luz, pero el ombligo no. El ombligo uno lo puede guardar. Yo tengo el ombligo de esos muchachitos que han nacido en mis manos. Los tengo guardados, enrollados en medias, sequitos, porque los niños que llegan a mis manos lo botan rápido con el alcohol absoluto que les coloco. Yo curo el ombliguito y lo seco, y a los cuatro días está rojito para caerse.

Recuerdo la vez que una niña llega corriendo y gritando hasta mi casa: «Vecina, a mi mamá le dio algo. Ella está embarazada, pero le dio algo y la están llamando». Entonces le hice el parto. Resultó una muchachita, que es mi hija de parto. Sus padres me pidieron que la bautizara, pero les dije que no, porque era mi hija de parto. Les propuse que mi esposo fuera su padrino, y así ocurrió. Él la bautiza. ¡Caramba, son experiencias de las que a uno le gusta hablar con la gente! Tengo muchos ahijados. He sido madrina de agua, y también de bautizo, además de madrina de parto. Cuando la gente me daba al niño para bautizarlo, yo lo aceptaba, lo recibía con gusto. Mis ahijados, que como digo son muchos, siempre me ven con gran respeto. Los varones me besan la mano, igual que a su mamá, y yo les respondo: «Dios me lo bendiga». Todos ellos guardan gran respeto hacia mí, y mis comadres, que son sus madres, me ven también con gran aprecio, porque uno tiene deberes. Hay una comadre que murió, pero el hijo siempre me manda a decir: «Denle saludos a mi madrina y a mi padrino». Muere mi comadre, pero el muchacho siempre queda allí. Yo lo ayudaba con lo que podía. No voy a decir que le daba villas y castillos, pero algo se le daba. Ahora, ese ahijado trabaja, porque ya es un hombre, y busca la manera de obsequiarle algo a la vieja Petra, que soy yo. La vida es así.



Giomar “Bemba” Pérez,
Gerente funerario. Caucagua,
Edo. Bolivariano de Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.

Los emprendimientos funerarios de Giomar “Bemba” Pérez

Cuando le preguntamos por su familia a Giomar Candelario Pérez, conocido afectuosamente como “Bemba”, nos dijo que su mamá, María Magdalena Pérez, lo había parido en el “Hospital Hermógenes Rivero Saldivia” de Caucagua hace sesenta y tres años, y que su papá, Ricardo López, era natural de Paparo, correspondiente a la región de Río Chico. Ambos fallecidos. Sin embargo, un tema que despertó gran curiosidad fue descubrir que, concebidos por parte de padre y madre, fueron seis hermanos, pero —y lo cuenta sin temores— su papá engendró más de cincuenta hijos con distintas parejas.

—Tengo más de cincuenta hermanos por parte de papá, a quienes tuvo con otras mujeres. Conozco y trato a casi todos, a la mayoría, porque cuando él murió vinieron a su entierro muchos hermanos que no conocía. También, cuando ha muerto algún hermano vienen varios más que tampoco conozco y se nos unen.

Somos una familia bastante amplia, aunque tengo una sola hija que se llama Giomarli Pérez. A mí me gustan mucho los niños y he criado a varios, además de esa hija. Me gusta celebrar el día del niño en comunidades aledañas al Municipio Acevedo. Lo celebro en Caucagua y lo hago también en El Mango de Ocoyta, en Panaquire, en El Clavo y en la vía hacia Aragüita. Siempre pongo un granito de arena para festejarlo con juguetes, cotillones y piñatas. Todo esto lo hago con amor, y quisiera que todo el mundo sea como yo en ese aspecto. Aquí la gente me conoce por Bemba, y no por Giomar Candelario Pérez. Mis padres se molestaban cuando yo era niño y en la escuela me llamaban por el apodo de Bemba. «¿Por qué te dicen así? ¿Por qué te apodan Bemba?» preguntaban siempre mis padres, pero desde pequeño era Bemba, Bemba y Bemba. Yo no me molesto, porque aquí el que no conozca a Bemba no conoce a nadie en Caucagua. Siempre la gente me ha visto como un hombre humilde, que es lo más importante en una comunidad.

Giomar Candelario cumplía con la escuela, y como medio de sustento lavaba carros desde los nueve años frente a una empresa de honras fúnebres, donde observaba todo el acontecer. Bemba se fue transformando con los oficios, y de lavar carros pasó a talar el monte, y también a servir de vigilante en una funeraria con el señor Jesús Yáñez, “Jesuító”, que era su cuñado, para luego trasladarse a otra llamada “Santo Rostro”. A los doce años se inicia en el manejo de vehículos mortuorios. Lo hacía dentro del pueblo. Ya en su mayoría de edad, a los dieciocho años, cuando obtuvo la licencia de conducir, empezó a garantizar traslados de los fallecidos a otros lugares, hasta que, en 1988, se va a Tacarigua. Allí, en sociedad con el español José González, instalan la “Funeraria Imperial”. Luego, pasados nueve años, se muda nuevamente a Caucagua y funda la empresa fúnebre “Virgen de la Encarnación”, donde lo encontramos rodeado de ataúdes de distintos colores y tamaños. Nos recibe entre risas en un ambiente donde no hay tristeza, a pesar de tener a la muerte como principal tema de conversación.

—Yo tenía la mentalidad de que en algún momento iba a poseer una empresa funeraria. Nunca pensé en otra clase de trabajo. Desde niño estaba en ese ambiente, observando todo lo que sucede. Cuando alguien fallece, del hospital lo pasan a

la morgue y nosotros comenzamos el proceso de la preparación de documentos. Partimos del certificado de defunción, luego sacamos el cuerpo del difunto y lo llevamos al destino que debe ocupar, porque aquí se usa más el domicilio familiar que las capillas fúnebres. Mucha gente pide conducir a su lugar de origen a la persona fallecida, que generalmente es en zonas campesinas. Mandamos a un empleado nuestro para preparar debidamente el cuerpo, a fin de que puedan velarlo como decidan los familiares. Si no tienen fosa en el cementerio nosotros lo resolvemos, y si ellos quieren hacerlo por su cuenta los orientamos en eso. Si es de cremar, llevamos el cuerpo adonde lo quieran cremar. Puede ser Guarenas, Higuerote, los Valles del Tuy o Caracas. ¡Lo que digan nosotros lo aceptamos!, porque hay familias que son de creencias cristianas, otras evangélicas, o de distintos tipos de religiones. Asimismo, hay familias extranjeras que tienen visiones distintas como, por ejemplo, los de origen árabe, quienes no entierran aquí a sus parientes fallecidos. Ellos piden llevarlos a un cementerio en Maracay, y se los trasladamos hasta allá, para sus ceremonias. Lo único que pedimos es respeto y orden cuando se cumplen los velorios dentro de las capillas de nuestras funerarias, que son dos: “El Cristo” y “Virgen de la Encarnación”. Ella es la patrona de la empresa y de este pueblo, y por eso están las imágenes talladas allí: el Nazareno y la Virgen.

Giomar “Bemba”, tiene más de medio siglo dedicado a este tipo de faenas con las que se familiarizó desde los nueve años. Nos cuenta que las urnas de madera que ofrece las hacen en Tacarigua y en Higuerote. Cerca de trescientos dólares vale una urna, incluyendo el servicio completo del sepelio, y en algunos casos mil y hasta un mil quinientos si hubiera que hacer traslados fuera de la zona. Me llama poderosamente la atención la presencia de urnas de variados colores, y recuerdo las honras fúnebres que le hicieron en el año 2013 a la cantante del grupo Caucaucuar, Mercedes Méndez. Estuve presente desde el instante en que sacaron de su domicilio, sobre hombros, aquel ataúd verde en un desfile inigualable con cánticos de malembe y toques de tambor, a la vez que los estrafalarios personajes de los Santos Inocentes de Caucagua le acompañaron hasta el templo donde un sacerdote africano de la Consolata, el padre Roderick, ofrecía oraciones. Así siguió bajo un cielo azulísimo,

recorriendo calles y calles, el verde ataúd. Me dice Giomar “Bemba” que esa urna, en la que fue colocado el cadáver de Mercedes Méndez, la ofreció su empresa.

—Mi idea siempre ha sido innovar en el mercado, y las urnas que ustedes ven aquí no las van a encontrar en otra funeraria, porque yo las mando a pintar de colores para que las personas jóvenes no se vean tan tristes: rojo, amarillo, azul, verde claro, verde oscuro. Ya un difunto es suficiente tristeza, y a lo largo de la vida he pensado que, a través de los colores, se encuentra una forma de cambiar ese aspecto, porque anteriormente era muy alta la cifra de jóvenes muertos. Había mucho desorden en los campos, problemas de vida con la gente joven, pero ahora eso ha cambiado. Ha bajado el índice de muertes por violencias entre los muchachos. Las urnas de colores procedían de una fábrica que estaba en San Cristóbal y ahora se ha instalado en Guatire, cerca de Kempis. Me hicieron una provisión de treinta ataúdes de diversas tonalidades. También hay ataúdes de sobremedidas, más grandes, para cuerpos voluminosos, porque las urnas en su mayoría son standard, pero tengo otras más amplias, mucho más amplias. Urnas en las que pueden entrar dos cuerpos.

Siempre ocurren situaciones extrañas de personas que compran las urnas y las mantienen en sus casas hasta que se mueren. Una vez vino un señor y me dijo que quería comprar una urna para alguien que estaba enfermo: «Quiero un servicio funerario para fulano». Anoto el nombre y, como me percató que es igual al de él, le pregunto: «¿Es su hijo?». Tranquilamente responde: «No, soy yo». ¡Era la misma persona! Hay muchos casos y cosas de muerte. También te puedo citar el de una persona que compró una urna y le ponía un plato de comida a la esposa que no estaba allí, no existía porque estaba muerta. Este señor colocaba el plato de comida junto al de él y decía: «Come, mi amor».

Entre risas y risas Giomar “Bemba” Candelario Pérez va narrando historias muy comunes de esa relación entre la vida y la muerte. Ya sabemos que está residenciado frente al cementerio de Caucagua, en una casa que, por su apariencia, le dicen El Castillo, al final de la calle Las Brisas, junto a la entrada a Macagüita, y es por eso que nos asegura que los muertos no salen, porque si salieran le tocaría volverlos a llevar al cementerio. Insiste que esa es su responsabilidad, y que hasta

ahora no lo ha hecho porque no se ha dado el caso.

—Aquí los entierros son alegres.

Cuando es un motorizado el que muere, la gente se une y empieza la parranda con las motos. Si son evangélicos también llevan su tamborcito y le cantan a la persona, porque son creyentes y devotos de la misma religión del difunto. Muchas veces llevan carros con música al más alto volumen. Eso va de acuerdo

al gusto de los familiares. También en los velatorios empiezan con parrandas y cantos. Hay quienes juegan dominó y truco ¡Y no puede faltar el café! Al amanecer el sancocho y su cafecito. Eso no puede faltar. Con queso y galleta, que es lo típico en la zona. No hay que olvidar los chistes. Todavía existe quien narra cuentos para distraer a la gente. Yo conocí a un muchacho, de la vía hacia Aragiüita, a quien llamaban Ricardo, y era un artista para decir cuentos y más cuentos. Son costumbres de los pueblos.

Así nos despedimos del conocido Bemba, en su funeraria “Virgen de la Encarnación”, pero antes de retirarnos nos cuenta que es fanático del equipo de beisbol venezolano: Navegantes del Magallanes. «¡Viva Magallanes! ¡Viva Magallanes!» gritaba desde niño. Siempre viste elegantes camisas que incluyen el símbolo de “la nave turca”, y organiza caravanas por el pueblo entero cada vez que tienen éxito en los juegos, pero si se pierde, frente a sus eternos rivales, Leones del Caracas, también planifica estos recorridos. Además de tal particularidad, el amigo Bemba siempre está apoyando en su pueblo el beisbol menor y mayor, el básquet y el futbol, y algo muy especial, como empresario, es el de ofrecer respaldo a la cultura y a los artistas. Bemba no es un caso muy común.



Giomar “Bemba” Pérez entrevistado por Benito Yrady: “Narrando historias muy comunes de esa relación entre la vida y la muerte”. Funeraria Virgen de la Encarnación. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2023.

Autor: Rafael Salvatore.



Petra Nieves, devota de la Cruz de Mayo. Caucagua, Edo. Miranda, 2023. Autor: Rafael Salvatore.

Petra Nieves: entre el recuerdo de esclavizados loangos y la hacienda Marrón, donde vivió

Según datos tomados por Eduardo Arcila Farías en el Archivo Arzobispal de Caracas, el curato de Caucagua informaba que para el año 1800, habitaban en esa población: setenta y nueve blancos, ciento quince indios, doscientos once pardos, doscientos cuarenta negros libres o manumisos, y mil trescientos noventa y dos esclavizados. Causa asombro la relación al observar la elevada cifra de habitantes de origen africano en el lugar. Gran parte de ellos debían ser Mina, y otros de gentilicio Loango o Luango, que aparecen en diversos registros de la época de la colonia como naciones con mayor número de esclavizados en diversas secciones del país. Se dice que los Loango procedían de una región al norte del río Congo, y que en muchos casos llegaban a estas tierras por «ilícita introducción». Eran llamados también «negros de mala entrada». Otros aparecían fugitivos, en muchos casos escapados de lugares vecinos, como el que representó la isla de Curazao. Hago esta introducción al hablar de Petra Nieves, porque escuché de su propia voz esa palabra Loango, que nunca antes había sentido en ningún informante barloventeño.

—Eran los negros de antes, y por aquí les decían negros Loango. Eso me lo contaba mi papá, quien pasó mucho trabajo porque era mayordomo en las haciendas y le pagaban tan poco que solo alcanzaba para comer costilla asada. Yo recuerdo que para entrar a ciertas casas él tenía que quitarse los zapatos. Era una obligación, una costumbre, aquí en Caucagua. Sucedió en la casa de la familia

Plaza. Se tenía que dejar los zapatos afuera. Vinieron un poco de españoles y esos negros Loango también, y todas las mujeres de por aquí se empataron con unos y con otros, y tuvieron esa raza de donde provenimos. Los Loango hablaban con la lengua enredada, que era su lengua. Hablaban como varios loros juntos. No sabían pronunciar bien el español y vinieron a trabajar como esclavizados. Los traían enjaulados y encadenados. No había carros en aquellos tiempos y alquilaban a los Loango y los ponían a trabajar como bestias. Yo no tengo idea de dónde eran ellos, de dónde procedían, pero sé todo esto porque mi papá se los caló. Era horrible y prefiero no comentar más de eso, porque resulta demasiado triste.

Petra Nieves nos dice, a sus noventa y nueve años, porque nació el 18 de enero de 1936, que se prepara para celebrar su centenario, y que de esta vida tiene un rollo y puede echar muchos cuentos. Agrega, además, que la vida de antes si era bonita, «con escasez, pero bonita». Muestra una Cruz a la que le ha realizado cincuenta y ocho misas y cincuenta y ocho velorios. Uno por año, cada 3 de mayo, en el patio de su casa donde seca cacao. De inmediato nos recita dos cuartetos distintos, que pone como ejemplos para luego continuar con su narración:

Santísima Cruz de Mayo
quien te puso en esa mesa
serán los dueños de casa
que están pagando promesa.

De donde saliste tú
negro cucarachero
a maltratar al que vino
que fue el que llegó primero.

Después contestaban al unísono todos los presentes: “primero”.

Sus velorios de Cruz en Caucagua son los más famosos y antiguos, tan famosos como sus cafungas, que le enseñó a preparar Estefanía Madera, del pueblo vecino de Tacarigua.

—Si se quiere aprender cómo se cocina cafunga, se tiene que buscar cambur manzano titiario, o cualquier otro tipo de cambur que sea maduro, y dos cocos, clavos de especie y canela, además de plátano verde para rallarle. Se prepara esa masa con agua, en budare o en hojas de plátano, y queda bien sabrosa. Al día siguiente se come cafunga cocida, con café con leche o con café negro, y seguro que se va al cielo y se vuelve a bajar. ¡Todo pulpero alaba su queso! ¿Verdad?

Nos exigió Petra Nieves que no dejáramos fuera, en la entrevista, esa experiencia de sus velorios, cuando ella preparaba carato de arroz y chicha, además de empanadas para vender, y así reunir el dinero indispensable para celebrar la fiesta del 3 de mayo, Día de Exaltación de la Santísima Cruz. Verdadera Cruz, “Veracruz”, donde Cristo fue crucificado. En ese día de mayo florido, ella, por más de medio siglo, ha alumbrado y adornado con papel de seda, de múltiples colores, la Cruz de madera que encontró tirada en un basurero cerca del Camino Real. Inventaría su fiesta para la celebración del culto al hijo de Dios en El Placer de Caucagua. Igualmente, solicitó que tampoco dejáramos de escribir su manera de preparar cafunga. Nos dice que su casa queda en lo que era antes el Camino Real por donde se llegaba a Caracas, después de una travesía frente a siete pasos de ríos, incluida la desembocadura de la quebrada Taguazenepe. «Un nombre indígena», nos aclara, agregando que allí se formaba un remolino, muchos pozos y había misterios, encantos, ánimas, que se llevaban el espíritu de quien se ahogara. Ahora, lo que antes fue el Camino Real se llama Calle El Placer de Caucagua.

—Mi papá, Raimundo Nieves, tenía una bodega en Merecure Remolino. Allí nos levantamos todos nosotros, y después se compró aquí un terreno para hacer esta casa donde estamos. Se lo compró a Enrique Poleo Gimón, un millonario, dueño de todas estas tierras. Así hicimos esta casa, desde la esquina hasta aquí, en este sitio de El Placer. Yo nazco en Pantoja, porque allá vivía mi abuela Petra Josefá Borges con mi mamá Ana Elvira Borges, y después de enamorarse se casa con mi papá y se agregó

el otro apellido, el Nieves. Mi papá no aguanta más estar allá y se viene para para el pueblo. Fue mayordomo de la Hacienda Marrón, que era propiedad de Manuel Trujillo padre, uno de los españoles millonarios de aquel tiempo. Allí trabajaban veintidós mujeres de Pantoja. La Hacienda Marrón era impresionante, la más grande que había por aquí. Las mujeres tomaban la vara, el gancho y el canasto cuando les decían «este ahilado primero», porque era por ahilado que se ordenaba el fruto del cacao para después venderlo. Lo llevaban a Caracas, y de Caracas al extranjero para las fábricas de chocolate. Había un mayordomo que era papá, y también un caporal que ayudaba a las mujeres a montar el canasto. Como usted debe saber, las mujeres rendimos más. Ahora, esa hacienda la agarró una comuna y no he sabido si aún está funcionando. Mi papá era quien llevaba las cuentas de cada caja de cacao que recogían las mujeres, y cada una pesaba como cincuenta kilos.

En la hacienda había también una gran oficina para mi papá y para nosotros. Allí dormíamos, y todos los sábados íbamos a comprar al pueblo. Me quitaba las alpargatas en un puentecito de la quebrada. Me lavaba los pies y me ponía mis chinelitas para entrar al pueblo. Esas chinelitas eran unos zapaticos chinos que salían antes.

Yo tenía entre ocho y diez años cuando mi mamá se murió de tuberculosis. Luego mi papá se consiguió una concubina, como dicen ahora. Magnífica la señora. Me decía: «Usted tiene esa edad, pero usted va a aprender conmigo», y me enseñó a lavar las camisas. Se lavaban con una costilla de hueso de sopa para limpiar primero el cuello por el mal sudor, y después lo demás. Eso lo aprendí parada frente a la batea. Ella era de Tacarigua de Mamporal y cocinaba divino. Me enseñó a cocinar de todo, a hacer hallacas, bollos, buñuelos y asolear lo titiaros para preparar dulce de plátano maduro. Nos enseñó a las dos hembras nada más, a mi hermana Ana Teresa y a mí. Fui la mayor, y en esa Hacienda Marrón, donde vivimos la niñez, veíamos el “bungo” en la boca de la quebrada, y allí, con el bungo metido en el agua, se pescaban guabinas, corronchos, sardinitas y camarones. Unas guabinas grandes, las que entraban al bungo. Las salábamos y también las poníamos a asolear. De eso comíamos todos, pescado de río, y si no, comíamos



Petra Nieves entrevistada por Benito Yrady: “De esta vida tengo un rollo y puedo echar muchos cuentos”.
Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2023.
Autor: Rafael Salvatore.

gallinas que se criaban en la hacienda, pero cerdo nunca. A mi papa no le gustaba el cerdo. Eso pasaba en la Hacienda Marrón. Mi papá, gracias a Dios, me dejó otra hacienda que se llama Taguazenepe. Se llama así porque cae mucho el agua, pero ahora le dicen Hacienda Petra Nieves. De todo eso me acuerdo, de esa época cuando Juan Vicente Gómez creó fama aquí, porque era puro plan de machete con los que pretendían alzarse.

Después me enamoré. Yo estaba jovencita y bonita cuando me veía en el espejo, a los dieciocho años, y me vine a enamorar de un músico negro y feo. Él era negro y feo, pero no brinqué ni salté. Tuve a un solo hombre, ese que tocaba el cornetín, y me ponía de mona y me iba a la plaza a verlo en la retreta. Sin pensarlo me enamoré de Jesús María Sojo, “Chuma”, quien ya murió. A mi papá no le gustaba mucho, pero después lo aceptó. Con José María tuve a todos mis hijos, una cartilla de hijos: seis hembras y dos varones. A todos los eduqué en la Universidad y ahora estoy cargada de nietos.

Hablamos y hablamos con Petra Nieves de todo un poco durante aquella mañana de la entrevista, especialmente de muchas jocosidades sobre los negros feos y damas bellas, sin dejar de fijarme en sus particularidades de mujer, y en las características de su epidermis, lo que me hace recordar a muchos escritores que han abordado este tipo de temas, entre ellos a Luis Moreno Gómez en “País Pardo”, quien asegura que el gran aporte del negro estuvo en su mezcla con la madre india, y posteriormente de mestizos de blancos con indios, dando como resultado esos colores del mestizaje nacional que son marrones de varias gradaciones. Agrega Luis Moreno Gómez, al abordar el capítulo “El insumo negritud”, que se le oye decir a los mismos afrodescendientes, que «Hay que mejorar la raza», o aquella frase tan famosa, más que frase, chiste, «Más alegre que negra enamorada de portugués», el cual ha acuñado el humorismo popular venezolano, y revela la preferencia de nuestras mujeres por el blanco inmigrante. Lo comento después de escuchar esa expresión de Petra Nieves al final de la entrevista: «Yo estaba jovencita y bonita cuando me veía en el espejo, a los dieciocho años, y me vine a enamorar de un músico negro y feo».

Monseñor José Antonio Da
Conceição Ferreira Obispo
para la Diócesis de Puerto
Cabello y Secretario General
de la Conferencia Episcopal
Venezolana. Montalbán,
Caracas, 2025.
Autor: Rafael Salvatore.



Monseñor José Antonio Da Conceição Ferreira:
jamás en la vida sentí ni discriminación,
ni desprecio, ni racismo en Caucagua

Para cerrar esta sección, traemos una entrevista diferente que se llevó a efecto en Caracas, en la antigua hacienda Montalbán, que ha pertenecido a la conocida familia Vollmer, quienes a su vez descenden de Gustav Julius Vollmer, comerciante alemán nacido en Hamburgo, residenciado en Venezuela desde 1826, donde contrae matrimonio con Panchita Ribas y Palacios, prima hermana del Libertador Simón Bolívar, y sobrina del General en Jefe José Félix Ribas, según lo indica “Alberto Vollmer Foundation” (AVF).

La entrevista a Monseñor José Antonio Da Conceição Ferreira, la desarrollamos en la casa de la hacienda donde permaneció por largo tiempo la familia Vollmer. Es una edificación declarada “Bien de Interés Cultural de la

Nación” desde el año 2005. La ficha correspondiente del Instituto del Patrimonio Cultural, indica que la obra construida en 1940 es creación del arquitecto Manuel Mujica Millán, y la planta de un desarrollo extenso y complejo, junto a los volúmenes, se estructuran de manera marcadamente asimétrica. Dos plantas y un semi sótano, numerosos patios y jardines exteriores. Balcones, portales decorados con piedra artificial, muchas salas y habitaciones. Escalinatas y escaleras en mármol negro y gris. Lo constatamos al recorrer su entorno, y uno de los aspectos que nos llamó poderosamente la atención fue la hermosa chimenea, junto a la que Monseñor José Antonio accedió a ser fotografiado por Rafael Salvatore. Días después de la entrevista, recibimos varias fotografías de su encuentro con el Papa Francisco en el Vaticano. El mismo Papa ya fallecido que, un 25 de marzo, designa a José Antonio Da Conceição Ferreira como nuevo Obispo para la Diócesis de Puerto Cabello. Además, él desempeña actualmente el cargo de Secretario General de la Conferencia Episcopal Venezolana y ejerce la función de Párroco de la Natividad del Señor en San Antonio de Los Altos, desde el 24 de diciembre de 1999, pero su infancia y su juventud tuvieron en Barlovento un premio de la vida que se hizo tan especial desde el día en que fue ordenado sacerdote, el 25 de abril de 1998, en Nuestra Señora de la Encarnación de Caucagua, en un acto presidido por Monseñor Mario Moronta. La entrevista la iniciamos con el nombre de este sitio referencial.

—Monseñor, sabiendo que ha compartido tanto con esta región, no queríamos concluir un capítulo del libro sin añadir una conversación con usted. Empezaría por algo muy sencillo. Se trata de lo que me ha dicho más de una persona cuando he preguntado el por qué Caucagua es importante. La respuesta siempre ha sido que en Caucagua, a diferencia de otras poblaciones de Barlovento, existe una mezcla cultural muy fuerte producto de la herencia indígena, africana y europea. Efectivamente, hemos conocido algunos casos de descendientes de polacos, españoles, e incluso una mujer de noventa años procedente de Italia, quien aún reside en Caucagua, y curiosamente me enteré que el origen suyo es de padre y madre nacidos en Portugal. Es por allí donde comienzo. ¿Podría hablarnos de

cómo llegó a establecerse en Barlovento su familia de origen portugués y bajo qué circunstancias?

—Nací en el año 1970 en Caracas. Mis padres eran emigrantes. Uno llegó en 1966, si no me falla la memoria, y el otro en 1968, quienes en esas fechas vienen a Venezuela. Ellos se trasladan a Caucagua cuando yo aún era pequeño, en el año 1977. Creo que, como la mayoría de las personas, buscando siempre un mejor futuro, ¿verdad? Y aunque eso nunca tuvo una narrativa, una verbalización, con el tiempo se pudo entender que en Caucagua había perspectivas de desarrollo. Recordemos que, en esos años, sobre todo hacia los ochenta, en Caucagua había un gran proyecto industrial. Ya en ese momento funcionaba la empresa “Taoro”, que luego pasó a ser “Bimbo”. Ahora esa zona, hoy día, es fundamentalmente un complejo urbanístico, pero eran las perspectivas en aquel tiempo.

Caucagua, a diferencia del resto de Barlovento y de otras localidades, no tenía un eje turístico como Higuerote o Río Chico, porque allí se había desarrollado, especialmente, el tema agrícola. Sin embargo, parece que en el camino a alguien se le ocurrió que también podía ser un polo industrial, porque se estaba a hora y media de Caracas, y la instalación de complejos industriales valdría la pena para la ciudad. Aunque eso nunca me lo dijeron, uno con el tiempo va entendiendo que en Caucagua se venía gestando ese proceso. Esta localidad, en aquel momento, era uno de los pueblos más prósperos a nivel comercial dentro de la región. Siempre lo decíamos. Por ejemplo, había dos bancos y eso era muy extraño en Barlovento. Ni siquiera existían en Higuerote, que era la zona turística por excelencia. Yo creo que por ahí va el asunto.

Mi papá se traslada a Caucagua para el desarrollo de una experiencia nueva. Él era herrero y quería tener un taller propio, y por eso es que yo llego a Caucagua. Ya en ese lugar, nos encontramos con la presencia de algunos comerciantes lusitanos, portugueses. Recuerdo al señor Serafín, que tenía un supermercado allá, en El Recreo. Ya estaba La Nueva Caracas, que era de portugueses. Estaba Manuelito. Se me olvida el nombre del señor que tenía el Bar Venezuela, que era de portugueses. También estaba otro frente a la plaza que se llamaba el Bar

Caracas. Había ya una emigración que estaba iniciándose. No era exclusiva. Había algunos italianos. Recuerdo a Hermelinda, con la tienda de telas y al señor Salvatore, con la de ropa. Después se fue desarrollando la presencia de los sirios con los negocios de comercios, especialmente de electrodomésticos. Era un pueblo bastante multidisciplinario en cuanto a la presencia extranjera. Mayoritariamente, fue creciendo la de los portugueses.

Hay una cosa interesante dentro de los portugueses, y ya no solo lo digo por Caucagua sino a nivel de toda Venezuela, donde en estos momentos se estima que hay unos seiscientos mil. Dentro de las estadísticas mundiales es el tercer país con mayor emigración de portugueses: primero Estados Unidos, segundo Brasil y tercero Venezuela. El portugués es muy emprendedor y muy arriesgado, y justamente, creo yo, que eso viene de ser navegantes. Eso de la navegación quedó metido en el ADN. Y bueno, aquí también vinieron y se desplazaron por todas partes de Venezuela. Incluso, en zonas muy recónditas se conseguía su presencia. Creo que por ahí va un poquito esa búsqueda de un mejor futuro y la decisión de riesgo para emprender una nueva vida.

—¿De qué sitio de Portugal son sus padres?

—Mis padres son del norte de Portugal, cerca de Oporto. Es lo que sería el equivalente al municipio Santa María de la FERIA, o Santa María da Feira, se diría en portugués. Son más del norte, pero de unos poblados, unas aldeas muy humildes. Ellos eran de aquella zona.

—¿Y por cuáles razones vienen a Venezuela?

—Yo creo que el ciento por ciento de los emigrantes, en concreto los portugueses, buscaban algo para vivir, ya que su país no les daba lo necesario. Recuerdo las palabras de un Secretario de Estado para las Comunidades Extranjeras que decía, hace unos años atrás, que la deuda que tenía Portugal como país con sus emigrantes era muy grande. En aquel momento se hablaba de que había afuera más de diez millones de emigrantes, y era porque su propio país nunca les había dado las oportunidades que ellos fueron a buscar en otros

horizontes. En definitiva, pienso que mis padres buscaban una oportunidad para establecer una familia.

Soy hijo único. No tengo más hermanos. En el caso de mi papá, sus hermanos estuvieron aquí todos, solo que luego se fueron regresando a Portugal una vez que, quizás, consiguieron un poquito más de patrimonio y desearon establecerse y seguir allá. Los otros terminaron prácticamente su vida aquí. En el caso de mi mamá, un hermano de ella vino, pero estuvo pocos años y luego se regresó. El resto, claro, por la línea de mi mamá, otros hermanos emigraron, pero no a América. Uno a Alemania y otro a Francia. Era parte de la dinámica familiar en aquellos años de posguerra. Buscar rumbos distintos, porque el país nativo no te ofrecía las condiciones para desarrollarte.

—Lo entiendo muy bien. Ahora, me han dicho, que hizo sus estudios primarios y secundarios en Caucahua. ¿Cuál es la experiencia que usted nos puede transmitir sobre eso? ¿Es allí donde nace su vocación por el mundo religioso, eclesiástico?

—La experiencia fue muy bonita y hay una cosa que siempre destaco, especialmente cuando hoy en día se habla mucho de racismo y de exclusión. Yo, que puedo decir que era de la minoría abrumadora, jamás en la vida sentí ni discriminación ni desprecio, ni racismo en Caucahua. Era una sociedad y una comunidad bien integrada. Por supuesto, lo típico de nosotros los venezolanos: molestarnos y echarnos bromas. Ahora le dicen “bullying”, pero antes le decíamos chalequeo, y creo que era más llevable. El “bullying” es delito, el chalequeo era broma, era hacerte un poquito de piel dura para seguir adelante. Jamás en la vida yo experimenté eso, a pesar de que era “el portu”, el hijo de los emigrantes, pero sin ningún tipo de inconvenientes en cuanto a la convivencia. Por ejemplo, puedo citar el caso de mi mamá. Sus mejores amigas son nativas de Caucahua, y no puedo decir lo mismo de las portuguesas que vivían allá. Entonces, digo que esto resulta interesante.

En relación a mi época de estudios la recuerdo como maravillosa. La primera etapa con las hermanas en el Colegio La Encarnación. La segunda etapa, pues, en un Liceo público. En el Liceo Juan Francisco de León. La recuerdo como

una etapa muy bonita de aprendizaje y de integración. De la vocación sacerdotal, no tengo conciencia de ella ni en mi época primaria ni de secundaria. Soy bien honesto. Por supuesto, la semilla estaba ahí, pero como que germinó o me di cuenta posteriormente. La vocación sacerdotal comienza a despertarse en mí a partir del año 1989. Ya había terminado el bachillerato y siempre, como parte de mi personalidad, era muy prospectivo. Había planificado entrar a bachillerato porque quería ser ingeniero en sistema y estudiar en la Universidad Central de Venezuela. Éramos pobres y no teníamos para pagar una universidad privada. Me había programado para obtener las mejores notas a fin de poder ingresar a la UCV, que era el método adecuado: la calificación más alta y la prueba de CNU, lo que daba oportunidad para obtener un cupo. ¡Y en efecto lo logré! De hecho, me gradué de Bachiller en 1988 y ya en diciembre de ese mismo año se emite el listado de nuevos ingresos. Me aprobaron para entrar en la Universidad Central de Venezuela, pero en matemática pura. Comencé los estudios en enero del año siguiente inmediato, los cuales tuve que parar porque, en febrero del 1989, sucede el conocido “sacudón”.

Es impresionante, pero yo viajaba todos los días desde Caucagua a Caracas para recibir clases en la Universidad. No era el único. Había un montón que lo hacíamos diariamente, pero ya después de ese año se paró todo. Entonces comencé a incorporarme un poquito más en la vida de la parroquia La Encarnación. Justamente, después de la Semana Santa de 1989, me surge la inquietud ¿Por qué no ser sacerdote? Entonces, inicio parte de la historia de esta vida que sigue por aquí, por donde ando ahora.

—¿En qué lugar de Caucagua habitaron? ¿Qué calle? ¿Qué casa? ¿Qué recuerdos tiene de aquello?

—En concreto, fueron cuatro lugares. Primero, en Las Colonias. Esa era una propiedad de la señora María Blanco, la mamá de Adrián Guacarán. Ahí llegamos nosotros. Después, mientras terminábamos la casita en Marizapa, vivimos en El Cedral, que hoy en día, cada vez que paso, me da un poco de tristeza. Era una casona rodeada de muchos cedros y una gran hacienda de cacao, de guayaba.

Había una mata de pumagas que tumbaron y la cual cada día extraño más. Ahí vivimos un tiempo, probablemente arrimados, como le decíamos, mientras se terminaba la casa. Posteriormente, durante todo el bachillerato, viví en Marizapa. La calle 19 de abril, que en un tiempo fue una calle ciega y después se convirtió en el camino de paso para Las Malvinas. Eso era entrando, luego, la otra calle que hicieron se llamaba Miami. Posteriormente, terminando el bachillerato y antes de irme al seminario, nos mudamos otra vez al centro, muy cerca de la Policía, o lo que resultaba “las escaleras hacia La Libertad”. Era un edificio bastante viejo, de los años cuarenta, cerca de esa escalinata de la Calle La Libertad, en el Edificio Miranda, para ser exactos. Es interesante lo de la calle La Libertad, porque el edificio era el de la Prefectura, y cuando los presos se escapaban, lo hacían por esa calle. Por eso la llamaron calle La Libertad.

—Interesante. Ahora, su vocación sacerdotal hace que usted se desprenda de Caucaagua. ¿Realmente se desvincula de esta población en 1989?

—No. Yo salgo de Caucaagua el 24 de septiembre de 1990. Es cuando me voy para el seminario. Por supuesto, regresaba durante las vacaciones, pero no vivía allá. Eran periodos muy cortos. Sí tuve la dicha, siendo seminarista, de estar por lo menos tres veces ayudando en las Semana Santa, en Caucaagua, pero ya no era la convivencia del día a día, sino que lo hacía como un visitante.

—¿Y sus padres siguieron allá?

—Mis padres, sí, para esa época. Luego mi papá y mi mamá se divorciaron. Mi papá se fue y mi mamá sí se quedó en Caucaagua. Mi mamá está conmigo y se llama Celeste Ferreira. Mi padre, Antonio Da Conceição. Por eso mi nombre José Antonio: José, por mi padrino, quien además era tío; y Antonio, por mi papá.

Nací un 20 de junio del 1970 en Caracas. En las cercanías de la iglesia donde ahora están los restos de José Gregorio Hernández, en La Candelaria. Hay que recordar que, en esa época, entre los años 1950, 1960 y 1970, esa zona era el destino de los emigrantes y contaba con muchas pensiones. Entonces, era el lugar donde llegaban. Tenían una habitación, lavadero y cocina común. Poco a poco, cada grupo iba desarrollándose y conseguían casas propias, ya fueran alquiladas

o compradas. Aunque de La Candelaria no tengo memoria. Después de ahí, sí recuerdo. Nos mudamos a Puente Hierro. Muy cerca de la antigua cárcel de La Planta. De hecho, es la calle subiendo hacia la Capilla El Carmen. Todavía existe allí la panadería de aquellos tiempos. En estos días pasé por esos lados para hacer memoria de agradecimiento, y ahí estaba esa panadería. Era donde vendían los mejores dulces de fresa que yo recuerdo en mi vida, o será porque fueron los primeros que probé.

—¿Y el seminario donde quedaba, o queda?

—El seminario era el Santa Rosa de Lima, que estaba en lo que es Sabana del Blanco. Hoy en día ya no está ahí, ahora es la sede de la Universidad Católica Santa Rosa. En ese lugar estaba el seminario y desde 1990 a 1997 viví y estudié allí.

En el año 1998, exactamente el 25 de abril, me ordenan como sacerdote en Cauagua. Ese fue mi tiempo de formación. Después estuve trabajando un tiempo en Cua, en los Valles del Tuy, durante un año y algo. De Cua pasé a Los Teques. Primero, año y medio en un seminario, y el 24 de diciembre del 1999 me hicieron Párroco en la Rosaleda Sur, San Antonio de Los Altos. Allí estuve hasta el 30 de julio del año 2024. Toda una vida.

—Bueno, ya sabemos de todo su tránsito hasta llegar a esta posición de la Conferencia Episcopal, que se da producto de las mismas elecciones promovidas por los Obispos. Entendemos, por lo que me han explicado, de su designación Obispo de la Diócesis de Puerto Cabello, que es una escala significativa, de mucha importancia, de mucho valor profesional, en su carrera de sacerdote. Por eso lo felicito.

Monseñor, le pido que nos explique algo que en un momento también se lo expresé a un sacerdote misionero de la Consolata, y ahora, que tengo la oportunidad de hacerlo con usted, también se lo pregunto. Comencé a preparar este libro en función de la cultura, pero a medida que interactuaba con la gente en Cauagua, fui descubriendo una profunda relación de respeto a personas que han nacido en un lugar y que son motivo de veneración. Me refiero a seres fallecidos. Entre ellos, conocí el caso de una mujer que muere en el año 1951,

que está enterrada en el cementerio de Caucagua y se le conoce como la Negra Francisca. Me llamó poderosamente la atención que había todo un culto en torno a ella. Ahora, de alguna manera, la gente, en muchos lugares de Venezuela, lo denomina “devoción a las ánimas”. En el caso de Caucagua notamos que ocurre con personajes, como ese, además de otro que, curiosamente, también tiene características o rasgos afrodescendientes, conocido como el Negro Pío Curandero. Es aquí cuando le pregunto, ¿Qué opinión tiene sobre tal asunto?

—Eso en primer lugar indica una expresión de religiosidad, es decir, ya un materialismo práctico y teórico. Es muy difícil que se instale cuando existe este tipo de religiosidad. Segundo, hay una concepción anclada por transmisión generacional de lo sobrenatural, es decir, que la vida después de la muerte continúa, hablando un poquito en rasgos generales de lo que sería una filosofía de la religión y esos son elementos que uno va observando. Obviamente, cuando yo estudié, por supuesto venía de toda esta historia, y claro, ya con los estudios más teológicos y filosóficos, nos damos cuenta de lo que está en toda esta estructura de la religiosidad. En primer lugar, yo creo que marca una forma de pensamiento muy interesante. En el pueblo de Caucagua hay una creencia de que existe lo sobrenatural y la vida después de la muerte. Ya después, habrá expresiones diversas, de si crees que los muertos intervienen o no intervienen en la vida diaria. Ese es otro tema que a nivel teológico podríamos discutir, y que no es este el momento, ni tengo por qué hacerlo, pero esos rasgos esenciales permanecen, porque nosotros en la iglesia tenemos nuestra oración constante por las ánimas, por aquellos que han fallecido, para puedan estar, prontamente, con el Padre en el reino de los cielos.

Algo que nosotros creemos, pareciera que es una línea también en otras expresiones de religiosidad popular. Y es cierto, en Caucagua siempre estuvo muy presente una religiosidad que se une con el hecho afro y con el hecho indígena, pero que a la vez ya no es netamente ni afro ni indígena, porque ha adquirido unos rasgos nuevos. Yo siempre me atrevo a decir, y es una teoría personal, cuando escucho a algunos antropólogos que tratan de buscar lo afro en Barlovento, les

digo: «mira, tienes que acordarte que la semilla afro llegó a Barlovento y se sembró en tierra venezolana, y ahora tiene unos rasgos particulares o diferentes». Vas a África y en el tambor hay ritmos rituales y sagrados. Entre nosotros, muchos no son ritos sagrados, pero sí son expresiones lúdicas, es decir, de compartir y de festejar. Otro elemento que tenemos presente, allá en la religiosidad, y entre los que a mí me gustaban mucho, aparece la celebración de la Cruz de Mayo, que es algo espectacular y que la Iglesia tiene que sacarle más punta, porque la Cruz de Mayo es una expresión de la resurrección, es decir, un tronco seco que te habla de la muerte, que nosotros lo adornamos con flores para hacer ver que de esa muerte nace la vida, y es Jesucristo que ha resucitado. Eso es algo que hay que seguir impulsándolo muchísimo desde lo pastoral.

Hablamos de esto, pero también podemos mencionar expresiones de religiosidad más propias de quienes profesan la vida católica. En Caucagua las procesiones eran impresionantes, eso sí, lo recuerdo yo perfectamente, cuando presté mi servicio como seminarista. Una procesión del Nazareno que te podía durar hasta seis horas, o la procesión del Santo Sepulcro, que era agotadora: en la tarde y en la noche. Hay una conexión profunda en cuanto al misterio y a lo sobrenatural. Eso es innegable.

—Ahora, en referencia a sus estudios teológicos, ¿ha tenido algún tema de particular interés o ha formulado algún tipo de documento o tesis que aborde aspectos precisos de la teología? ¿Algo que haya sido de mayor interés que otro?

—Sí. Yo me especialicé en tres áreas: en liturgia, que es el hecho celebrativo de la Iglesia; en derecho canónico, todo lo que es la parte jurídica; y tengo un máster en prevención de abusos en ambientes eclesiales. Son como tres cosas distintas, pero siempre se vinculan en algo.

—Una última pregunta, porque sabemos que su tiempo establece compromisos, y es sobre el lugar donde estamos. Yo le confieso que llegué a venir varias veces a Montalbán y en algún momento, desde lejos vi la casa y me llamó poderosamente la atención. Trabajo en una casa que también era una vieja hacienda que era de la familia Zuloaga, claro, con una dimensión mucho más pequeña que esta, pero me di

cuenta que el sistema constructivo como la piedra y otros elementos son similares. ¿Puede hablarnos de esta casa? ¿A partir de qué momento la Conferencia Episcopal se ubica aquí? ¿Qué información tiene de este sitio?

—Efectivamente, era la sede de la antigua hacienda Montalbán. Esta y la hacienda La Vega, que todavía existe. La familia Vollmer era la propietaria de todo esto y de la hacienda Montalbán. De hecho, la zona donde ahora están los edificios residenciales era la hacienda. Luego, allí se desarrolla el Complejo Juan Pablo II con motivo de la primera visita del Papa Juan Pablo II. Entonces, ese mismo año, la familia Vollmer decide cederlo en donativo a la iglesia católica.

Originalmente, Vollmer quería que fuera la Casa del Arzobispo de Caracas, pero el Arzobispo no la quiso. Le parecía que era demasiado grande, y yo hubiese estado absolutamente de acuerdo con él. Es cuando se dice que la Conferencia Episcopal no tiene sede propia. Teníamos unas pequeñas oficinas en el edificio Juan XXIII, al lado de la Catedral de Caracas, y cuando se hacían las Asambleas Episcopales teníamos que alquilar una casa de retiro para que todos los Obispos se encontraran y trabajaran durante una semana. Los Vollmer ceden la casa con todo este predio que casi llega a la Universidad Católica Andrés Bello, y se logra hacer el edificio anexo. Es un edificio moderno, donde funciona la Casa de Retiro Monseñor Ibarra. Lo financia y lo ayuda a construir el Centro Simón Bolívar, pero los terrenos son propios, de la Conferencia Episcopal. Es un lugar de retiro con un lote aproximado de cincuenta habitaciones, tal vez un poquito más, casi setenta, y es para eso. No solo para que los obispos vengan a celebrar sus reuniones, sino también para poder cumplir, a lo largo del año con actividades pastorales, retiros y otros encuentros. Por supuesto, esta casa es la parte más icónica e histórica de todo este lugar.

—Claro, porque vemos que en el portón se identifica el año 1856. O sea, cuando la hacienda estaba, pero sabemos que, al siglo siguiente, se levanta esta casa, ¿cierto?

—Sí, ya la hacienda estaba. De hecho, en la casa blanca, en el fondo, aún está la máquina donde quedaba el trapiche, justamente para exprimir la caña y hacer el

azúcar. Entonces, actualmente sobre el tema de recursos, nosotros no tenemos. Ese asunto es un dolor de cabeza, el poder mantener una estructura como esta.

Ahora, Benito, quisiera agregar a esta entrevista tres aspectos de mi vida. Mi mamá siempre me regañaba y decía, «Tú te metes en muchas cosas», porque ya terminando el sexto grado estuve con los bomberos juveniles, cuando fundaron la estación de bomberos. Hice todo el curso y el entrenamiento. Después, me metí a estudiar música, hacia el año 1987, y creo que soy el único caso de frustración que conoce Juan Ramón Ojeda, director de la Escuela de Música de Cauagua. Allí hice teoría y solfeo, y después quiso darme un violín, pero que va, no terminé de aprender. También hice un curso de contabilidad en lo que llamaban el Centro Artesanal. Me gradué como Auxiliar Contable. Es que terminaba clases en el Liceo, durante el día, y en la noche asistía a las clases en el Centro Artesanal. Yo no sé si aún existe. Recuerdo que mi mamá aprendió en ese lugar un poco de costura, para hacer patrones. Creo que también había cocina. Eso era en el día, pero en las noches se estudiaba mecanografía y contabilidad. Hice el curso de contabilidad a la par del cuarto año de bachillerato.

Finalmente, agrego que estoy convencido de que, en mi vida, el hecho de ser Obispo, es totalmente providencial. Eso sí es verdad que no estaba en los planes. Yo no estaba en la búsqueda y tampoco lo quería, pero hay que ser obediente a lo que Dios llama, y cuando te da los signos claros, pues tienes dos opciones: o sí o no. Por cierto, en Portugal estuve el año pasado, aunque no lo hago con mucha frecuencia. En esa ocasión fue porque los Obispos recién nombrados deben ir a hacer un curso a Roma, entonces hice el enlace ya que estaba cerca.

Benito, ahora te cuento lo interesante de algunas anécdotas. A mí me notifican bajo secreto pontificio, el 10 de febrero, que había sido designado Obispo de Puerto Cabello y me preguntaron si aceptaba. Una vez que me decido, y en atención al convenio entre el Estado venezolano y la Santa Sede, dicha investidura se somete a consulta de la Presidencia de la República para que confirme si está de acuerdo o no con el nombramiento, y se establecen treinta días para que el Estado responda o ponga objeciones de tipo político. En mi caso, transcurrió ese lapso y

Monseñor José Antonio Da
Conceição Ferreira junto a
Su Santidad el Papa Francisco
(+). Ciudad del Vaticano,
Roma, Italia.



hubo silencio administrativo. Me llaman de la Nunciatura para indicarme: «Bueno, Monseñor, hay que anunciar lo de su nombramiento. ¿Para cuándo?» Yo, a manera de broma, les digo para el 25 de abril. Me responden: «No, no, eso es muy lejos. Hemos pensado en el 19 de marzo», pero el 19 de marzo no estaría en Venezuela, porque debía representar a la Conferencia Episcopal, en calidad de Secretario General, en una actividad en Bogotá, y les digo que ese día no me parece, porque ¿cómo me van a nombrar Obispo sin estar en el país? Entonces me dicen: «la otra opción que le proponemos es el 25 de marzo». En el momento quedé asombrado, y por supuesto que me gustó la fecha porque es el Día de la Virgen. Por eso, como yo no estaba en Venezuela para el día 19, me tocó el 25 de marzo, que el año pasado fue lunes santo, pero igual dentro de lo que es el calendario litúrgico, aunque no se pueda celebrar un año, sigue siendo el Día de la Anunciación o de Nuestra Señora de la Encarnación.



Detalle: “anillo episcopal”
de Monseñor José Antonio
Da Conceição Ferreira.
Montalbán, Caracas, 2025.
Autor: Rafael Salvatore.



III. BANDOS Y PARRANDAS DE LOS SANTOS INOCENTES DE CAUCAGUA

José Ángel Ramírez López,
Presidente de la Casa de
los Bandos y Parrandas de
los Santos Inocentes de
Caucagua (sectores Pantoja
y La Línea). Coro, Edo.
Falcón, 2014.
Autor: Rafael Salvatore.



José Ángel Ramírez López: esta expresión tiene sus raíces en la madre patria África

José Ángel Ramírez reaviva la cultura en Barlovento en todos sus aspectos. Es esa su característica esencial. Trabaja sin descanso. Gracias a él logramos la ubicación del mayor número de personajes entrevistados aquí. Tres años nos llevó la tarea, y en cada lugar estuvo con nosotros, siempre amable, siempre con admiración por su gente de pueblo, de la que es uno más. Sobran las razones para explicar por qué resulta esencial su aparición en este libro.

Además de gerenciar la cultura en el Municipio Acevedo, ha logrado múltiples alianzas a nivel nacional y en todo el Estado Bolivariano de Miranda. Resulta uno de los principales promotores de la Red de Patrimonio Inmaterial y Diversidad Cultural, y lideriza, además, la celebración de la Parranda de los Santos Inocentes de Caucagua. Fue ese el motivo para escogerle como testigo presencial durante la 18° Sesión del Comité Intergubernamental para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial, donde se examinó el expediente de este elemento. Tuvo efecto en Botswana, un apartado sitio de África. Para escuchar sus impresiones sobre el caso, iniciamos por allí la conversación.

—Esa fue una experiencia única, irrepetible, inédita, porque se trata de visibilizar ante el mundo un ejemplo, como lo dice el expediente de buenas prácticas, a favor de una cultura de raíz tradicional muy importante para mi pueblo, Caucagua, y para Venezuela toda. La postulación llamó poderosamente la atención y condujo a estrecharnos las manos, a abrazarnos en esta causa común.

Benito, quiero contarte una anécdota de cuando estuve en Botswana. Sucedió el día de adopción del expediente. Yo tenía en mi indumentaria los colores que representan las banderas de los Bandos y Parrandas de Pantoja y de los Bandos

y Parrandas de La Línea. Detrás de nosotros estaba la gente de Camerún. Ellos se identificaron inmediatamente con los colores, porque son los de su bandera nacional: verde, rojo y amarillo. Esas mismas tonalidades están plenamente plasmadas en las normas heráldicas, tanto en Pantoja como en La Línea. Sin embargo, más allá de eso, algo que causó mucho furor, que causó interés en estrecharnos esa mano de amistad con otros pueblos del mundo, fue el hecho de reconocer que esta expresión tiene sus raíces en la madre patria África. Es algo que viene de allá, es un legado, una simbiosis, un sincretismo. Por supuesto los representantes de países latinoamericanos aplaudieron con mucho ahínco, con mucho interés, y además se nos acercaron para ver cómo Venezuela propuso la construcción de esas dos figuras que son los Consejo Comunitarios para la Salvaguardia y los Núcleos de Iniciación y Transmisión de Saberes. Esto produjo, por supuesto, mayores vínculos, y creo que vamos por el camino de intercambiar y socializar dicha experiencia con el resto de los países de la región, como lo ha recomendado el jurado calificador.

—José Ángel, ahora hablemos de la Casa de los Santo Inocentes, ¿cómo es esa experiencia?

—La intención primaria es la hermandad. ¿Hermanos para qué? Para salvaguardar una expresión que tiene más de doscientos años, producto de las investigaciones de campo con las abuelitas y con los abuelitos que aún permanecen con vida, aunque otros ya han fallecido. Logramos obtener el testimonio oral de ellos, a través del trabajo que hicimos. Hay algo muy importante, y es que la situación de pandemia nos condujo a eso. Nos ocupamos en saber un poco más sobre la tradición. La casa de los Santos Inocentes, que agrupa a las dos Parrandas, es un punto de convergencia para el encuentro, para el debate, para el intercambio de ideas, y nosotros, por supuesto, atentos de que allí, de esas discusiones sanas, puedan brotar algunas estrategias, algunas prácticas, para mantener y aportar a lo que es el Plan de Salvaguardia de esta expresión cultural.

—¿Cómo ocurre tu acercamiento a ese mundo de los de los Bandos y Parrandas de los Santo Inocentes? Me imagino que sucedió cuando eras un niño ¿No?, pero ¿Cómo puedes narrar esa experiencia?

—Recuerdo claramente el año 1982. Había un luto en la comunidad de Pantoja. Fallece una de sus jerarcas, y toman la decisión de no ir sacar a la Parranda a la calle, de no salir con la Parranda de los Santo Inocentes. Es allí cuando Abraham Arestigueta González, junto con Rosario Mata y otras personas, se les ocurre decir «Vamos a sacar la Parranda, porque el pueblo no puede quedar sin ella». Entonces, fíjate Benito, la Parranda sale en aquella oportunidad de La Línea, integrada con apenas diez o quince personas, y sin Bando, porque el Bando era tradicional de Pantoja. Inclusive, no usábamos indumentaria. Eso de la indumentaria y del Bando nos crea conciencia, porque las jerarcas de Pantoja, para ese entonces, “Claudina” Monges, Silvestra Vegas, Rafaela y Juana Navas, nos manifiestan: «Miren, es una locura lo que están haciendo ustedes. Tienen sacar la Parranda como debe ser». Y es por los consejos que nos dieron los adultos mayores, que asumimos la Parranda como es. De ahí viene mi acercamiento, y en consenso se escogen los colores amarillo y rojo para la bandera de La Línea.

Recuerdo que estas portadoras, muy curtidas del saber, decían que había una hacienda del otro lado del río de Pantoja, que llamaban Mateo, y que hoy tiene por nombre Sucesión Calderón. Comentan que allí existía el escudo de una gran familia, y que los colores eran verde y rojo. Entonces, de acuerdo a la investigación que hicimos en heráldica, el verde era por la virtud, no por la vegetación como algunos dicen, sino que era el símbolo de la virtud. El rojo por el martirio de tantos esclavizados que murieron allí, en esa posesión de cacao. Además del martirio, también hubo una peste en una parte que lindaba con unas haciendas llamadas Pajaritos, Solórzano y Gerdel, hacia los lados de lo que hoy conocemos como San Rafael del Cinco. Allí enterraron a los muertos y más nunca creció ni una gramínea. En el caso de La Línea, adoptamos los colores un poco más hacia la parte moderna. Escogimos el amarillo, porque lo interpretamos como el sol fuerte

que está en Caucagua, y el rojo para rendirle honor a los esclavizados, martirizados y muertos. El rojo es el color que nos une

—Como líder que eres de todo este movimiento, ¿Cuáles son las perspectivas del futuro que tú ves en esta expresión?

—Nosotros no asumimos la declaratoria en la modalidad de Buenas Prácticas de Salvaguardia, por parte de la UNESCO, como un premio. Es un reconocimiento a nuestra herencia cultural, y lo recibimos con el compromiso de comunidad, de pueblo, de practicantes, de país. Una oportunidad que nos brinda la vida y que afortunadamente se nos dio en este momento. Resulta una tarea donde no podemos traicionar los postulados que están establecidos en una Convención, y que más de ciento cincuenta países han respaldado con su firma, convirtiéndose en ley. La perspectiva que tenemos es la de afianzar los programas de formación y lograr que las nuevas generaciones tengan continuidad en el tiempo y en el espacio. Cambios habrá, porque el patrimonio es dinámico, está en constante movimiento. Nosotros tenemos un ejemplo en el aspecto musical. Alrededor de los años cuarenta, en la Parranda estaba presente la guaracha, y la música se interpretaba con tambora, furrucó, tres, cuatro, marímbola y maracas. Pero después vino un cambio que no fue impuesto. Los propios practicantes la alimentaron con otros ritmos musicales, producto de la decisión del colectivo, y forma parte de los elementos que cambiaron la música tradicional.

—La UNESCO, dentro del trabajo que hizo el comité evaluador o el jurado, indica en el documento que es una experiencia que se puede aplicar en otras regiones de América Latina y le da mucha importancia al tema de la descolonización. ¿Ustedes han pensado, de alguna manera, en esa conexión con el contexto regional?

—Sí. Hay una estrategia que ha funcionado en Venezuela. Tratar de organizar a las comunidades en torno a un gran Movimiento Nacional en Redes del Patrimonio Inmaterial y la Diversidad Cultural. Pensamos que una buena estrategia sería poder socializar esta experiencia y ver cómo se aplica un ejercicio similar en otros países. Por ahí pudiéramos iniciar, porque los Núcleos

de Iniciación y Transmisión de Saberes no son de exclusividad de los Santos Inocentes de Cauçagua. Es una figura que se puede implementar en cualquier expresión, ya sea de carácter espiritual, religioso, festivo o de otras prácticas del patrimonio cultural inmaterial.

—¿Qué diferencia existe entre el Bando y la Parranda? Te hago la pregunta, porque sé bien que tú intervienes en la elaboración de lo que se conoce como el Bando. ¿Siempre ha sido así en Cauçagua? ¿Ha habido realmente un Bando? ¿Cómo participas en la construcción de eso? Me imagino y entiendo que son versos libres, donde puede haber o no la rima, pero coméntanos un poco de la experiencia particular del Bando, para después hablar de la Parranda.

—Benito, el Bando viene de la época de la colonia, de los esclavizados oprimidos que, como lo sabemos, les otorgaban un día libre coincidiendo con el día de los Santos Inocentes. Yo siempre he dicho que lo único que tiene de santo esta tradición es el nombre, porque si revisamos lo que es la expresión como tal, el Bando es como una especie de movimiento insurreccional que los esclavizados, aprovechando el permiso que les daban, trataron de burlar y de hacer mofa contra sus amos y sus esposas. No olvidemos que el municipio de Acevedo, no solamente Cauçagua, fue un territorio de cimarronaje de “cumbe” o “cumbé”, que es como se le debe decir. Fue la ruta de Guillermo Ribas y de Miguel Jerónimo Guacamaya, quienes fueron líderes allí, en asentamientos de cimarrones, principalmente en El Mango de Ocoyta. De hecho, en El Mango de Ocoyta había Bando y había Parranda. En la Boca de Cauçagua había Bando y había Parranda. En Tapipa Grande existía Bando y Parranda. En Mendoza había Bando y Parranda, y por supuesto, en la comunidad ancestral de Cauçagua, que es Pantoja. De allí viene el Bando y la Parranda de Cauçagua. ¿Por qué? Porque eran sitios poblados de sembradíos de cacao donde la mano de obra agrícola era la de los esclavizados traídos de África, combinados con algunos nativos, pero como la gran mayoría de quienes trabajaban en las haciendas eran mujeres, recayó el papel de jerarquía de mando en ellas. El Bando es el mando de la Parranda, y por eso se clasificaron, se organizaron. La gobernadora, la Jefa de la Parranda, la Comandanta de Policía,

la Abanderada o el Abanderado, que es quien hace burla a esos escudos o a esos estandartes con que se identificaban, heráldicamente, los dueños de haciendas.

Cuando vemos los vestuarios o la indumentaria, nos damos cuenta de que hay cierta mofa hacia esos sombreros que todavía se utilizan, por ejemplo, en la realeza: sombreros con flores. Por supuesto que hay diferencias, porque tomaron unos sombreros que ya estaban inservibles, de las esposas de los amos, y los adornaron con flores silvestres. El Bando no es más que el relato de una proclama donde esos esclavizados se asignaron puestos de comando o de mando, para el día del 28 de diciembre. Curiosamente en el Bando, o en los Bandos, por años se ha establecido que la figura masculina solo recae en el Bolero, y de hecho, había tres figuras en el Bolero: “El Moca”, “El Correo” y “El Inocente”.

El Correo cumplía la función de anunciar la llegada de la fiesta llevando los mensajes. En el caso de El Moca, es una desfiguración de la palabra “mosca”, porque El Moca era el Bolero que la Parranda designaba para avistar si venía llegando otra Parranda. Entonces, El Moca era un Bolero con cachos que, cuando divisaba a los lejos, o cerca, a otra Parranda, decía: “¡Moca!”. No porque eran mal hablados, sino que también era producto de esa desfiguración de la jerga. El Inocente, es el Bolero común que anda errante y que, necesariamente, no tiene que pertenecer al Bando, porque son muchos. Una figura que puede acompañar a la Parranda, o puede caminar solo, o en grupo de dos o de tres, como él prefiera. Ahora, la diferencia entre Bando y Parranda, es que el Bando es la organización o la estructura de quienes comandan la Parranda, y la Parranda ya es el elemento que se le agrega. No es nada más desde el punto de vista musical. No veamos la Parranda con el término de ritmo musical, porque además el género de Parranda en Venezuela no se asemeja en nada a lo que se toca en los Santos Inocentes. Es la Parranda de callejear, de bolerear, de irnos de parranda dos días o un día.

—Bando es mando, pero hay un hecho particular también, y es que el día 27 de diciembre se lee un Bando y entonces es el comienzo ¿no? Entiendo que en el inicio están todos los personajes que tú has descrito. Entonces, las preguntas que te hago son ¿Anteriormente se leía un Bando? ¿Siempre ha sido así?

—Sí, antes se leía el Bando. En La Línea no, porque se empezó a leer dos años después de constituir a la Parranda por las orientaciones de los portadores de saberes de Pantoja, pero en Pantoja, en Mendoza, en La Boca, en Tapipa Grande, en El Mango de Ocoyta y en Los Cerritos, por supuesto, se hacía siempre. La lectura del Bando marca el comienzo y marca el anuncio de lo que va a ocurrir el 28 de diciembre. Si no hay Bando no hay Parranda al día siguiente. Y es de obligatoria aceptación la persona mencionada en el Bando con su cargo. Si no lo acepta, al día siguiente se busca amarrarla con la Verduga para que cumpla su papel.

El Bando tiene un encabezamiento que menciona qué es lo que está ocurriendo. Por ejemplo, se indica algo parecido a: «En la noche buena inocente, y como lo manda la televisión, atención señores pongan un oído al montón». Es algo similar a eso. En versos libres, se hace referencia a algún aspecto del momento. El año pasado, concluyendo el 2023, el Bando fue dedicado a la declaratoria por parte de la UNESCO y tenemos un verso que tiene armonía con lo que había ocurrido. Entonces vamos escribiendo, hacemos los versos libres, cargo por cargo. En orden jerárquico colocamos el nombre de la persona, el cargo que va a ostentar y finalmente se le pone un remoquete o un sobrenombre que causa risa a manera de burla, y que también es como una mofa a las autoridades debidamente constituidas. Después que se citan a todos los personajes que tienen obligación de ir a la Parranda, también se mencionan a los músicos y quien la dirige musicalmente.

—Otra pregunta, José Ángel, porque muchas de las que quería hacerte ya las respondiste durante el desarrollo de la entrevista. No es el único caso en Venezuela la celebración de los Santos Inocentes. Tú bien sabes, porque has estado presente en diversos encuentros que se han llevado a cabo en otras regiones del país sobre esta manifestación. ¿Cuál es tu visión de la celebración de los Santos Inocentes más allá de Caucagua?

—Hay una gran riqueza en torno a esa forma diversa de celebrar los Santos Inocentes. Algunos dicen conmemorarlo, y hemos recibido críticas: «cómo van a celebrar una matanza ordenada por un rey que llamaron Herodes, a más de

tres mil niños inocentes en la época que nació Jesús». Nosotros no celebramos esa matanza. Celebramos es el triunfo del bien sobre el mal, el hecho de que el niño Jesús haya vencido las pretensiones de Herodes. Ahora, en Venezuela, la celebración es diversa. Cada quien tiene sus particularidades. Pienso que es muy interesante la forma y manera como lo hacen otros, con un elemento común que es la fecha. Considero que es un movimiento que está bastante fortalecido, que ha cobrado mucha fuerza y notoriedad. De verdad, celebro que sea así y, como decíamos anteriormente, más allá de socializar la experiencia entre nosotros al obtener este reconocimiento a nivel mundial, puede ponerse en práctica en cada una de esas locaciones donde se tiene en desarrollo esta expresión. En los diferentes estados hermanados de esta causa.

—Ahora, agrego una pregunta final. Hay algo que a mí me llamó la atención, porque al menos no lo había observado. Al entrevistar al misionero sacerdote, Chrispine Okello, nos dijo que, cuando él estaba recién llegado, le advirtieron que saliera del pueblo a como diera lugar el día 28 de diciembre, porque todo era un caos, y él comentó que no se fue porque quería vivir la experiencia, y que hizo la misa y vio lo organizado que estaba la gente que asistió ese día, y entiende que la catequesis le da valor a esas celebraciones que el pueblo tiene. La pregunta es muy simple. ¿Realmente hay una misa el día de los Santos Inocentes o es porque aquella vez, de la cual nos habló el sacerdote, coincidió con un domingo? ¿Ha sido tradición que se haga una misa ese día y asisten los integrantes de la manifestación?

—Nosotros, en el caso de Caucagua, nunca hemos hecho una misa especial para este tema, solo que el santoral católico cristiano le manda, de acuerdo a su oficio ordinario, que tienen que celebrar la misa, y como en el calendario católico está que es el día de los Santos Inocentes, todos los sacerdotes en el mundo celebran misa. Es una conmemoración universal. Le hacen la misa a los Santos Inocentes, pero es interesante la pregunta porque, tal vez, nunca hubo esa relación con la iglesia. Algunas autoridades eclesíásticas de antaño condenaban este tipo de prácticas. Lo veían como algo muy mundano, muy pagano, divorciado de la creencia y de la



fe católica, pero debo admitir que, en el caso nuestro, ahora la Red de Patrimonio Inmaterial y Diversidad Cultural de Miranda, conjuntamente con el Centro de la Diversidad Cultural y la Gobernación de Miranda, y por los propios portadores, construimos un modelo de carta pastoral para el patrimonio cultural inmaterial. Esto es una experiencia inédita en el país, y no conocemos otra en América Latina. Nosotros hacemos ver a la iglesia, como practicantes, la importancia que tienen estas expresiones. Ese componente religioso en la Parranda de los Santos Inocentes nunca ha estado acentuado, aunque la mayoría de los practicantes, por no decir todos, profesamos la religión católica.

Un 28 de diciembre, durante el recorrido de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2023.
Autor: Rafael Salvatore.

Abrahan Arestigueta
González, abanderado de
la Parranda de los Santos
Inocentes, Sector La Línea.
Caucagua, Edo. Bolivariano
de Miranda, 2023.
Autor: Rafael Salvatore.



Abrahan Arestigueta: soy abanderado de La Parranda de La Línea

Mi nombre es Abrahan Arestigueta González. Soy abanderado de La Parranda de La Línea.

Llego a formar parte de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocente de Caucaagua, concretamente del sector La Línea, por iniciativa propia, era una inquietud que teníamos varias personas. En una oportunidad sacamos una Parranda, eso sería entre 1979 y 1980. Lo hicimos como broma, ¡como una muchachada pues!, pero tuvo mucha participación del pueblo. Pasaron dos años más, aproximadamente, y no salía la Parranda de los Inocentes. Entonces, sentado en la calle junto a una vecina, llamada Rosario Mata, le digo «Rosario, ¿Por qué nosotros no sacamos una Parranda de los Inocentes? Se está perdiendo. Ya ni Pantoja ni Los Cerritos salen con esta tradición». De inmediato me responde

«Verdad Abraham, vamos a sacar esa Parranda». Le pregunto «¿Qué músicos vamos a conseguir?», y ella me dice «En Aragüita están unos músicos que son muy buenos y parranderos. Se llaman Los Morochos». La vuelvo a interrogar «¿Tú tienes contacto con esas personas?», respondiendo «Sí, ellos viven cerca de la escuela». Para ese entonces era maestra y ahora está jubilada. Ella fue y les explicó. Inmediatamente me mandaron a llamar y salía para allá. Esa Parranda duró como tres días, desde el 27 al 29 de diciembre. Fue la segunda vez que salió, porque la que te conté al inicio, resultaría una recopilación de muchachos con un solo trombón. No había trompeta sino tambora. Con lo que se recabó hicimos la fiesta del 29 de diciembre. Después Los Morochos se retiraron debido a la inseguridad que había en la zona. Hubo un año en que no pudieron venir, y ese 28 de diciembre, muy temprano me lancé a la calle a buscar músicos. Uno por allá, otro por acá ¡Y sale la Parranda! Desde ese tiempo en adelante hemos dejado de salir. Fue en los años ochenta.

La Parranda sale a recorrer el pueblo desde la Calle La Línea, detrás de la Iglesia. Todo el tiempo ha salido de ahí, y al final de la tarde, el 28 de diciembre, retorna al mismo lugar.

Comencé como abanderado. Recuerdo que la primera vez agarré una cortina a mi mamá, y un palo. ¡Fue una cortina de la casa! Después nos montamos con los colores de la bandera. Esas orientaciones me las dio mi tío Abraham Arestigueta Siso: el amarillo con el rojo, que significa lo radiante del sol de esta zona y la sangre que derramaron los esclavizados de aquel entonces. En la Parranda de Pantoja los colores son verde y rojo. ¡Ah! una vez coincidimos en los mismos colores. Luego ellos establecieron el verde con el rojo, y nosotros nos quedamos con el amarillo y rojo, que ya teníamos.

Cargar la bandera fue una iniciativa de mi parte, pero Benito, ese día, verdaderamente, ¡sí que mandaban las mujeres! En aquel entonces, en la Parranda de La Línea, Rosario Mata, hermana de la Profesora Luci Mata, y todas las mujeres de esa calle eran las que gobernaban, mandaban. Ahora, estamos preparando a

las mujeres para que sean ellas quienes lleven la bandera, porque ya estoy que me canso de aquí para allá.

Desde finales de los años setenta hasta hoy ha transcurrido medio siglo, y recuerdo que destacaban mucho las señoras Pabla Blanco, Inelda de Castro, María Rojas. Las más emblemáticas y de mayor edad, eran ellas. Mujeres siempre.

Hay una gran transformación de La Parranda. Se ha masificado, porque antiguamente si había gente, pero la población era más pequeña. Ahora se ha difundido muchísimo. Esto resulta una multitud muy grande. Es decir, que prácticamente es incontrolable para el Bando, pero claro, siempre se impone la fuerza.

Salimos de la Calle La Línea y continuamos: Plaza Bolívar; Calle Comercio; Calle La Libertad y entramos a la Calle Las Brisas; Calle El Recreo; Las Clavellinas; La Colonia; la Bajada del Cedral, y nuevamente se finaliza en La Línea entre las cinco y media y seis de la tarde. Se realiza un encuentro con la Parranda de Pantoja, en el retorno, cuando llegamos a la Plaza Bolívar. Ambas coinciden, y de ahí cada quien va para su lugar de origen. Tanto a La Línea como a Pantoja.

Mi oficio de vida siempre ha sido el de oficinista. Empecé como escribiente en el Registro Subalterno. Después entro al Banco Unión, que ahora es Banesco. Luego, en el año 1988, paso a la Prefectura. Continué con la Gobernación de Miranda, hasta la presente fecha, porque todavía estoy activo. Tengo 35 años de servicio. Después que las prefecturas fueron disueltas, estuve haciendo trabajo social, pero luego me quedé en el área cultural, por un programa de la gobernación.

Mi tío era un mentor para todos nosotros. Mi tío Abraham Arestigueta. Fue Procurador General de estado, abogado, maestro de escuela. Prácticamente fue quien crió a mi papá, Pedro Roberto Arestigueta.

Mi mamá se llamaba Primitiva González y le decían “Prima”. Nosotros somos nueve hermanos y todos se avocan a Parranda, todos estamos activos. Mi familia se organiza con la de José Ángel Ramírez. Ambos, somos los que tenemos más fuerza y años en la Parranda La Línea.

Además de mí, también han sido abanderados Glixan Guzmán, José Ángel Ramírez y Carlos Castillo, quien a veces la toma, porque es uno de los músicos y está pendiente.

Benito, quería agregar algo que se me pasó. Se trata de esas grandes anécdotas que tengo sobre la Parranda de los Santos Inocentes. Recuerdo que, cuando tenía cinco o seis años, pasó la Parranda de Pantoja por la Calle La Libertad, y me fui detrás de ella. Yo vi a esas señoras grandototas con aquellos machetes de madera y me llamó tanto la atención, y me fui. Mi mamá me vino a alcanzar en la Calle Las Brisas. ¡Me dieron una pela y me llevaron para la casa!

Otra historia fue que un 27 de diciembre, a eso de las dos de la tarde, se me hinchó un pie. Lo tenía rojo y no podía con el dolor y ardor. Hasta que pensé que era el ácido úrico. Le explico a las muchachas, «Díganle a José Ángel que venga a buscar la bandera, porque yo no voy a poder salir. Miren como tengo ese pie», y de inmediato me acuesto a dormir. Cuando despierto, se me olvida que tenía el pie hinchado, agarré mi bandera y me fui.

De la Parranda de Pantoja recuerdo que salían esas señoras muy altas, altísimas, con esa música. Ahí lo que había era marímbola, guarura y tambores. Con poca afluencia de gente, pero quienes mandaban eran esos mujerones echando machete, repartiendo plan de machete por todas esas calles y a todo el que se le atravesara. Era un espectáculo ver eso. ¡Maravilloso!

Alicia Lucía Mata, Jefa o
Gobernadora de la Parranda
de los Santos Inocentes,
Sector La Línea. Caucaagua,
Edo. Bolivariano de Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.



Alicia Lucía Mata: aquí, el más pintado, tiene su abuelito en África

Mi abuela se llamaba María Isabel Mijares de Blanco, oriunda de una parte que da hacia Aragüita, en la vía de Caucaagua a Aragüita, que se llama Quimbango. Era hija única por parte de su mamá, y la criaron allá hasta que decidieron venirse para Caucaagua, porque ella se casó.

Fíjate, Benito, recuerdo cuando mi abuela decía a los ocho años, acariciándome la cabeza entre sus piernas: «Hay que casarse con un hombre y darles el apellido a los hijos, y si ese esposo muere, hay que casarse, como me casé yo, con un hermano de él, para que cuando tengan más hijos lleven el mismo apellido». Entonces mi abuela se casó con dos hermanos. El primero se murió de un infarto y el segundo también. Pero eran hermanos. Ella tuvo cuatro hijos de su primer matrimonio y del segundo tuvo dos, y todos son Blanco Mijares.

Era mi abuela paterna, porque a la abuela materna no la conocí. Yo viví con ella esos nueve años y también iba casi todos los días a su casa. Después muere de

un accidente cerebro vascular, pero recuerdo que hablaba mucho conmigo. Era hija única y su familia tenía plata, pero no la dejaban estudiar sino lo reglamentario. Su mamá, mi bisabuela, era una indígena. Yo no la conocí, y mi abuela siempre me decía «Mi mamá era india. Una morenita con el cabello lisito». Sobre mi bisabuelo comentaba que era un negro normal. Entonces, de ese cruce salió ella. Mi abuela era morena. Cuando yo estaba pequeña la gente decía «Es igualita a Isabel» «Isabel, ahora te vas a morir, porque nació tu retrato». María Isabel era su nombre, pero la conocían más por Isabel.

Mi madre se llamó Alicia Mata, muy conocida aquí, porque era enfermera. Una de las enfermeras fundadoras del hospital de Caucaagua. Cuando inauguran el hospital ella acababa de hacer un curso de enfermería en el antiguo Puesto de Socorro de Salas, Caracas. Entonces consiguió ese empleo en Caucaagua. Como en esos tiempos eran solo como cuatro o cinco enfermeras, y mi mamá trabajaba tanto, mi abuela era quien, por lo general, me cuidaba. Mi mamá tuvo un hermano y dos hermanas. Mi padre, que se llamaba Amenodoro Blanco, si tuvo más hermanos.

Mi nombre completo es Alicia Lucía Mata, porque soy hija natural. Mi papá estaba casado, y en esos tiempos, años atrás, si las esposas no firmaban, se hacía imposible reconocer a los hijos fuera del matrimonio. Sin embargo, mi papá vivió con nosotros siempre, hasta que murió. Nací aquí, en el hospital Dr. Hermógenes Rivero Saldivia de Caucaagua, el 22 de abril de 1962, a las seis de la tarde, cuando estaban quemando a Judas: un Domingo de Resurrección.

Me formé como docente. Egreso de bachillerato en el año 1980, y me fui a la universidad a gestionar la petición de cupo. En el año 1983 me llamaron para estudiar en la Universidad Simón Rodríguez, en Caracas. Cursé educación. Era lo que me gustaba. Cuando pequeña tuve una maestra a la cual quiero mucho, aunque tengo años sin verla. Se llama Susana Gutiérrez y daba clases en el Colegio La Encarnación. Fue mi maestra de 4to. Grado y el motivo que me inspiró a ser educadora. Era una docente de excelencia.

A mí siempre me agradó el teatro y cuando estudiaba en Caracas fui una de las fundadoras del teatro universitario en la Universidad Simón Rodríguez, que se

concibió en el año 1974, solo para docentes en servicio, pero ya no se inscribían tantos profesores. Por eso, en el año 1983, decidieron darles oportunidad a los bachilleres. Ahí es cuando yo ingreso y se funda el teatro universitario, donde fui una de las pioneras. Siempre me gustó el teatro.

Veía a los Boleros como teatro, porque ellos hacen mímica, corren, interactuaban con los niños. Hacían mucha pantomima y eso me llamaba la atención. Cuando iba a la Parranda siempre los observaba. Después, se presentó la oportunidad de fundar la Parranda del sector La Línea y me incorporé en el Bando. Había a quienes no les gustaba, porque sentían que estaban disfrazados con esos atuendos por mucho tiempo. Yo no, yo lo veía, y lo veo, como un disfrute. Cuando me visto con esos trajes me siento feliz. ¿Que si hace calor? ¡Sí, hace bastante calor ese día!, pero para mí es normal, habitual, ¡y eso que soy hipertensa! Lo llevo con gusto, con ganas, con amor. Además de Caucaagua, la Parranda existía en otras partes: Las Mercedes, Los Cerritos, Tapipa, La Boca, Mendoza.

En una oportunidad, cuando fui a egresar, a graduarme como docente, hice la tesis sobre cuatro manifestaciones folclórico-religiosas de la población de Caucaagua: las fiestas patronales de la Virgen de la Encarnación, la Cruz de Mayo, San Juan y Los Boleros. Ese material era para dejarlo en las escuelas, con la visión de que al niño se le enseñara sobre tales tradiciones, porque ellos tienen que conocer su cultura. Después, conversando con José Ángel Ramírez y con Carlos Martinsky, vimos la necesidad de comentarlo en las escuelas, y como ya teníamos mi tesis, se hizo la propuesta a través del grupo Caucaucuar. Entonces comenzaron a dar talleres en diversas instituciones educativas. Lo hacían en los meses de diciembre, mayo y junio, para enseñar. En el mes de mayo se hablaba de la Cruz; en junio sobre San Juan, y en diciembre sobre los Boleros.

Entre los personajes de la Parranda destacan el abanderado, que es el guía. La Parranda de La Línea, a diferencia de la de Pantoja, tiene un abanderado, un hombre, y no una abanderada, porque siempre había sido una mujer, pero aquí, Abrahan fue quien sacó la bandera. Primero la llevaba Rosario, mi hermana, y

cuando se retiró, Abrahan agarró la bandera. Ese es el abanderado. La Jefa de la Parranda o Gobernadora, era Rosario.

Benito, voy a relatarte esto. Nosotros comenzamos a sacar la Parranda, durante dos años. Dijimos «Vamos a sacar la Parranda como la de Pantoja», pero durante ese período no imitamos el Bando. La Parranda salió sin el Bando. Después nos dimos cuenta que hacía falta. Nos reunimos, conversamos, y sale el Bando. Cada quien fue tomando un rol: la Jefa de Parranda, el Abanderado, la Verduga, la Fiscal de Vida, la Comandante de Policía. Todos son importantes.

Años atrás, porque ahora no lo hace ni Pantoja ni La Línea, iban y entraban en la Comandancia de la Policía. Se presentaban diciendo algo como: «Aquí estamos nosotras», y ellos le hacían la venia. Ahora, tanto Pantoja como La Línea, vamos directo a la Alcaldía y a la prefectura a presentar el permiso. Como te puedes dar cuenta, hubo un cambio con el tiempo, porque la estructura de la Alcaldía y de la Policía ya no es la misma.

La música está compuesta de instrumentos de viento, metal y tambores, pero me contaba mi mamá, hace años, y eso aparece en la tesis que hice, que aquí estaba la Orquesta Acevedo, integrada por músicos, de los cuales creo que no queda ninguno vivo. Ellos, el día 27 de diciembre, se iban para la calle El Coleo, por donde pasaba el río. Allí había una vecina del sector llamada Concha Milano, y en el corral de ella existía una ceiba inmensa. Debajo de esa ceiba pasaba el río y había un pozo. Ahí, supuestamente, se sentaban casi todos los músicos a hacer un sancocho y a conversar. Pues, venía la gente de la Parranda de Pantoja, la Verduga y la Policía, los amarraban y se los llevaban para Pantoja, porque tenían que tocar. Es entonces cuando comienzan a agregar los instrumentos de viento, pero ya la nuestra, la de La Línea, los tenía. Nosotros salimos desde el principio, desde el comienzo, con los instrumentos de viento.

Pablita era la jefa, Pabla Blanco, y una vez que cae en cama, José Ángel Ramírez me dice «Bueno, pero tú siempre has ido junto Pabla», porque ella era la Gobernadora y yo la Jefa. «Si tu ibas siempre con Pabla, puedes quedarte ahí, como Jefa y Gobernadora de la Parranda». Entonces yo dije que sí.

Hoy día, las muchachas que quieren incorporarse al Bando preguntan «¿Es obligatorio vestirse con paltó?». Se les dice «¡Claro, ese paltó tiene que ir!». Les contamos el por qué nos vestimos con paltó, porque ese día gobernamos las mujeres, que es el matriarcado del municipio. Que aun cuando había un hombre en la casa, la que siempre ha tenido la voz de mando es la mujer. Por lo menos eso se ve eso mucho aquí, en Barlovento. Entonces el paltó representa el respeto.

Te voy a comentar algo, Benito. Mi compañero de vida, Carlos Martinsky y yo, disfrutamos muchísimo cada 28 de diciembre. Los dos tenemos roles distintos allí, pero muy visibles. Cuando Carlos estudiaba sexto grado, apenas yo estaba en segundo grado. Él era pequeñito y el primero de la fila. En el colegio La Encarnación hay un pasillo largo, y otro que viene de frente, entonces sexto grado estaba de un lado y segundo grado del otro. Yo era la última de la fila por ser muy alta, y coincidíamos porque él era el primerito y yo quedaba al final. Por mi estatura siempre lo veía, y me gustaba como Carlos ponía la boca cantando. Todo el tiempo aquella cosa, todos los días. Yo iba a oír el himno nacional, porque él lo cantaba y me gustaba como lo hacía. Después no lo vi por mucho tiempo, ya que sale de sexto grado y yo sigo a tercer grado. Posteriormente nos encontramos en el liceo. Digo «Ay, tenía tiempo que no veía a ese muchacho» y alguien me responde «Es que él vivía en Caracas». Ya en el año 1979 comenzamos una amistad muy bonita. Él era uno de mis mejores amigos, y esa amistad, ese sentimiento, fue especial porque a ambos nos gustaba la cultura. En medio de ese andar por aquí y por allá nos hicimos novios. De eso ya hace como cuarenta años y tenemos un hijo, que tiene por nombre Moisés Alejandro Martinsky Mata.

Digo que mi abuela era pretenciosa, porque le escuchaba comentar «Yo no voy a comer huevo por salado», ese era su decir. No trabajaba, porque la comida se la traían sus hijos, y lo que le mandaba su familia de las ganancias de la venta del cacao. Entonces, ella decía «Si no tengo salado para mañana, no habrá comida aquí. Yo no voy a comer huevo por salado». Entonces, todos los días había carne, pollo o cualquier otro animal de casería. Como te expliqué, era de herencia indígena, y nosotros de herencia africana.

Benito, yo creo que ese tema de la herencia africana hay que hablarlo siempre ¿Sabes por qué? Porque hay gente que es endorracista, y aquí se veía mucho. Por ejemplo, mi hermana mayor siempre decía «No te cases con negro, porque negro con negro los hijos salen directo para una mata de coco. Como unos monos». Siempre me decía así, y yo pensaba «Dios mío, así dirán de mí, porque yo soy negra». Un amigo, hoy día difunto, Juan José Pacheco, comentaba «Yo no soy negro. Negro son los zapatos. Mi color es oscuro, pero uno nunca llega a ser negro. El negro es más oscuro que tú, porque te pones una camisa negra y te distingues. Si fueras negra no se distinguiera nada». Y era verdad.

Entonces, insisto, Benito, uno siempre tiene que hablar de eso. Cuando comenzó a escucharse, a difundirse fuertemente lo de la afrodescendencia, la gente decía «Yo no soy afrodescendiente nada». Bueno, un día digo «¡Yo sí soy afrodescendiente, porque tenemos esa herencia!» ¿Cómo hacer para negarlo? ¡No lo puedo negar! Y le doy gracias a este Gobierno, porque sobre eso ha hecho énfasis, y ha sido muy importante. Ha dejado una enseñanza y un aprendizaje. En Barlovento hace falta hablarle al muchacho, en la escuela, en el liceo, para que sepa de dónde venimos, porque es necesario saber y sentir un poquito el origen. «Aquí, el más pintado, tiene su abuelito en África», eso lo repetía mi mamá, y me quedó grabado. La gente puede ser muy blanca, pero siempre está el pasado, por eso lo traigo a colación. Es importante saber de dónde venimos y no negar nuestra historia.

Hay creencias espiritistas, que vienen de esa herencia. Nosotros la observamos mucho, porque vivimos al lado del cementerio. Un día estamos Carlos y yo en la puerta de la casa y llega un autobús con una mujer gritando, llamando a Carlos. Yo le pregunto «¿Quién es esa?». Era la señora Rosa Guairapa, y nos dice «Ay chico, es que venimos a buscar al celador del cementerio, porque nosotros estábamos en una sesión de espiritismo por allá y nos dijeron que teníamos que entrar al camposanto de Caucagua a visitar a la Negra Francisca». Era una excursión que llegaba del oriente del país. Ella acude mucho aquí, para rendir tributo al Negro Pío Curandero y a la Negra Francisca. Después la volvimos a ver esa tarde, cuando debían salir para oriente. Le comento «Ustedes van a llegar

de noche» y responde «Sí, pero es que no podíamos dejar de cumplir». Aquí, en Caucagua, hay mucha gente que le ofrecen y le pagan al Negro Pío Curandero y a la Negra Francisca, por haberles concedido algún favor.



María “Claudina” Monges (+). Abandera de la Parranda de los Santos Inocentes, Sector Pantoja: “... así como me sucedió a mí, llegará el día en que otra persona asumirá esa responsabilidad”. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2006. Autor: Rafael Salvatore.

María “Claudina” Monges: son las mujeres quienes mandan y toman decisiones

Soy María Monges, pero todos me conocen como “Claudina”. Vivo en el sector El Delirio, perteneciente al barrio de Pantoja. Cuando la Parranda de los Santos Inocentes de Pantoja estaba bajo la dirección de la señora María de Jesús Vaamonde, “Jesusita”, yo apenas tendría unos seis años y fue entonces cuando comencé a entender lo que sucedía cada 27 y 28 de diciembre. Son las mujeres quienes mandan y toman decisiones.

El 28 de diciembre, antes del amanecer, se levantaban y salían en búsqueda de los músicos. Hubo un tiempo en que estos acudían voluntariamente, pero después comenzaron a cansarse y algunos se ocultaban. Entonces, la Jefa de Policía, junto con su comitiva, los encontraban y los llevaban al sector Pantoja para que tocaran

durante el recorrido de la Parranda, en el día de los Santos Inocentes, y como me gustaba mucho esa actividad, yo también salía a buscar músicos en los barrios.

La Parranda iniciaba su recorrido alrededor de las ocho de la mañana. En ese entonces, la Jefa era la señora “Jesusita” Vaamonde. Algunos tocaban el cuatro, otros el tres, las maracas o la marímbola, formando así el conjunto que acompaña la celebración y permitía que todo el pueblo bailara durante el día.

Los habitantes de Pantoja siempre colaboraban. Estaba mi amiga Eulalia “Lalita” Vaamonde, sobrina de la señora “Jesusita”, junto con sus hijas y su madre, Martina Vaamonde, además de otras personas de esa familia. ¡Todas ellas participaban activamente! Cuando la señora “Jesusita” ya no podía salir y organizar la Parranda, esa función la asumía su hermana Martina. Con el tiempo yo tomo el liderazgo, porque la señora “Jesusita” alcanzó una edad avanzada. Así como me sucedió a mí, llegará el día en que otra persona tendrá que tomar esa responsabilidad, porque inevitablemente, en algún momento, yo tampoco podré continuar.



Carmen Eulalia “Lalita” Vaamonde Monges (+). Jefa o Gobernadora de la Parranda de los Santos Inocentes, Sector Pantoja: “... insisto en que debe incorporarse a la juventud para que, cuando uno ya no pueda, ellos continúen”. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2006.

Autor: Rafael Salvatore.

Carmen Eulalia “Lalita” Vaamonde Monges: ¡Sin bandera no hay Parranda!

Hay quienes me dicen “Lalita”, aunque mi nombre es Carmen Eulalia. Yo siempre pongo Eulalia Vaamonde. Eulalia Vaamonde de Martínez, que es el apellido de mi esposo, pero dejémoslo en Eulalia Vaamonde, porque todavía no me registro como Martínez. Me gusta más el Vaamonde, que fue con el apellido que nací. El otro, el Martínez, es pegado —comenta entre risas.

Entré en la Parranda por mi “Tía Chucha”. Había que hacer la representación de la Jefa, la Policía, la Tesorera, de todos los integrantes de la Parranda, y entonces me pusieron a mí de Tesorera ¡A los nueve años! Iba recogiendo por ahí, de casa en casa, todos los domingos, pero en Caucagua cerraban los negocios y salíamos a pedir a otras partes. Una vez fuimos a Higuerote y Tacarigua, otra vez a Capaya y El Café, para ver qué se recogía y para que no desapareciera la tradición.

Pasó el tiempo y me casé. Me fui para Caracas y luego a Margarita, pero cuando regreso a Caucagua, inmediatamente me reincorporé a la Parranda, todavía con “Tía Chucha”, quien aún permanecía ahí. Siempre de Tesorera, junto a la comadre María “Claudina” Monges, que en paz descanse, y Silvestra. También con todos esos Boleros: Mamenda, Castor, ¡y otros más!, pero la mayoría ya están muertos. Hoy estoy rondando los ochenta años. Empecé a los nueve y ya voy para los ochenta, porque tengo setenta y nueve. Por eso insisto en que debe incorporarse a la juventud para que, cuando uno ya no pueda, ellos continúen con la Parranda y no decaiga. Nosotros nunca dejamos que decayera.

Antes se peleaban, bueno, no era que se peleaban, sino que era una lucha entre Mendoza y Tapipa Grande, porque Los Cerritos nunca peleó con nosotros. Salían cuatro Parrandas, poquitas, pero había una cosa que era que se peleaban, porque el pueblo era tan pequeño, y cuatro Parrandas eran muchas para un pueblito. ¡Imagínate! Ahí todo el mundo quería recoger el poquito de plata que amarraban en la punta de la bandera. ¿Qué se recogía? Un medio, una locha, pero Los Cerritos nunca peleó con Pantoja, porque “Tía Chucha”, era comadre de la jefa de la Parranda de allá, y eso se respetaba: «¡Con mi comadre no, con mi comadre no!», pero con Tapipa Grande y Mendoza ¡Ay! ¡Eso sí era fuerte! Recuerdo que una vez nos encontramos. Venía una de esas Parrandas, y cuando nosotros bajamos desde el Hospital hacia Pantoja, esa Parranda ya estaba aquí, donde está la Cruz. Bueno, aquellos Boleros y aquellos Correos, ¡y todos los demás, pues! Dicen «¡Vamos, porque esa Parranda tiene que irse! «¡Caucagua es Caucagua, y nosotros estamos en nuestro pueblo!»». Se presenta aquella tángana en la laguna, y eso era palo, piedra y bandera. ¿Cuál era aquel objetivo? Que se les quebrara la bandera, porque ¡Sin bandera no hay Parranda! ¿Cómo van la van batir? Esa era la intención: «¡Vamos a quebrarles el palo de la bandera!»». Entonces, se lo rompen en dos y tenían que irse para su casa. Esas peleas eran muy frecuentes, porque se recolectaba muy poquito. Después se repartían las pocas monedas para comprar el jabón y, si alcanzaba, para hacer un sancocho. No era ningún negocio. No había un aporte, no había nada.

¡Y el señor mecate! Ese señor mecate, que ahora uno lo agarra para concentrar a los muchachos de la Parranda dentro, antes era para amarrar a los músicos, porque resultaban muy renuentes. Como no se les pagaba, ya que no había real, entonces uno tenía que ir a recolectar. Por cierto, mi tía y yo, como era cuñada de mi padrino Pablo Isabel, papá de Paula, ya que la mamá de Paula y mi mamá eran hermanas, teníamos que ir todo el tiempo a buscar a mi padrino al sector El Placer con ese mecate. Él no quería, pero como era el cuñado de la Jefa de la Parranda, tenía mayor obligación. Entonces siempre, siempre, teníamos que ir a buscarlo allá, amarrarlo y cargarlo, ¡pagando allí, como si fuera un tributo por falta de respeto! Lo sacábamos de donde se metía y lo llevábamos. Luego lo soltaban. ¡Esa es la historia de ese mecate! que se dice ahora que la Verduga era la que lo cargaba.

La Parranda era muy disciplinada ¡y es que somos gente de pueblo! Tú sabes, Benito, que ahora no, porque los muchachos que están naciendo lo que quieren es el bochinche y el aguardiente, y todas esas cosas. Por cierto, de Tapipa Grande venían para acá, ya que ellos no podían ir a Tapipa a parrandear. Se trasladaban a Caucagua por ser un pueblo más grande. También venían de Mendoza y Los Cerritos, pero como nosotros éramos los que estábamos más cerca de Caucagua, teníamos como más poder.

En Pantoja la gente vivía de la siembra de arroz, maíz, yuca, caraota, frijoles, cacao. Éramos agricultores. Entonces se tumbaban, como decían, los tablones, que era para hacer un conuco. Por ejemplo, el papá de nosotros tenía para tumbar esos tablones, y después de tumbarlos se amontonaban y se quemaban. Luego se retiraba todo aquello y se empezaba a sembrar maíz, arroz, caraota, frijoles. Por eso es que ahora me duele la cintura de tanto agacharme. A lo mejor es eso, porque desde pequeña iba relleno los huequitos. Mi papá caminaba adelante con la chícora, abriendo el hueco, y nosotros atrás, tapándolo. El cacao que se cosechaba aquí, era de las haciendas de los Arroyo, pero antes no sé de quiénes serían. Yo conocí fue a los Arroyo, de aquí de los Plaza. El río de Pantoja era caudaloso y limpio, donde uno se bañaba. Es el que pasa por ahí, por el callejón. Se trata del Río Caucagua, ese es el nombre que se le puso.

Benito, yo te voy a decir algo, desde que me conozco esto se ha llamado Pantoja. Nunca me dijeron sobre la historia de Pantoja. No sé si Miguel, que es mayor que yo y vive aquí atrás, responderá algunas interrogantes ¿Por qué le dicen Pantoja? ¿Por qué le dicen Caucagua a ese río de Pantoja? Por cierto, en Semana Santa venían de todas partes a bañarse en el río. Familiares de los que vivían aquí, se bañaban ahí mismo.

Para las celebraciones del 27 y 28 de diciembre, hasta los que se fueron de Caucagua, vienen de Caracas y de La Guaira a acompañarnos y celebrar. Llegan tempranito y se van en la tarde. ¡Eso es por el bochinche y el amor! Es que cuando dicen «la Parranda» la gente se vuelve como loca. ¡Como que se les mete algo en el alma, en la sangre y todo el mundo quisiera estar allí, quisieran gozar y disfrutar! ¡O será porque ahora las mujeres se menean más! ¿No las ha visto, Benito?

¡Nosotras éramos las jefas de eso, las dueñas de las fiestas! Eran pocos hombres y había muchas mujeres, y tú sabes cómo es el barloventeño. ¡Tú no sabes cómo dice la canción de la barloventeña cuando camina! El papel de cada una es que ellas eran las que mandaban.

Mi mamá se llamaba Martina Vaamonde, y mi tía María Jesús Vaamonde, pero le decíamos “Tía Chucha”, aunque otros la llamaban “Jesusita”. Ella salía mucho en los periódicos con mi comadre “Claudina” Monges, que en paz descanse y mi palabra no la ofenda. Eran importantísimas como jefas. Simplemente se les decía: «¡La jefa de la Parranda es fulana de tal!». No se le ponía el nombre de capitanas ni nada de eso, sino la jefa. No sé por qué sería. Yo creo que esa Parranda la fundó mi abuela, llamada Petra Monges de Vaamonde, porque nosotros somos Monges, pero mi abuela se casó con un Vaamonde y entonces nacimos todos estos “vaamonderos”.

Mi abuela nació aquí, en Pantoja. ¡Y es que todo eso era de los Monges! Mi madre, mi tía y la mamá de “Claudina”, también nacieron ahí, pero nunca he oído hablar de la vida de los antepasados en esclavitud. Sinceramente no lo he oído. Ojalá me lo hubieran dicho para caerles a preguntas, ¡porque eso de ser esclavo tiene que ser bien arrecho!



Miguel Ángel Blanco Monges (+), músico popular y compositor, entrevistado por Benito Yrady: “Las Parrandas de Aguinaldos, ¡Eran mi deleite!”. Caucagua, Edo. Miranda, 2014. Autor: Ángela Collins.

Miguel Ángel Blanco Monges: antes había mucha picardía en la Parranda

Mi nombre es Miguel Ángel Blanco Monges, y tengo noventa y cuatro años de edad.

Aquí la música era con tambora, guitarra, cuatro y, algunas veces, una guitarra grande, una sexta. De eso se valían las jefas de las Parrandas. Las mujeres atrapaban y ponían preso a los músicos, para que pudieran acompañarlas. Eran arriados y si se resistían venía la Verduga, ¡ay, la Verduga!

Estaba la Verduga, la Comisaria y otras mujeres más. Resulta que ese día de los Inocentes era como una especie de engaño. Mandaban las mujeres, porque se vestían como hombres ¡Esa era una apariencia! Ellas los sometían y se les atravesaban de frente. Cualquier hombre, cualquier caballero, que viniera por la calle, lo agarraban y ponían preso para que pagara una multa ¡por pasar por ese lugar! Un engaño, pues.

El Correo era un simulacro de carta «Aquí te mandaron y tienes que darme algo por esta diligencia, una locha o un medio. Cualquier cosa». Por ejemplo, yo les tenía mucho miedo a los correos, y entonces me decían «Sal que no te van a hacer nada, siempre que tú te pongas una florcita en el sombrero y en el saco». Me ponía mis flores y esa era la salvación, podía andar tranquilamente. El Telegrafista llevaba y entregaba un telegrama a cualquier negocio, y entonces le cobraba. Esos eran los recaudos para celebrar luego, al final de la fiesta de la Parranda.

Benito, en esas parrandas no había grupos. La música que tenían era muy escasa y por ese motivo se veían en la necesidad de agarrar a los músicos, de atraparlos, porque ¡se escondían! Ponerlos presos y obligarlos a acompañar a la Parranda. Así se celebraba y recorrían el pueblo. Al final, cada una retornaba a su lugar de origen. Además de los instrumentos que te mencioné al principio, es decir, tambora, guitarra, cuatro y la guitarra grande, también podían estar las maracas y algunas tamboritas.

Lo que más recuerdo de las canciones, era los versos de algunas de ellas. Por ejemplo:

♪ Acuérdate Carolina
cuando estábamos en el puente,
que llorando me decías
tápame que viene gente. ♪

De la música no me acuerdo muy bien, pero lo cierto es que eran letras improvisadas y traviesas. Antes había mucha picardía en la Parranda.

Estaban otras celebraciones como, por ejemplo, las Parrandas de Aguinaldos, que solían ser las que me gustaban a mí. ¡Eran mi deleite! Cuando yo oía una tambora, un furrucu y aquella música tan linda, me emocionaba y de inmediato abría la puerta. Bueno, la “puertica” o el pedacito de puerta, ya que éramos bastante humildes. Mi mamá, quien se llamaba Luisa Monges, me decía «Miguel, no abras la puerta, tú no sabes quiénes son esos», y yo le respondía «Son los parranderos, mamá.

Vamos a abrirles. A mí me gustan esos aguinaldos». Iba y les abría la puerta a todos ellos. No había licor, no había nada que brindarles, porque nosotros no teníamos nada. Y es curioso, porque los aguinaldos se cantan en diciembre y la celebración del Día de los Inocentes también es en diciembre, pero las parrandas aguinalderas prácticamente no cargaban sino maracas, furrucú y tambora, nada más. Eso era todo y sus versos. Les cantaban los versos a los dueños de las casas.

Esto que te estoy contando, que te estoy narrando, Benito, es cuando yo tenía la edad de ocho años, aproximadamente. Fue en la época de Juan Vicente Gómez.

Todo transcurría entre las haciendas: Padre Blanco, Monteverde, Gerdel, Ibarra y otras más. Aunque a mí no me gustaba el monte. Le tenía miedo a esas bandas de zancudos que se me venían encima. Sinceramente, no me gustaba. Eso sí, yo hacía los mandados. Éramos pobrecitos, pero mis padres no me atacaban, no me obligaban, para que fuera al monte.

Nosotros somos siete hermanos. Los últimos del mismo padre. Algunos ya murieron. No voy a decir morimos, porque estoy vivo. Tengo noventa y cuatro años, y sigo siendo joven. Por cierto, soy tío de Carlos Martinsky. La madre de él era mi hermana, la menor de todos.

Yo escribí este aguinaldo:

*♪ Ha llegado el mes de mayo, con él una nueva luz,
para alumbrar al altar de la Santísima Cruz.
Es la Santísima Cruz, la diosa del universo,
por eso es que hoy le traigo estos lindos y humildes versos.
Santísima Cruz de Mayo, ¿Quién te trajo a este lugar?,
la comunidad de este barrio, porque te quieren cantar.
En muestra de creencia cristiana, somos muy sinceros y francos,
esto se lo está diciendo el amigo Miguel Blanco ♪*

Aquí se celebra el 3 de mayo, que es el día de la Cruz. Entonces los vecinos, o una sola persona, la dueña de la Cruz, la adornan y la visten. Invitan a esas

festividades para hacer un Velorio de Cruz. Asisten músicos y cantadores de fulías y décimas, que son elementos esenciales. Adornan la casa, le ponen un cielo raso, una sábana, y la Santísima Cruz está allí. Vienen los tambores y las fulías. Hay alguien que dice, «¡Hasta ahí, hasta ahí!» y se para la tambora para empezar la décima. Yo, la décima, si no la comprendo, no la entiendo. Bueno, eso es largo. Después que termina la décima, el cantor grita «¡Tambor y canto!», empieza la fulía y se le canta a la Cruz.

¡Toda la gente asistía al velorio de cruz! Toda esa gente que cantaba en el día de los Santos Inocentes también cantaba aguinaldos. Yo tenía mi grupo aguinaldero. Antes también se celebraba el San Juan. Era muy bonito el San Juan y el baile del tambor. Cuando llegaba San Juan, el dueño del tambor salía con su juego, porque son tres. El tambor que llaman Culo e' puya, se tocaba y esto se llenaba de gente. Para decirte algo, aquí se reconoció a Pantoja como «El mejor barrio de Caucagua». Así se le decía a Pantoja. Nunca bailé tambor. ¡Nunca lo bailé!, porque temía cuando saltaba un tipo, un bailador de tambor, y le pegaba aquella mano por la espalda al que estaba bailando y se quedaba con su pareja de baile. Ese era el baile del tambor de aquí.

Cuando viví en Caracas, y llegaba el mes de diciembre, siempre inventaba algo y me venía para Pantoja. Aquí ensayaba a unas muchachas, y también compraba algunos discos. Me gustaba hacer y escribir música. Agarraba el cuatro con unos dos tonos que me aprendí, sacaba la melodía y hacía algunos versos. Organicé a unas cinco muchachitas y salíamos a la calle a cantar. Después iba donde el cura, porque antes, de madrugada, se hacían las “misas de gallo”. Hablaba con las madres de esas niñas para pedirles permiso. Me decían «Ay, Miguel, yo sé que esas niñas van contigo y están representadas. No te preocupes, llévatelas». Ese grupo fue aumentando hasta que llegué a tener veintidós niñas, y la mascota de mi grupo era Carlos Martinsky, mi sobrinito. Cuando descubrí que cantaba muy bueno, entonces le dije «Usted se va conmigo». Conversé con Rosa, mi hermana, y él era la mascota. La gente gritaba «Que cante el niño», lo agarraban, lo montaban en una mesa, y ahí quedaba Carlos Martinsky, ¡cantando!



Eduard Martín Clemente Márquez, Coordinador de los Núcleos de Iniciación y Transmisión de Saberes de los Bandos y Parradas de los Santos Inocentes de Caucagua. Caucagua, Edo. Bolivariano de Miranda, 2017.

Autor: Rafael Salvatore.

Eduard Martín Clemente Márquez: hoy día me tocó ejercer esa tarea de enseñar

Un 27 de diciembre de 2010, se dio lectura del Bando en la calle La Línea, y después que hicimos el recorrido por las calles, un recorrido corto, nos fuimos a la casa de José Ángel Ramírez y nos sentamos a conversar. Al rato llega un grupo de niños con una carta, pero tenían pena de hablar, ¡No hablaban! Y es cuando les preguntamos «¿Qué quieren ustedes?» Nos entregan un papel, con la escritura imprecisa y frases cortas, típicas de los niños, donde nos preguntan si podíamos enseñarles a tocar los instrumentos y saber sobre los Bandos y Parrandas. A partir de allí es cuando nosotros decidimos tomar esa tarea, darles clases e iniciar. En esto nos incorporamos, al principio, José Ángel Ramírez, Pedro Luis Vera y este servidor, sin embargo, en aquel tiempo, no teníamos los instrumentos para dar las clases, y es entonces que ese diciembre, esa navidad de

2010, el Niño Jesús les trajo a algunos de ellos los instrumentos, pero la mayoría eran redoblantes, ¡Y es que todos querían tocar lo mismo! Les dijimos «tienen que empezar por lo más básico, hasta llegar a instrumentos más fuertes». Luego José Ángel nos manifiesta que se debía pensar en algo más grande, y es por eso que decidimos iniciar con los “Núcleos de Iniciación y Transmisión de Saberes”, cuyo objetivo es difundir entre los niños aquellos conocimientos heredados de nuestros ancestros, y de muchos músicos que estuvieron, que vimos o que conocimos, en nuestra etapa de la niñez y adolescencia.

Comenzamos con doce o quince muchachos. Así arrancamos y algunos de ellos aún permanecen. Otros se enamoraron o no siguieron, pero así avanzamos en la localidad de La Línea. Posteriormente, expandimos las clases dando talleres en las escuelas, en varios sectores de Caucagua, hasta que logramos hacer un grupo más nutrido de varios muchachos, y mostrarles lo que hemos aprendido. Hoy día me tocó ejercer esa tarea de enseñar, y arrancamos con los Núcleos de Iniciación y Transmisión de Saberes en Marizapa, donde estoy encargado, así como en la localidad de Pantoja. Aquí vamos más allá de la música y no es solo para niños, también es para adolescentes y personas mayores que quieran conocer de la historia, de lo que es la manifestación de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua. La idea es difundir el conocimiento sobre el significado de la indumentaria, los roles que cumple cada personaje, el motivo por el que se maquillan de esa manera y otros aspectos.

Cuando tenía doce años de edad, nos mudamos desde Marizapa a Caucagua. Mi familia por parte de padre es de allá, pero constantemente me movilizaba entre ambos lugares, ya que no tenía tantas amistades en Caucagua como en Marizapa, que era mi localidad. Al quedarnos definitivamente en Caucagua, cada vez que pasaba por el frente de la escuela de música la observaba detenidamente, porque siempre me llamó la atención. Hasta que la trasladaron a la Bajada de la Encrucijada, y después la reubicaron, de manera definitiva, en el lugar donde está ahora. En una oportunidad mi mamá se sorprende, porque van a pedirle permiso para que yo pudiera ir a tocar a Boca de Uchire, a alternar con un cantante de salsa

bastante conocido llamado Hildemaro. Ella no entendía, ya que nunca me vio ir a la escuela de música, ¡y es que lo hacía escondido! Cuando salía del liceo me iba para allá, iniciando con estudios de trombón, teoría y solfeo. En esta escuela me encuentro con Juan Manuel y Pedro Luis. Empecé a estudiar con ellos y coincido con una persona que llaman Remigio, apodado “Memo”, un tremendo músico que en estos momentos está en el Grupo Madera. Este señor era el profesor de Pedro Luis, y me llevó con Los Morochos de Aragiüita, quienes tocaban en aquel tiempo. Siempre me daban una campana para ejecutarla, y así me fue gustando. Años después, gracias al apoyo de José Ángel Ramírez, formo parte del grupo afro barloventeño Caucaucuar.

Hablando sobre los aspectos musicales de la época de 1940, la Parranda se tocaba con marímbola, y no era ni siquiera eso, porque solo sonaba como guaracha. Luego de varios años, más o menos en los sesenta, la señora “Jesusita” Vaamonde secuestra a la llamada Orquesta Acevedo, que eran los que ejecutaban ese ritmo, pero con el tiempo el sonido se fue perdiendo, se hizo tenue. Es decir, no se escuchaban porque cada año se sumaban más y más personas a la celebración. Es cuando llega un señor llamado Juan Kiki, quien tenía una famosa samba en la localidad de Pantoja, y se agregan los instrumentos que están hoy en día como: redoblantes, bombos, tumbadoras, el quinto, granadero, la charrasca y otros. Todos surgieron para darle más sonoridad y que se escuche fuerte en medio de multitudes.

Los saxofones son los encargados de marcar la sección del merengue, introduciendo los mambos. Posteriormente, entra la tumbadora, momento en que la intensidad disminuye, ya que este instrumento posee un sonido muy bajo. Se entiende que, al sonar los saxofones, el volumen debe bajarse, dejando a la tumbadora a cargo del ritmo mientras se descarga. Finalmente, los metales, como las trompetas y los trombones, hacen su entrada, elevando la sonoridad, pues son los instrumentos de viento con mayor potencia.

La explosión de euforia del público que participa en el recorrido se siente al ejecutar las piezas “Los Boleros”, “Viva Caucaagua” y “La calle está durísima”. Al

interpretar “Los Boleros” es donde la gente se enciende muchísimo más. En los cortes, como «La calle está durísima» la gente empieza a gritar y a brincar. Claro lo hacemos en calles amplias, porque en calles angostas, imagínate, ¡nos caen encima!

El tema «La calle está durísima», es como inventado. Me imagino que es por el montón de gente que acude a la celebración, y por la música que está en el momento. Claro, también hay una razón para esa masa de gente, y es la euforia durante la Parranda de los Santos Inocentes. Bueno, fíjate Benito, que unos días antes de la celebración o cuando llega diciembre, la gente comienza a colocar en sus redes sociales, fotos con leyendas como «Huele a diciembre, la calle está durísima» o «La calle se pondrá durísima».

Dentro del Bando y Parranda de los Santos Inocentes de La Línea, pasé a ser el Director Musical de la Parranda adulta y el Coordinador de los Núcleos de Iniciación y Transmisión de Saberes.



Carlos Martinsky, músico,
devoto de San Juan Bautista.
Caucagua, Edo. Miranda,
2023.
Autor: Rafael Salvatore.

Carlos Martinsky: mi papá, Ladislao Martinsky, era de Polonia

Quiero traer aquí un capítulo de mi vida que ya había olvidado, pero es un pasaje muy bonito. Cuando estaba pequeño, mis tías Acacia y Juana me llevaban a Pantoja, al sector de Marizapa. Allá tenían varias amistades que vivían por un jagüey llamado El Zancudo. Las acompañé dos veces y recuerdo que era como una selva con árboles grandísimos. Para aquel entonces, mi tía Juana ensalmaba lombrices, culebrillas y le hacía a la familia una protección con el ombligo. Después de nacer, cuando el ombligo se nos caía, lo bordaba en una tela roja. A mí me lo hizo, y ese fue mi escapulario. Lo cargaba siempre conmigo. Entre mis tías Juan y Acacia había una conexión muy especial. Juana le confiaba a Acacia historias de su vida, porque ella sí convivió con mi tatarabuela, que fue una esclava africana. Se llamaba Amalia, y ese nombre lo recuerdo muy bien,

porque la mencionaban mucho. Residía en Pantoja, ya que trabajaba en una de las haciendas de allá, cuando había que pasar el río, y mi tía Juana me dijo que, en varias oportunidades, vio a su abuela rezar cuando venía un toro. Murmuraba unas palabras y el toro caía derrotado. Eso le impresionaba mucho. También que, cuando le picaba una culebra, ella preparaba una toma que hacía de la misma serpiente.

Benito, en el espiritismo se dice que, cuando se desarrolla la materia, se pasa a ser un vínculo para recibir espíritus. Te digo esto porque, en una oportunidad, fui con mis tías a una sesión de espiritismo, donde incluso estuvo un primo a quien le bajó un indio llamado “Ataguay”. Yo era muy joven, apenas tendría como catorce o quince años. Allí estaba una señora llamada Palmelia y me puso a fumar tabaco. Me dice «Fúmate este tabaco», y mi tía le responde «No, él es muy chiquito. No lo pongas en eso, porque no quiero problemas con su mamá. Además, él es como mi hijo». La señora comenta «Ay chica deja la pifia. Ese es más brujo que tú», y ¡yo me lo fumé! Me dieron un vaso de cocuy, caña clara y ron. ¡No me hizo nada! Entonces me preguntaban «Estás bien, ¿verdad? ¿No te has mareado ni nada?», y yo respondía «¡No!». Posteriormente, esa señora Palmelia, iba a casa de mi tía Acacia para desarrollarme la materia, pero lo que llama la atención es que, cuando uno se transporta, solo se acuerda de algunas cosas. Teníamos un amigo que se llamaba José y cuando se transportaba comía vidrio, se metía agujas y cosas así. La gente normal no hace eso. Es para dar una prueba de que se está en trance.

Dentro de los espíritus que bajaban a mí, la gente pedía al Negro Pío Curandero y al indio Paramaconi. Ya ni me acordaba de eso. Mi tía María, la mamá de Adrián Guacarán, era muy escéptica y decía «¿Ustedes creen en eso?». Un día entró al lugar donde yo estaba transportado y le pregunta algo al Negro Pío Curandero. Le advirtieron «Cuidado con lo que vas a decir, porque Carlos no es el que está ahí». Ella pensaba que era yo, ya que siempre fui muy tremendo y creativo. A forma de ironía, consultó: «¿Y yo voy a tener otro muchacho? Porque no quiero más muchachos» y el espíritu del Negro Pío Curandero le respondió: «Tú vas a

tener a un muchacho y va a ser famoso». Ella pensaba que eso era mentira, pero con el tiempo me pidió disculpas.

Mi familia estaba en contra de todo esto, porque decían que al entrar en trance se está en riesgo. Por ejemplo, en una oportunidad, que me bajó el espíritu del indio Paramaconi, llegó un señor con una llaga y yo se la limpié con la lengua. El señor se curó, ¡pero es que yo estaba adolescente! Eso fue un problema grande entre mis tías y mi mamá. Yo daba ensalmes y otras cosas, pero en ese tiempo no tenía la suficiente sabiduría. Necesitaba aprender muchas oraciones, porque la gente, cuando ensalma, cuando llama a los espíritus, les llega la fuerza y fortaleza de esas materias. En esas oraciones se nombra a: San Cipriano, Santa Justina, Santa Marta, Santa Elena, San Ignacio, Monte Carmelo. Todo un ejército para hacer fuentes físicas y espirituales.

Ahora, retomando la conversación sobre el caso del Negro Pío Curandero, te cuento que, en una oportunidad, llega una señora de Caracas. Se empezó a transportar, pero cae en un trance que, según decían, era un espíritu malo y agarró un cuchillo que había ahí. En ese momento me baja el Negro Pío Curandero y hubo una pelea verbal entre los dos espíritus. La mujer cayó agotada, justamente a las tres de la tarde de un Viernes Santo. En ese mismo instante, la gente que estaba ahí escuchó que algo golpeó afuera. Cuando salieron, supuestamente, un árbol en el que decían que había un entierro, se hundió, y esa fue una de las razones de peso por las que después no quise trabajar más el espiritismo.

Debió existir el Negro Pío Curandero, y en esa época, cuando yo andaba en el mundo de estas creencias religiosas, se decía que era de otro país y que estuvo con Simón Bolívar. No sé si era cubano o colombiano, o haitiano o de algunas de esas islas del Caribe, o de Venezuela. Nunca tuve la seguridad de dónde era. Su espíritu bajaba en varias partes y quedé impresionado cuando vi su tumba en el cementerio de Caucagua, el cual queda al lado de mi casa. Por cierto, en aquella oportunidad, cuando hubo el diálogo entre aquel espíritu malo y el Negro Pío Curandero, mi tía me dijo que él hablaba en otro idioma, como el de una amiga suya que era haitiana, ¡y es que en Caucagua han vivido muchos haitianos!

Benito, tú sabes que mi papá y su familia son exiliados por la segunda guerra mundial. Cuando eso, mi abuela tenía como quince o veinte días que había parido a mi tío José, ¡en un campo de concentración! Mi papá, Ladislao Martinsky, era de Polonia, concretamente de Varsovia, y mi abuela, de nombre Agnieszka Maciejewska, al parecer provenía de una familia adinerada que tuvo una abadía, un escudo de armas, territorios, o algo así, y mi abuelo perteneció al ejército polaco. Aquí llegó todo el grupo familiar. Un día les avisaron para sacarlos de Polonia y creo que los llevan a España, para luego trasladarlos a Estados Unidos. En aquella época había un acuerdo a nivel mundial para proteger a la gente víctima de la guerra. Eso ocurrió entre los años cuarenta o cincuenta. Les piden escoger un país de destino y seleccionan Venezuela, ya que no tenía las cuatro estaciones. Llegaron a un aserradero en Yaguapita, que queda por la carretera vieja de Caucagua, pasando Merecure. Vinieron juntos: mi abuelo; mi abuela, Agnieszka; mi tío Mario; mi papá, que se llama Ladislau, pero en español es Ladislao; mi tío Enrique; mi tía Irene, la única hembra; y mi tío José, el más pequeño.

Al estar en Venezuela le otorgan como una especie de crédito, que en ese momento era parte de la política para los refugiados. Compraron una casa y después construyeron un taller grande. Mi abuelo era ingeniero mecánico y no lo matan en la guerra precisamente por eso, porque era útil. Decía: «Hago el trabajo si dejan a mi familia conmigo», ¡y le respetan la vida! Mi abuela contaba llorando: «Veía a la gente pasar y saludarme. No sabían que los llevaban a la muerte, porque iban a quemarlos. Los metían en un horno, y a otros les administraban sustancias para experimentar con ellos». Eso fue un trauma, pero mis abuelos persistieron en vivir. Mi papá, cuando llega desde Polonia, tenía doce años. Por cierto, hay algo característico en mi familia, y es que la mayoría somos tartamudos debido al cambio brusco y a la dificultad del idioma. A los polacos les cuesta pronunciar el castellano. Ellos utilizan mucho las letras Z y X, y tener después que pronunciar la L y la V del español, se les complicaba.

Rosa Amelia Blanco Ruiz es mi madre, y el hijo mayor de mi padre soy yo. Tengo dos hermanas que se llaman María Luz y Arelia. Mi papá, fuera del

matrimonio, primero tuvo dos hijos: Alfonso e Irene. Ellos son de Santa Teresa. Al final de sus años, tuvo otro, también fuera del matrimonio, que es mi hermano Francisco, y quien en estos momentos está en México. Se crió con nosotros, porque su madre lo trajo cuando era pequeño.

Además de polaco, tengo mi genética del negro africano y del indio. Mi abuela decía que su mamá era indígena. Yo creo que era de los waraos. Mi madre nace en Cauagua, pero mi abuela llegó desde otras tierras. Luego se consiguió con mi abuelo, que era un negro y tuvo sus muchachos. Mi mamá era “bachaca”, como decimos aquí de forma coloquial: blanca con el cabello marrón y muy crespo. La mamá de Adrián Guacarán si era morena, igual que mi tío Miguel y mi tía Juana, pero mi tía Acacia también era bachaca.

A los cuatro años de edad, incursioné como miembro del grupo San Rafael de Pantoja con mi tío Miguel Ángel Blanco. Hacía los solos y me montaban en Radio Barlovento, frente a un micrófono grande. Decían que tenía buena voz. Era muy agudo. Allí estuve como hasta los seis o siete años, que es cuando entro a estudiar con las monjas. Ellas se percatan de que cantaba y me incluyen en el conjunto de aguinaldos. En todos los eventos que hacían, yo participaba. Claro, siempre estuve acompañado de mi tío Miguel. A los diecinueve años incursioné en la Coral Víctor Sosa, de la cual soy miembro fundador. Hubo una oportunidad en que asisto a un conversatorio que realiza la gente de cultura en Tacarigua, donde buscaban información sobre las actividades culturales y nos hicieron llenar varias fichas. A partir de ese momento empieza mi inquietud por escribir. Incursioné como docente y comienza el festival Cantaclaro, muy famoso a nivel nacional. Participé y gané un premio por el trabajo que hice sobre los tambores de San Juan. ¡Gané aquí, en el estado Miranda! Luego continué en la docencia e investigando. Una vez, estando en la plaza de Cauagua, se presenta el grupo Relevó, del cual Juan Ramón Ojeda era el director. Quedé impactado con todo lo que hacían, porque me gustaba la música tradicional, y me dije: «Bueno, voy a hacer un grupo como ese». Creamos el Grupo Facetas, y las canciones que se montaban eran al estilo del Quinteto Contrapunto, pero con otros arreglos. Era muy bueno y viajamos

bastante, y, aunque se disolvió, se llevó a cabo un trabajo excelente que me hizo madurar con respecto al montaje de voces.

Paralelamente seguí investigando la toponimia de Tapipa, Panaquire, Curiepe. La profesora Josefa Monges, quien también es docente e investigadora, me motivó mucho. Al final me dije «A ese grupo lo voy a llamar Caucaucuar», que es un nombre indígena cumanagoto. Hace cuarenta años de eso. Se ha perdido un poco la organización, porque varios se han ido del país. Los primeros tiempos fueron de recopilación, y era lo que montamos. No se copiaba lo que hacían otros grupos y preparamos un repertorio propio.

Ahora te quiero hablar, Benito, sobre los Boleros de los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes. De lo que presencié en otras épocas, cuando era muchacho. Lo que hago ahora es lo que vi que se hacía antes: los gestos, la indumentaria. Desde muy niño me llamaba poderosamente la atención. Veía a los Boleros que tenían pantaletas y sostén, pero era porque se robaban la ropa. También hay muchas personas que dejaban las cosas a propósito para que las tomaran. Los Boleros se metían por el fondo de las casas, por lo patios, donde la gente colgaba las prendas de vestir. Lo que conseguían lo agarraban y se lo ponían. Yo los vi con esas faldas y vestidos pegaditos, que luego repartían entre ellos, porque tú sabes que Pantoja fue una zona con personas de muy bajos recursos económicos. Además, no estaban en el casco del pueblo. Eso viene de sus ancestros, cuya subsistencia dependía de los conucos. Con el tiempo las cosas se fueron organizando mejor, porque antes, todo lo que conseguían a su paso se lo llevaban.

En Caucagua, el mando siempre recaía en las mujeres como una forma de resistencia, de reclamo. Recuerda que los africanos que llegaron como esclavos provenían de países como Angola y Senegal, donde el matriarcado era la norma: la mujer dirigía y tomaba las decisiones. Mientras los amos españoles imponían la idea de sumisión femenina, aquí, en los días libres concedidos a los esclavizados, ¡las mujeres y los hombres eran igualitos! Además de ser muy activo en los Bandos y Parrandas de los Santos Inocentes de Caucagua, soy devoto de San Juan, y organizo su celebración, cada año, en esta población.

Índice

Un mundo llamado Acevedo / 10

Por JOSÉ MIGUEL OLIVEROS

Prefacio / 11

I. EL ALCALDE DE LOS GRANDES DESAFÍOS:

JOSÉ MIGUEL OLIVEROS / 17

II. PRÁCTICAS MEDICINALES Y RELIGIOSIDAD

ENTRE COSTUMBRES HEREDADAS EN BARLOVENTO / 41

Carlos Manuel Piñango Navas: Pantoja es un pueblo insurgente / 43

Héctor Sánchez Blanco: siento que el espiritismo es herencia indígena / 47

Jorge Canache Llamozas:

en la calle La Línea ensalmo tres veces y también hago contras / 50

Pedro José Cambera López:

aquí en Capaya usamos la culebra ciega / 52

Chrispine Okello (Odour):

el sacerdote africano que nació a la media noche / 55

De la iglesia de Okello al cementerio de Enrique Mijares / 60

Pedro Rafael Bermúdez: el nieto de la Negra Francisca / 65

**Petra Adelaida Abache: cuando una mujer está pariendo
tiene un pie en la calle y otro pie en el cementerio / 72**

Los emprendimientos funerarios de Giomar “Bemba” Pérez / 77

**Petra Nieves: entre el recuerdo de esclavizados
loangos y la hacienda Marrón, donde vivió / 82**

**Monseñor José Antonio Da Conceição Ferreira: jamás en la vida sentí
ni discriminación, ni desprecio, ni racismo en Caucagua / 88**

III. BANDOS Y PARRANDAS DE LOS SANTOS INOCENTES DE CAUCAGUA / 103

**José Ángel Ramírez López:
esta expresión tiene sus raíces en la madre patria África / 105**

Abrahan Arestigueta: soy abanderado de La Parranda de La Línea / 114

**Alicia Lucía Mata:
aquí, el más pintado, tiene su abuelito en África / 118**

**María “Claudina” Monges:
son las mujeres quienes mandan y toman decisiones / 125**

**Carmen Eulalia “Lalita” Vaamonde Monges:
¡Sin bandera no hay Parranda! / 127**

**Miguel Ángel Blanco Monges:
antes había mucha picardía en la Parranda / 131**

**Eduard Martín Clemente Márquez:
hoy día me tocó ejercer esa tarea de enseñar / 135**

Carlos Martinsky: mi papá, Ladislao Martinsky, era de Polonia / 139



El país profundo de Barlovento
se imprimió en el mes de julio de 2025
en la Imprenta de la Cultura
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares



 **Gobierno Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA


MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA


[2022 - 2030]